

50 DAL

EJ 2



El
PARNASC
MEXIGANO



PO7250
P3
A7
V-3

861

56331

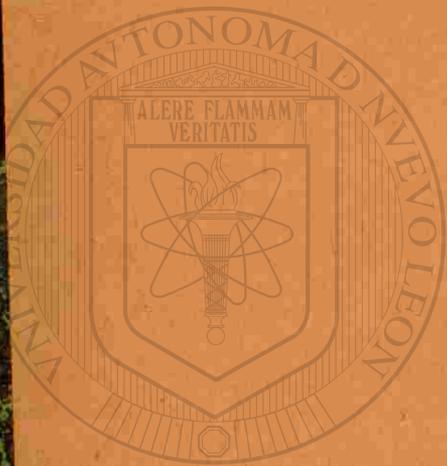


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

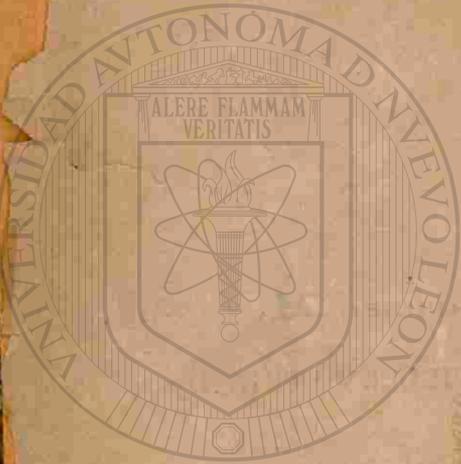
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

El Parnaso Mexicano.

—
GUILLERMO PRIETO



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
56331



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Guillermo Lugo
5



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
FONDO RIVERA

EL PARNASO MEXICANO.

GUILLERMO PRIETO

SU RETRATO Y BIOGRAFIA
CON EL JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS

Y

Poesias escogidas de varios autores

COLECCIONADAS

BAJO LA DIRECCION DEL SR.

Gral. D. Vicente Riva Palacio,

contando además con la bondadosa
colaboración de los Sres.

Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto, Manuel Peredo,
José M. Vigil, José M. Bandera,
Juan de D. Peza, Francisco Sosa, Joaquin Trejo,
Hilarión Frias y Soto

y otros de nuestros más eminentes literatos
de esta Capital y de los Estados.

LIBRERIA LA ILUSTRACION.

12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12.

México, 15 de Setiembre de 1885.

32305



FONDO
SALVADOR TOSCANO

A GUILLERMO PRIETO.

HERMANO:

Hoy se ha eclipsado por segunda vez para tí la estrella de tu buena fortuna.

Quería el Editor de *EL PARNASO MEXICANO* que este tomo fuese precedido de un prólogo de IGNACIO M. ALTAMIRANO.

Pero esto no ha sido posible, porque el erudito escritor, ocupado tal vez de otra obra, necesitaba algún tiempo para escribir la introducción de tu libro; el pórtico tenía que ser digno del admirable monumento que has levantado á la literatura nacional.

Y como el público está impaciente por leer tus versos, y el Editor no podía aplazar su oferta de darlos á luz, no quedaban más que dos caminos: ó se daban al cajista sin introducción alguna, ó se encomendaba ésta al que estuviera más á la mano.

Ese era yo: ya ves que el día en que acon-

teció esto no lo puedes señalar con una lámpara blanca en tu senda de gloria.

¿Sabes por qué, conociendo esto y apreciando lo que perdías en el cambio acometé la empresa?

Porque nadie lee los prólogos, y mucho menos los que yo escriba. Haz de cuenta que tu obra nada lleva en su carátula, y que quien la lea, pasando rápidamente estas primeras hojas, llega á contemplar admirado ese horizonte de luz que creó tu genio, esa espléndida aurora que brotó de tu alma de poeta.

Porque tus poesías, Guillermo, son una magnífica salida de sol.

Y me pesa que Altamirano no haya podido escribir un estudio sobre ellas, porque siento una curiosidad insaciable por saber qué siente con tus estrofas y qué piensa de ellas nuestro gran literato.

¿En qué género de literatura hubiera colocado tus producciones?

Quisiera yo tener su vasta erudición para poder suplirlo aquí ventajosamente; pero agotando mis pobres recuerdos históricos, esprimiendo mis cortas lecturas, yo no encuentro ni en el pasado, ni en el presente, un género de arte á donde clasificar el tuyo.

Dejemos, Guillermo, esas poesías magestuosas de la India donde se enseñaba la más absurda teogonía, donde la idea del dios único estaba envuelta en mil encarnaciones, en el perpétuo *avatar* de donde se produjo el politeísmo.

La flor de loto saliendo de un mar, en cuyas ondas de cristal se mece, encierra en su caliz á Brahma, niño aún que duerme con el dedo pulgar en la boca; pero el Dios crece hasta el cielo; interroga quién es el Dios conservador de lo criado, y brota de sus labios el espíritu azul, el *yo*, el *Verbo*, que constituye la segunda encarnación, como en la trinidad cristiana.

El huevo de oro roto en la última *calpa*, la azucena acuática, los elefantes, los dioses, todo el caos teológico de la poesía india, á donde mejor que en la poesía mosaica están indicados los períodos genésicos de la tierra, todo el panteísmo de los poemas del Thibet, nada tienen de semejanza con tu libro que tengo á la vista.

Pasemos adelante, para que no se diga que he hecho estas referencias pretendiendo aparecer como erudito, cuando busco tan solo á dónde encontraste las primeras fuentes de tu inspiración.

¿Sería en el arte egipcio, el primogénito de la civilización salida de las faldas de Himalaya?

Ese pueblo que no adoraba más que á la Muerte, con sus geroglíficos donde la estética griega encontró más tarde el bajo-relieve y la estatuaria, ese pueblo tan religioso, tan serio y tan sin imaginación, no dejó más que sus moles de piedra cortadas por el triángulo divino, y bajo las cuales sepultaba á un rey ó á un buey; todo es igual.

Sobre el florón de marmol brotado en las costas del Mediterráneo y que se llama la Grecia, zumbaron como las abejas que libaban la miel biblea millares de poetas dulcísimos cuyos cánticos ondulan todavía en el espacio de los tiempos, sin que hayan podido arrebatarnos las tempestades de los siglos.

Mira, Guillermo, cómo sí nos hace falta Altamirano: él, que se sabe de memoria los clásicos griegos, ya habría encontrado á cuál de ellos te semejas al cantar las glorias de tu patria, y á quién has seguido en tus valientes himnos.

Los primeros poetas de la Grecia, como sucede en los pueblos que comienzan á formarse, no hicieron más que inventar dioses

en sus himnos: Lino, Orfeo, Amfion, Eumolpo, Melampo y Museo no fueron más que sacerdotes fundadores del politeísmo.

Después de la religión debía venir la moral, por eso vemos los versos dorados de Pitágoras cantarse en las solemnidades públicas.

La Grecia guerrera, la Grecia que en Troya aprendió á conocer su fuerza, mezclaba en sus combates y sus odios á los dioses: Homero canta entonces las glorias del Olimpo y las glorias nacionales.

Después vino Hesiodo, el cantor de la cabaña y del hogar, y después un silencio de dos siglos, durante el cual sólo surgen algunos poetas que modelaban sus cánticos por los de sus antecesores, y cuyas obras se perdieron como se pierden siempre las imitaciones en la literatura, y las copias en las artes.

Siguió el período de los gramáticos y de los retóricos: Stesicoro cortando la oda en estrofas y épodos, Calino dando la medida de la elegía, Arion descubriendo el ditirambo, ninguno de estos pudo darte, Guillermo, esa riqueza de imágenes que hay en tus versos líricos.

Un cantor popular tuvo la Grecia, Terpandro, cuyos versos cantaban hasta los segadores y las nodrizas; pero calcados al ca-

racter del pueblo griego, no son adoptables en su forma ni en su caracter á nuestra poesía propia.

Tú nos has escrito escolias como escribían los griegos para cantarlas en sus banquetes, con un ramo de oliva en la mano. No de tí, sino mas bien de Beranger se puede decir, que si no hacía himnos como los de Harmodio, ó canciones como las de Anacreonte y Alemeno, si tenía en sus versos, como Mimermo, la indolente filosofía del placer.

Sin libros y escribiendo rápidamente cuartillas de papel que me recogé el cajista luego que están llenas con la pésima letra que forma mi mano paralizada, no puedo precisar bien mis recuerdos históricos; pero me parece que he llegado á la época de Píndaro, con quien muchas veces te han comparado tus admiradores.

Eso es, Guillermo, citar un nombre célebre y hasta eufónico, pero sin conocer bien al poeta que lo llevó.

Había pasado la guerra médica; los combates contra los Persas que habían despertado el espíritu helénico más levantado, habían concluido ya, y la epopeya, que entonces llegó á su mayor auge, comenzó á perder su valor.

Píndaro, el poeta dórico por excelencia,

apareció entónces: pero Píndaro, sospechado de afecto al extranjero, y de adicto al enemigo de la patria, no es un poeta lirico en la verdadera ascepción de la palabra: no hay en él inspiración, sino imaginación: es el descriptor sublime de los vicios y hábitos de la aristocracia, el narrador de las proezas de los antepasados, y el historiador de las fábulas y tradiciones.

En tu musa, Guillermo, hay dos géneros enteramente distintos y que solo tu gran genio podía abarcar.

Si te inspira el sentimiento nacional, traduces las santas pasiones de la patria, lloras con los dolores de ésta, lanzas un grito de combate en sus peligros, y levantas un himno de gloria en sus triunfos: entonces eres el mejor de nuestros poetas épicos.

Si te inspira el sentimiento individual, viertes una cascada de caricias sobre la esposa querida de tu alma, y cantas el rayo del sol poniente que ribetea el borde de la nube, el ramo de sauce que mece en dulce vaiven la fugitiva onda del arroyo, y el astro de la noche que se oculta enviando el último haz de su luz de plata á la aguja del campanario: entonces eres el más dulce de nuestros poetas líricos.

Después de Píndaro, nace y crece con un desarrollo sorprendente, el arte dramático: tú, Guillermo, jamás has escrito para el teatro, porque eres muy poeta para saber conocer el corazón humano.

Y perdona que desista de seguir estudiando las literaturas, y de ir buscando analogías entre tí y los poetas de otros tiempos y de otros pueblos.

Según Wolff, están clasificadas como obras clásicas, sin contar las de los autores sagrados, mil seiscientas, de las cuales mil doscientas pertenecen á la Grecia. Tú comprenderás si será fácil que haga yo un estudio sobre tan inmenso material cuando ni lo conozco, ni este prólogo me daría espacio suficiente para ello.

En esta empresa sólo una cosa clásica daría á conocer á nuestros lectores, mi ignorancia.

Privado, pues, como estoy de todo elemento de erudición, no me queda más que dejar que sin preparación alguna se lea tu obra, que bien merece la esbelta portada jónica que debió levantarle Altamirano.

Pero si me falta erudición, me sobra el sentimiento: es decir, que tengo lo que basta para leerte y comprenderte.

Porque á tí, Guillermo, como á todos los grandes poetas, se debe leer con el alma: el verso que no encuentra un eco en el corazón no penetra en las masas, muere entre las aprensadas hojas de un libro como las flores de un herbario, y no pasa á la posteridad.

Quisiera cortar aquí este prólogo, porque me siento arrastrado por el deseo de hacer recorrer al lector los períodos de tu vida de poeta, para que se vean las distantes fases de tu estro, y no me es posible extenderme más.

Con dolor guarde silencio frente á tus composiciones épicas: y no puedo insertar aquí algunas estrofas de aquellos versos con que levantabas el aliento de la Patria á la hora del conflicto, con que llorabas sus desastres, y con que ensalzabas sus victorias.

Hay en tu numen algo de los grandes ríos que brotando de veneros desconocidos, bajan de las altas cimas, recorren valles, campos y pueblos para ir á morir en el mar.

Como el Nilo que en sus inundaciones fecunda el suelo estéril del Egipto y da vida á una nación, tú has derramado en la tuya las ondas irritadas de tus nobles pasiones, y el pensamiento vivificador del amor á la Patria.

Con la majestad de la epopeya has cantado

la libertad de la República, y con las doloridas notas de la elegía has llorado la muerte del que tú habías arrancado de sus garras, de Juárez, ante cuyo cadáver gritabas: —«*en pie, Señor!*»— como si fueras á sacarlo vivo de la fosa.

Y no sólo defendías la causa que siempre defendiste, la de la democracia, con tu voz épica, sino que con el epigrama, con la poesía ligera y con el verso lleno de sarcasmo y burla, pusiste un estigma de fuego en la frente á los enemigos de la Patria.

Hay letrillas tuyas que azotaron como un latigazo á un clero infidente, á los traidores y á los fanáticos.

Tu canción intitulada *Los Cangrejos* fué la canción de guerra de los soldados de la Reforma, y al resonar sus estrofas marchaban irresistibles los desnudos hijos del pueblo, barriendo á los brillantes soldados de la religión.

Tú, Guillermo, con tus sacratísimas canciones diste la peor de las muertes, la del ridículo, á esa aristocracia de pega que nos dejó aquí la época colonial, á esa aristocracia ligada con todas las traiciones, mendiga de todos los despotismos, de rodillas frente á las dictaduras militares, temblorosa ante toda

idea de libertad, y refractaria á toda cultura y educación.

¿Qué familia podía ostentar su adhesión á Maximiliano y ser afrancesada después de tus versos del «*verno francés?*»

En el prólogo que pusiste á los dos tomos de tus «*Versos inéditos.*» dices que no quisiste recurrir al padrinazgo de un prólogo ageno por no comenzar pidiendo una limosna de alabanzas, como quien remite un album para que le digan piropos.

Entonces tenias razón, porque tú editabas, como se dice, tus propias obras. Pero ahora que nada tienes que hacer en la publicación de los presentes versos, y que á mí no me has pedido que te haga prólogo alguno, no tienes derecho á protestar contra las alabanzas que te he tributado y las demás que se me antoja dirigirte aquí.

Sobre todo, Guillermo, que tú á nadie necesitas pedirle limosna de alabanzas, porque, lastímese quien se lastimare, y aunque se ofendan las grandes vanidades de los pequeños escritores, digo y diré siempre que eres el primero, por no decir el único, de nuestros poetas nacionales.

De veras, Guillermo, que al escribir el párrafo que he copiado se trasparenta, tras una

modestia mal tejida, un arranque de legítimo orgullo.

No querías confundirte con los escritores noveles, ni con los aprendices de poeta que creen salvado su libro y que está reservado para la inmortalidad cuando alguno de los periodistas ó literatos reconocidos ya como tales, les firma un prólogo, como un *pase* para la gloria ó un *Visto Bueno* para la posteridad.

¡Y tú incidir en esa niñería!

Dejemos eso, y vamos á terminar este prólogo, que se ha hecho ya demasiado difuso.

Algunos renglones antes aventuré la aseveración de que para mí eres el primero de nuestros poetas nacionales. Déjame explayar esta afirmación, pues no quiero herir reputaciones literarias, tan justamente reconocidas.

Yo no digo que no haya habido ni haya entre nosotros poetas, y magníficos, que son la honra de México. Y en todos los estilos y en todos los géneros, la República ha tenido escritores que le han dado lustre y honra.

Y no te cito los de otros tiempos, porque tendría que insertar aquí una larga lista de poetas, de sabios, de oradores, de historiadores, de hombres de Estado, de periodistas y aun de novelistas y autores dramáticos.

Basta recordar tan sólo á aquellos que nos precedieron hace muy pocos años, cuyos nombres y cuyas obras aún no se traga el olvido, como Rodríguez Galván, Calderón, Carpio, Pesado, Luis de la Rosa, Lafragua, Zarco, Ramirez, Riva Palacio, Altamirano, Mateos, Justo Sierra, el divino Acuña, Plaza, Cuenca, Malanco, Sosa, Luis G. Ortiz, Negrete, Peza, Peón Contreras y otros cien á quienes ruego me perdonen si no consigno aquí sus nombres por la rapidez con que escribo.

Pero entre tanto genio, no encuentro uno cuyas obras tengan el estilo y el carácter fuertemente mexicano, para que sus autores merezcan el nombre de nacionales.

Como tampoco puedo hacer aquí un estudio de las obras de cada uno de los que te he citado, á grandes pinceladas te diré la razón por qué los juzgo como mexicanos ilustres, pero no como creadores de una literatura nacional.

Rodríguez Galván, ese gran genio sacrificado por el estúpido desdén de la sociedad en que vivió, que no perdía aún los rasgos de barbarie que le dejaron la dominación colonial, Rodríguez Galván tenía en sus magníficas producciones mucho del carácter de la literatura española de la decadencia.

Fernando Calderón, que era algo más mexicano en su estilo, fluctuaba entre Moratín y Bretón en sus comedias, y en sus dramas tiene enteramente un género español.

Pesado escribía en latín traducido al español, ó en español que quedaba en latín, como quieras, y se consagró al género religioso en la época precisamente en que la sociedad comenzaba á olvidar el eterno miserere con que el misticismo la había enervado y adormecido por tanto siglo.

Carpio es bellissimo, valiente, correcto y ricamente modelado. Pero en las líneas tan rectas de su estilo tan puro, se vé tan solo el talento con que las perfiló y se extraña la imaginación que debió inspirarlas. Carpio es un clásico español, no es un poeta nacional. Seguía las reglas de Virgilio que quería que el poeta produjese su obra deforme y áspera, para tocarla y retocarla y pulirla después, como la osa que pare á sus hijuelos monstruosos y cubiertos de pelo áspero, y á fuerza de lamerlos los deja lustrosos y brillantes.

Los escritores que han aparecido después, en su mayoría se filieron en las distintas escuelas literarias de Europa, siguiendo su propio gusto artístico.

Es verdad que entre nuestros literatos con-

temporáneos se han destacado enérgicas personalidades, de líneas propias y originales, que nada copian de la literatura de ultramar.

Así es como Riva Palacio es el cronista de nuestra vieja era, el novelista de nuestra historia nacional, y el punzante caricaturista de nuestras deformidades políticas y sociales.

Así es como los versos de Altamirano, á pesar de que éste está empeñado en saturarse de helenismo, exhalan el aroma del líquen de la montaña, y traspiran los enervantes perfumes de las frutas y flores de la tierra caliente.

Así es como Mateos vierte á torrentes los tropos de su imaginación exuberante en esos períodos cortos, hiperbólicos, conceptuosos, que en esta época de envidias le han producido los honores de la burla, pero que más tarde le conquistarán el lugar que se merece en el aplauso de la posteridad.

Justo Sierra será siempre el condor que se levanta hasta el infinito batiendo sus alas de bronce y recogiendo en su inmóvil pupila los candentes rayos de un sol inmortal. Nosotros los pequeños que siempre tenemos un sarcasmo para los grandes talentos, romperemos nuestros dientes mordiendo las salientes asperezas del estilo de Justo y nos deleitaremos

en remarcar sus defectos; pero nunca concebiremos una idea como las concibe Sierra, que me parecen un bloc tallado por el brusco buril de Miguel Angel, ó una agua fuerte de Rembrandt, ó el "Ahorcado," pintado con sepiá por Victor Hugo.

¿Qué te parece, Guillermo, esta imitación del estilo de Justo Sierra? ¿Hay en esto algo que sea netamente mexicano?

Lo mismo podría decirte de muchos de nuestros poetas ó escritores. Pero quiero recordarte lo que allá, hace algunas años, reproducían aquí los estilos de los pocos poetas que tuvo España en el efímero período de renacimiento, cuando parecía que entraba á la cultura del siglo, cuando producía á Espronceda, Larra, Zorrilla, Bermúdez de Castro, Mesonero Romanos, Don Modesto de la Fuente y otros, y antes de que volviera á caer en su habitual decadencia y á tal atraso que llegara á tener un Perez Escrich y un Echegaray.

Y hoy, Guillermo, quién de nosotros no está criado en la escuela francesa?

Muchos de los que nos atrevemos á escribir para el público no valemos lo bastante para merecer figurar en grupo literario, ni tener los honores de una crítica.

Otros verdaderos talentos que honran á México, piensan y escriben en francés.

Algunos nada más se toman la molestia de traducir á Arsenio Housaye ó á Julio Claretie y de poner al calce modestamente su firma.

Un poeta que haya trocado las tradiciones patrias, las leyendas del suelo, los combates de la raza, las costumbres del pueblo, su dialecto, sus trajes, sus vicios, sus hábitos, sus creencias y sus pasiones, sólo eres tú.

Dentro de medio siglo quien lea á Peon Contreras creerá que fué un poeta, y de los mejores, de Madrid. Dentro de medio siglo, el que lea á Juan de Dios Peza, tan dulce, tan fácil y tan fecundo, pensará que fué un vate europeo.

En el siglo venidero, los preciosos versos de Luis G. Ortiz se tomarán como versiones de algún clásico de la liberta Italia.

¿Y Facundo? ¿tú sabes quién es Facundo? José T. de Cuellar, á quien tengo que consagrar unas cuantas líneas, porque es uno de los pocos que han producido obras enteramente nacionales.

José T. de Cuellar ha pintado algunos cuadros admirables de costumbres mexicanas; su "*Linterna Mágica*" es una perfecta cámara fotográfica donde ha sacado cuadros sociales

de una verdad sorprendente, como el de la procesión de la Merced en "*Chucho el Niño*," y las "*Posadas*," y tipos exactísimos como el del *Gran Actor Nacional*, y otros.

Pero Facundo ha consagrado sus pequeños artículos á la clase media desdeñando al lépero, al pueblo bajo, á esa gran masa que imprime su caracter á una nación, y le da su propia fisonomía.

Te dejo, pues, el título de nuestro poeta nacional; al fin en esto no hago más que repetir el juicio del país entero.

¿No sientes, Guillermo, que un viento de gloria agita ya tus canas venerandas, y que una ráfaga de inmortalidad comienza á ciñtillar sobre tu inspirada cabeza?

Si me ha preocupado el respeto que me inspira tu vida consagrada á la Patria, si influye en mi juicio el afecto que me engendran tus trabajos en la Reforma, de la que fuiste uno de los apóstoles, si me arrastra la admiración que me causa tu genio, y si me arrebata el cariño que te profeso, que te juzgue México que se ha encarnado en tí, y de cuya alma tú eres el cantor.

Tu hermano.

HILARIÓN FRIAS Y SOTO.

GUILLERMO PRIETO.

(FIDEL.)

EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS DE LA ESCUELA DE CIEGOS.

¡Huérfanos de la luz, alzad la frente
Que en vuestra eterna noche alumbra el día!
¡Esa que creis tiniebla, que del mundo
Parece segregaros, es un velo
Con que protege el ángel de la vida
Con misterio profundo,
Vuestro existir que pertenece al cielo!
Es oscuro vacío
En que el Eterno impera,
Y en que pura la augusta inteligencia,
Como un sol para el alma reverbera. ®

Como el beso que imprime en vuestro labio
La fresca linfa de la amiga fuente
Así es la luz. Cual tierna melodía

Que vibrando en acentos de ternura
 Consuelo al alma envía,
 Embriagada de dulzura,
 Y hace temblar al pecho enamorado
 De infinita alegría;
 Así es la luz. Como de errante aroma
 La apacible caricia,
 Como arrullo de tímida paloma,
 Que requiebra al amado con delicia,
 Como llega á vuestra alma entusiasmada
 Este rumor del íntimo contento,
 Así es la luz. . . . y los que en negra sombra
 De los hombres recorren el camino,
 Verán mas bella trás su triste noche
 La luz divina del eterno día. . . .
 Aquí infirmes en lóbrego aislamiento
 Cadáveres de pié, perdidas aves,
 Sin rumbo al estallar de la tormenta;
 Agua sin cauce, yedra sin arimo,
 Triste niñez sin brisas y sin flores,
 Con la existencia en prolongada tumba
 De llanto y de dolores. . . .
 ¡Oh, no, vendrá la ciencia,
 Vendrá el amor, y con ardiente anhelo
 Lucharán nobles con la suerte impía,
 Y llegarán á penetrar osados
 Donde no pudo penetrar el día!
 Vino la ciencia y en el punto leve,

Que en su ingeniosa percepción emplea,
 Hace que palpe el ciego sorprendido
 La facción atractiva de la idea.

Vino la ciencia, al dedo diligente
 Traslada la púpila penetrante
 Y en extásis profundo
 Mas grande que Colón de entre las sombras
 Audaz conquista para su alma el mundo.

Vino la ciencia. . . . y los trozados lazos
 Con que á los hombres le ligó el destino
 Reanuda; ¡ sus hermanos se incorpora
 Y en santa comunión con los mortales
 Le da el saber su copa bienhechora.

Y sutil el amor; sagaz desplega
 El ala de las dulces armonías,
 Y sus tiernos suspiros y sus quejas,
 Y sus sueños informes y lamentos,
 Como seres palpables, cobran vida
 Y flotan deliciosos en los vientos. . . .

¡Sublime caridad! madre amarosa
 Del que llora en doliente desamparo,
 Limpio raudal que corre refrescando
 Los labios que se abrasan de tormento!
 ¡Sublime caridad, cuna del niño,
 Faro del hombre, apoyo del anciano,

Cual resplandece tu sagrado fuego
 Cuando te adoro como luz del ciego!

¡Venid! mirad resucitar las almas....
 Envueltas en las sombras pavorosas,
 Como arcángeles réprobos. Con gozo
 Ved en las manos vencedoras palmas,
 ¡Ved en las frentes virginales rosas!
 Hosana al bien que arrebató al destino
 La negra venda que al cadáver de alma,
 Que en mortaja de vida se envolvía,
 Dió la luz del saber que al triste aliento
 Que formulaba maldición y queja,
 Prorrumpir hizo en cantos seductores
 Y tornó el pecho, abismo de dolores,
 Y presa de agonía,
 Nido de deliciosos ruiseñores
 Que dulces trinan cuando muere el día.

¡Triunfa padre infeliz! ¡Victor, contento,
 Tú que miraste al hijo de tu sangre
 Sin luz y sin abrigo,
 Como sombra terrible del tormento
 Condenada al suplicio del mendigo!

Tú que temblabas de fijar tus ojos
 En la lápida humana que encerraba
 A tu hijo vivo, para el mundo muerto,
 Y te hirieron cual dardo sus caricias
 Y te hundió en el dolor su paso incierto.

Bebe sus triunfos.... ciñe sus coronas
 Empápese tu sér en sus delicias,
 ¿Será que lo que creemos la tiniebla
 Es luz para el espíritu? ¿Es acaso
 En la región del alma ese vacío
 Ignorado existir? ¿Es que la vida
 Torna la espalda al engañoso mundo,
 Y en el misterio al ciego perfecciona,
 Y en su idea el Eterno se aparece
 Y en otros mundos que pintar no sabe,
 Como un sol de esperanza resplandece?
 Si esa región existe, como existe
 En vuestros rostros pura la alegría,
 Si á esa región de amor vuela vuestra alma
 Entre las sombras sin dejar el suelo,
 Allí ensalza la patria, allí con llanto
 Pedid por ella al Hacedor del cielo.
 Allí elevad los tiernos corazones,
 Y en cánticos sinceros
 Ofreced ardorosas ovaciones
 Al bendecido nombre de Trigueros.
 Viejo, herido de acerbos desengaños,
 Con sombras de dolor sobre la frente
 Que salpicaba el hielo de los años,
 Sus hijos os llamó y en vuestros triunfos
 Flores de su ternura....
 Era pompa y encanto de estas fiestas
 Su llanto de ventura....

¿Si pudiérais mirar unos instantes
Lo que estoy viendo yo?.. Los circunstancias
Se agrupan; por miraros os rodean
Y en mirar vuestros triunfos se recrean;
La esbelta dama y el doncel garrido,
El tierno niño, el encorvado anciano
Viven de vuestra vida de ternura,
Y sienten que se escapa de sus ojos
Lágrimas de piedad y de ventura.

La madre diligente
Lleva á su hijo á su seno y os señala
Cual quien le dice: "quíerelo alma mía,"
No conoce á quien le ama
¡Para ellos, oh dolor, no alumbra el día!

La alma va á vuestras almas y contempla
Vuestros ensueños de inocentes niños
De vuestras gracias las tempranas flores,
De juventud las galas esparcidas
En un abismo de miseria y duelo.

¡Y quiere hablar y enfrena la blasfema
Misterio impenetrable; pero llora
Por vuestra suerte; aunque el misterio adora!

.....

¡Omnipotente Dios! Tú que eres fuente
De amor y de bondad; da á nuestras almas

Tesoros de ternura, y que se viertan
En el seno infeliz de los que gimen!
Perfecciona estos seres de las sombras,
Que el saber los redima, que el contento
De sus pupilas desterrando el lloro,
Recorra sus tempranos corazones,
Como una alegre nota los cristales
Palpitantes del tímpano sonoro.

México, Enero de 1879.



EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA
ESTHER TAPIA.

No conozco tu faz, no de tus ojos
 El brillo seductor; más la armonía
 De tu angélica voz, tierna vibrando
 En suspiro de dulce poesía,
 Á mí llegó, cuando terrible el hado
 Desatando los rayos de la suerte
 Presentaba á mi sér atormentado
 Nubes de sangre, y proscrición y muerte;
 Cual viajero perdido
 Entre las quiebras de la selva oscura,
 Le detiene un momento
 La ave que trina en el oculto nido,
 Y que le hace olvidar su desventura
 El eco amante del sentido acento....

No conozco tu faz, tu voz divina,
 Aroma errante, embelesó mi mente,

Porque así han de cantar los serafines.
 Al sentirla exclamé: Flor delicada
 De Michoacan mecida en los jardines:
 Besos te da la brisa regalada;
 El sol placer, sus lágrimas la nube,
 Pompa y coronas la risueña aurora
 Y gozo el colibrí que te enamora....

Quise mirarte, encantadora estrella,
 Y tus encantos percibí á lo léjos,
 Cual de astro que traspone el horizonte
 En el azul del cielo los reflejos.

Yo palpité, te adivinaba mi alma,
 Y luego en medio á mi constante vida,
 Luchando con la suerte ó en la calma,
 Se escuchaba tu voz, repetí ardiente:
 Esa es mi voz querida,
 Y cual voz de la patria al extranjero,
 Como una flor del suelo de la cuna,
 Como amigo lucero
 Que el rumbo indica de soláz y abrigo,
 Voló á tí mi alma y me llamó tu amigo.

Tú, barca empavesada en la bahía
 Con remos de oro y ricas banderolas,
 Te meces palpitando de alegría
 Entre los brazos de las mansas olas;

Yo, maltratado barco, de los vientos
 Juguete sin cesar, ó el arrecife
 A perdición oscura me condena,
 O me conduce al puerto la fortuna
 Al parecer inútil en la arena.

Envuelta en sedas y entre la alta espuma
 De voluptuoso encaje,
 Alzas erguida el arrogante cuello,
 Cual garganta de cisne entre el oleaje;
 Forma á tu frente angusto cortinaje,
 Al lado de tus sienes, tu cabello,
 Que el viento aparta en amoroso halago,
 Y se mira tu faz, como el ramaje
 Deja mirar al trasparente lago.

Así te pinta el arrobado joven
 Que oyó en tu seno respirar la lira,
 Gloria de los garridos trovadores,
 Y te proclama reina de las gracias,
 Del canto arcangel y verjel de amores.

¡Ay! esa lira quemará tu seno;
 Joya al verla divina, es áscua ardiente;
 Flor hermosa es un caliz de veneno;
 Aspid sediento, lo alimenta el llanto;
 Patrimonio de gloria y de grandeza,
 Solo con la corona del quebranto
 Hace inmortal su mágica belleza. . . .

¿Sentir? ¿amar? ¿creer? niña infelice
 ¿Por qué no entre la turba te levantas
 Con tu guirnalda de fragantes rosas,
 Y el juego animas y la danza encantas,
 Y haces del mundo distracción y juego,
 Como otras mil hermosas
 Que tienen los amantes á sus plantas?

¿Sentir? ¿amar? para que llegué un día
 Que lleve la ilusión hoja por hoja
 Del desengaño horrible la corriente,
 Y cuando tú, vencida de congoja,
 Y cuando herida de vejez tu frente
 Y ya agotados de llorar tus ojos,
 Y ya perdida en delirar tu mente,
 Y seca y mustia de gemir tu boca,
 Ante tí pase el mundo indiferente
 Y diga con desprecio: ¡pobre loca!

¡Pobre loca! soñaba en la terauca,
 Y hoy la demencia su razón empaña:
 Su amante recordaba su hermosura
 Al tronar los tapones del champaña.

¡Pobre loca! buscaba fe constante
 Y se fió en el amor; niña inocente,
 Creyó un palacio al fin de su camino,
 Y era polvo en columna que elevaba
 Inquieto remolino.

Perdón! ¡Perdón! la hiel en que reboza!
 Esther, el alma mía,
 ¿Por qué verterla en el saludo amante
 Que el corazón te envía?.....
 No; duerme en tu ilusión, canta y alegre,
 Ave canora, el mar, el viento, el cielo,
 Y si pasa ante tí la nube negra
 Del adverso destino,
 Haga el eterno que se torne en sombra
 Que embellezca y refresque tu camino.

Ciudad Victoria, Mayo 1.º de 1860.

Coplas ligeras.

Á MARIA MI NIETA, LA HIJA DE FRANCISCO.

Soñé ¡qué sueño tan grato!
 Nieta mía,
 Que en tus ojos de luceros
 Ví la luz del nuevo día.

Y que yo era un pajarito
 Muy bonito,
 Que amoroso te cantaba
 Y tu despejada frente
 Con el ala diligente
 Acariciaba.

En encantos llevaba el viento
 Mi contento
 Que derramaba ventura,
 Por verte en nada pensaba
 Más sentía que lloraba
 De placer y de ternura.

Luces y piedras preciosas
 Primorosas
 Eran las aguas y flores,
 Y tú leda me veías
 Y tu manita tendías
 Con mil requiebros de amores.

O que alegre y jugetona,
 Que graciosa
 Me seguía con anhelo,
 Y yo por desesperarla
 Llegaba casi á tocarla
 Alzando después el vuelo.

A su espalda y en la altura
 Un claro había,
 Distinguiéndose á lo léjos
 Lamos de luz como espejos
 Donde fingía la mente
 Otro mundo diferente.

Y allí, mi nietecita, te miraba
 Galana, esbelta, de esplendor vestida,
 De juventud radiante; pero triste
 Al borde del abismo de la vida.
 En tu torno volaban esperanzas,
 E ilusiones y penas confundidas,
 Entre pérfidias rosas que ocultaban

De sus tallos airosos las espinas
 Relámpagos de gozo, acerbo llanto,
 Y esos ojos divinos, alma mía,
 Buscando en las tinieblas del engaño
 Un resquicio de cielo de alegría.
 Yo volé á protegerte con la fuerza
 De la razón y la virtud unidas;
 Pero al bajar los ojos te miraba
 La alegre y bella, la preciosa niña.

Y entonces el pajarito,
 Nietita mía,
 Nuevas coplas entonaba
 Y alentado en mi alborozo
 Con tus grititos de gozo
 En tu hombrito me posaba.

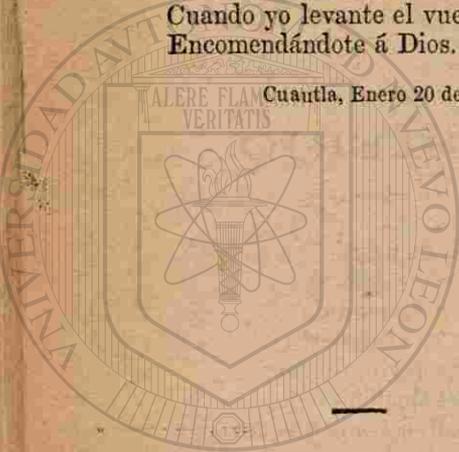
Y así mi acento te habló:
 Vive, nietita hechicera,
 Pero nadie hay quien te quiera,
 Quien te quiera como yo.

De mi sangre tienes vida
 Y de mi mente destellos;
 Eres de mí bendecida
 Cuando beso tus cabellos.

Sé como la otra María,
 Alma mía,

Que te cuida desde el cielo,
 Y te cuidaremos dos
 Cuando yo levante el vuelo
 Encomendándote á Dios.

Cuantla, Enero 20 de 1885.



MISTERIO.

Recuerdo de un tiempo muerto,
 Que me asaltas dolorido,
 Cuando te lloré perdido
 Del pasado en el desierto.
 De luz fátua rayo insierto
 Que vago el sepulcro dejas,
 Cual llamado por mis quejas,
 Para que mi mal mitigues,
 Que si te huyo me persigues,
 Y si te sigo, te alejas.

Eco de blanda armonía
 Errante en el bosque umbrío;
 Que vibrando en el vacío,
 Mis sentidos extravía,
 Que con falaz alegría
 Revives en mi interior

Los verjeles del amor,
 Cuando rompieron su encanto
 El desengaño y el llanto
 De mi constante dolor!

Murmurio de ignota fuente
 Que como música suena,
 Para enterrar en la arena
 Las perlas de su corriente;
 Que un momento el sol poniente
 Se vé en la linfa lucir,
 Sin poderse discernir/
 Si brilla aquel rosicler.
 Como pompa del nacer
 O cual duelo del morir.

Alma que en mi alma sentí:
 De mi mal compadecida,
 Como volviendo á la vida
 Tan sólo á llorar por mí:
 Que limpia y clara la ví
 Como en la orla tenebrosa
 De nubé, estrella preciosa,
 Que está prometiendo un cielo

Al que gime bajo el velo
 De la tiniebla espantosa.

Junto al alma desolada
 Tempestades de contento;
 Truena insolente mi acento
 En la orgía apasionada.
 Es alegre, enamorada,
 La entonación de mi canto,
 Y ébrio de dicha y encanto,
 Llevo á mis labios la copa
 Por sentir que me sofoca
 La explosión de mi quebranto.

Cuando en mi dolor se clava,
 Estoy dentro de un abismo,
 Y me pregunto á mí mismo
 ¿Qué sentía? En qué ¿pensaba?
 Siento que la luz se acaba,
 Que es sombra el tiempo que fué,
 Y que mi vida se vé
 Como árbol que, hoja por hoja,
 El triste invierno despoja,
 Y que está muriendo en pié.

¿Son fantasmas tus ensueños?
 No fantasmas son delirios,
 Son realidad de martirios,
 Y son martirios mis sueños.
 Cuando horizontes risueños
 En dudosa lontananza
 Mi vista engañada alcanza,
 Súbito surge un objeto.
 Es un horrible esqueleto.
 ¿Lo mirais? Es mi esperanza.

DESCONFIANZA

Tienes muchacha un mirar
 Tan ansina, tan aquel,
 Que escalofría mi piel
 Y hasta me puedo enfermar.

Debes los ojos cerrar
 Que ya bastante sufrí,
 Pues si me miras así.

Si me muestras tus encantos;
 Aunque rece á cien mil santos
Yo no respondo de mí.

Cierra los ojos te digo,
 Que tengo seca la boca. . . .
 Ve que tu ver me provoca
 Sin meterme yo contigo.

Véme con mirar amigo,
Por que si no, me perdí;
No es ese el trato ¡ay de mí!

Tu vista en placer se anega.
Con la lumbre no se juega
Y *No respondo de mí.*

Fijas. llena de pasiones
La mirada? qué gracejo!
Yo soy ya pecador viejo.
Sucumbó á las tentaciones.

Mira que uaos ojos pones
De espérame por allí;
Señora al mirarte ardí,

Y soy frágil de tal suerte,
Que en llegando un trance fuerte
Yo no respondo de mí.

Se dará mayor porfía.
¿Qué me quiere tu mirada?
¿Qué me pide apasionada?
Apártala, vida mía.

Ya divina me extasia;
Ya á su encanto sucumbí.
Ya mi sosiego perdí

Por tu obstinado capricho
Muchacha. Lo dicho, dicho,
Y no respondo de mí.

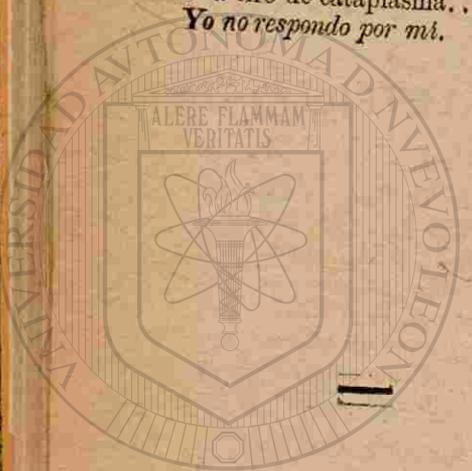
¡Ola! ¿estallan los enojos.
Por uno que no es exceso?
Si hubo culpa en ese beso,
La culpa fué de tus ojos.

Qué deliciosos sonrojos!
Pero ya te lo advertí;
Que si me miras así.
Con ese dulce abandono.
Me aturdo Me iusurrecciono
Y no respondo de mí.

Muy bien, aléjaste hermosa;
Pero desde allí me miras;
Y sonrises y suspiras.
Tierna, lánguida, amorosa.

Retírate. rigurosa.
Más por qué me miras ¿dí?

Ya lo ves; huye de aquí.....
 Porque tu ver me entusiasma
 Y á tiro de cataplasma.....
Yo no respondo por mí.



LETRILLA.

Tiene D. Roque forlón
 Y quitrín de vuelta entera,
 Y debe hasta la ración
 A la pobre cocinera;
 Pero eso sí, la opinión
 Lo eleva á la quinta esfera,
 —Y yo digo: ¿quién te mete,
 Juan Copete?

Es un portento el tutor
 De Petra, parece un padre:
 ¡Qué finura de señor,
 A nadie hay que no le cuadrel
 Y ella, lo que es el amor...
 Bien vista, es como una madre...
 Chitón!... y á tí, ¿quién te mete,
 Juan Copete?

Abraza Juana á Ramón
 Y se sonroja en efecto;

Mas le admite un tumbagón
Al amigo del prefecto.
Hola, Juana! ¡cuánto afecto!
Qué afecto...! la educación....
¿Si...? Yo digo: ¿quién te mete,
Juan Copete?

En cierta casa hubo espanto,
Y la vecindad notó
Dos bultos con cierto encanto:
Uno, que sin duda huyó;
Otro, que el bautismo santo,
Angelito!... recibió.
¡Qué cosa! — A tí, ¿quién te mete,
Juan Copete?

¡Qué amigos! no hay más que ver,
Con ellos no hay tuyo y mío,
Y todo con tal placer,
Tan dulce, tan sin desvío,
Que inclusive la mujer,
Celebran el lazo pío....
¡Ah! — Silencio! ¿quién te mete,
Juan Copete?

Es un pasmo Don Crisanto;
En las consultas, ¡qué tino!
En su interior es un santo....
Mientras que pesca el destino

De la curia.... luego, cuánto
Se sabe! ¡qué libertino!
Hipócrita....! ¿y quién te mete,
Juan Copete?

Yo conozco una Excelencia
Que padece mal de orina,
Y le aprieta con violencia
Si se ofrece chamusquina;
Pero pasa la pendencia,
Y es un Cid.... oh! qué diablina
Enfermedad....! ¿quién te mete,
Juan Copete?

Ese que proclama al rey,
Dice á Pepe el liberal:
"Cada soldado es un buey;
"Su Alteza el génio del mal,
"Y el robo la sola ley...."
Ese con nadie está mal;
¡Qué equilibrio...! ¿quién te mete,
Juan Copete?

Un tinterillo de Aduana
Que tiene en el teatro asiento
Y á su mujer engalana,
¿Será del ramo del viento?
De cierta casa alemana
Es el amigo, el contento;

Y yo digo: ¿quién te mete,
Juan Copete?

Es un confesor cumplido
Fray Blas, pero tan tirante,
Que á la mujer del marido
Siempre mantiene distante,
Con todo qué parecido
Ha salido el nuevo infante. . . .

—A quién?—Digo: quién te mete,
Juan Copete?

Es un tigre Don Rodrigo
Y con los novios un rayo;
A la niña, ni un amigo
Puede mirarla al soslayo;
Solo que cuando esto digo,
Me vé tan así. . . . el lacayo.

Por qué será? y ¿quién te mete,
Juan Copete?

Al faccioso horca y tormento
Con los viles inyasores
Vámonos con mucho tiento:
A los paisanos ¡traidores!
Los otros son otro cuento,
Son sus armas superiores. . . .

Que táctica. . . .! ¿quién te mete,
Juan Copete?

Un gobierno da un destino
Y otro emplea á Peñalver,
Y á él jamás en el camino
Se le vé de pretender.
Qué mérito. . .! superfino,
Que lo diga su mujer. . . .
Con mil diablos! ¿quién te mete,
Juan Copete?

Les cayó la lotería,
Que perezcan los congresos;
Estanquillos á la tía,
A los hermanor traviesos
Lugares de Minería,
Y á los que lo digan, presos.
Por lo mismo, ¿quién te mete,
Juan Copete?

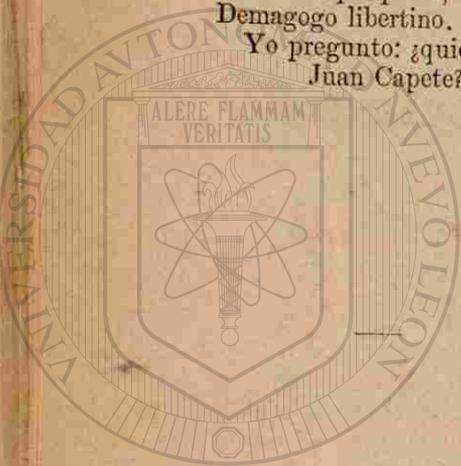
Son los mulatos nobleza
Y los indios grandes cruces;
Están á nuestra cabeza,
Gavilanes y avestruces
Celebrando la simpleza
De este siglo de las luces.

Y yo digo: ¿quién te mete,
Juan Copete?

Si el mundo es un torbellino,
Si es el tartufo imperante,

Si humilla al sabio el pedante,
Si el que corrió, en un destino
Llama al que peleó, tunante,
Demagogo libertino.....

Yo pregunto: ¿quién te mete,
Juan Capete?



DESENGAÑO.

Abjuro el amor, muchachas
Y al arrullo de palomo,
Porque ni bebo ni como
Con vuestro infernal desdén.

Me cansa que me pregunten,
Tras amoroso calambre,
Cuándo fué el año del hambre
Y qué hubo el año de diez.

Me hiere que cuando busco
Como un chicuelo un diptongo,
Me digan, que quién á Dongo
Temerario asesinó.

Que si encarezco la moda,
Me deje un anciano absorto
Con el duelo al calzon corto
Que Calleja destronó.

Entono trovas sentidas
Cual meloso literato,
Y me hablan de carbonato,
De orozus y lamedor.

Y no falta en el concurso
Algún postizo sobrino,
Que me quiera por padrino
De un faldero aturdidor.

Ensalzo el amor ardiente
Y los ruidosos festines,
Que al tronar de mil violines
Hacen mil bienes gozar.

Y una de esas antiguallas
Que imperan en las cocinas,
Me consulta galantinas,
Pudines y volován.

Y se exalta y me autoriza,
Y me enseña sus recetas
De purés y de chuletas,
Filetes y fricasé.

¡Santo Dios. . . ! yo la interrumpo
Viendo á mi beldad divina,
Con un nene de oficina
Haciéndome el *plus café*.

Maldito amor! para un viejo
Es una espina en el ojo,
Un proceso de sonrojo,
Un ataque de torzón.

O bien, viéndome rasgao,
Semi-andaluz de confianza,
Me invitan para una danza
En que me mate la tos.

Y con alguna antigualla
De esas almejas de estrado,
Me arrojan en el pasado
Y bailo. . . . que es un dolor!

Si hay alguna parturienta,
Yo voy por la comadrona;
Si dan una comilona,
Yo hago platos con primor.

Si hay algún enfermo grave,
Yo. . . . como soy de talento,
Le hé de hablar de testamento
Y que venga el confesor.

Y si alguno tiene amores,
Entónces, como discreto,
Me escoge de parapeto
El rendido trovador.

Y ¡qué halagos! ¡qué dulzura!
Si no voy, me reconviene
La chica: Dios me contiene
De no darle un bofetón.

Queda sin mí, beldad joven,
Al aire contra una esquina,
Enjaulada en crinolina,
Y cantando el *ró, ró, ró*.

Al pisaverde mozuelo,
Que en la *redowa* se mezca,
Y que en la danza parezca
Señor de la Espiración!

A ustedes, me torno, ancianas,
Para que auyenten mis penas;
Platicadme de novenas,
De renmas, flatos y tos.

Soy modesto. . . hablad tranquilas,
Entre uno y otro traguito,
Y dadme tierno pollito
Y buena sopa de arroz.

Dulce es estar conversando
Frente á honda taza de atole,
De las boleras, del ole,
Y el patedú y el forlon.

Cual los labios se desplegan,
Olvidando las desgracias
De las sin iguales gracias
De aquel Luciano Cortés.

Y así, cruzando las horas,
Está la conciencia leda,
Hasta que suena la queda
Mero en punto de las diez.

¿Qué hacéis con una muñeca
Que, indigesta, sólo acata
Al que le habla de Traviata
Y las modas de París?

Que si distingue á hurtadillas
Que vino el traje del Paso
Del Norte. . . . Jesús! ni caso,
Que ella ama por figurín.

Amor de vieja es tan blando. . . .
La ropa holgada. . . la siesta;
Y alguno más da que cuesta. . . .
Aunque eso no busco yo.

Busco amor de sobrepaso,
No de *wagon*, no volante;
Poco costo, mucho aguante,
Y la bendición de Dios.

¿Que, no es rabia cuando tierno
 Por una chica demande,
 Me diga: "¿y vuestro hijo el grande
 Goza de buena salud?"

"¿Y el otro?..." punto y aparte.
 Ven á mi alma.... amor de vieja:
 Cada uno con su pareja;
 Muchachas del diablo, abur!

ROMANCITO

Nuestro barrio está de holgorio
 Repican en la parroquia,
 De tiros largos el cura
 Va acompañando á la novia,
 De velo blanco y de trage
 Hecho de la última moda,
 Calzado de blanca seda
 Y de jazmines corona;
 Con su pañuelo en la mano
 Con su abanico de concha,
 "La Virgen parece," dicen
 Vejetes y cotorrónas;
 Si parece una condesa,
 O si parece una diosa.
 Sale la gente de misa,
 Los muchachos se alborotan,
 Las *gatas* y las lechuzas
 A los zaguanes se asoman,

Los tenderos á sus puertas
 Y á sus balcones las pollas.
 ¡Qué piecesito! ¡qué rostrol
 Avísenme si es la aurora,
 Y si son sus dientes perlas
 Y sus mejillas son rosas.
 ¡Qué lástima de muchacha!
 ¡Qué bruta doña Simonal
 Que se la dió al viejo verde
 Que viene como de escolta.
 —Ay! mi vida, estan los tiempos
 Para asegurar la torta,
 Y asegún los bodegones,
 Son, doña Tecla, las moscas.
 —Tan muchacha y ese viejo,
 Mírelo, parece escoba.
 —Mire que piernas abiertas.
 —Huy! los gatos usan botas.
 —¿Cuándo será San Cornelio,
 Mártir? se preguntan otras.
 —Hoy es la Semaua Santa,
 Cuándo el sabado de gloria?
 ¿Y no conoces al Júdas?
 Lindo chico, dicen otras.
 Tan fino; pero sin blanca,
 Tan tierno, pero en la inopia;
 Y el novio pasa orguyoso,
 Ancho busto, chicas corvas,

El sorbete en la moyera,
 Haciéndole cien maromas
 Un levitón como funda.
 Y sus colosales botas
 Boludas como almofreses,
 Y como balijas toscas,
 Va con sus chochos amigos,
 Con sus amigas cotorras,
 Unos como chupamirtos,
 Como botijas las otras;
 Cuando pasa se sonríen
 Todos con maligna sorna,
 Y auguran para el futuro
 Muchas divertidas cosas.
 Entretanto un leperillo
 Triste se pone la mona
 En un apartado barrio
 Llorando lagrimas gordas;
 —Pero, le dice un amigo:
 «No llores, fuera congojas,
 «Los hombres siempre valemós
 Y de mujeres hay sobra.
 —Ella misma. . . . bebe un trago,
 Valedor, y punto en boca.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

JUAN DE DIOS PEZA

A VICTOR HUGO.

¿Quién soy para ofrecerte mis cantares? . .
Hablarle en tu lenguaje fuera mengua;
Al que es grande y profundo cual los mares,
Le cantó el huracán y no la lengua.

En desusado atrevimiento raya,
Hablar en verso provocando mofa,
Al que tuvo por lira un Himalaya
Con una tempestad en cada estrofa.

Querer medir tu magnitud, abisma;
Todo un siglo te sirve de proscenio;
Eras, más que un mortal, la Francia misma
Hecha de carne y fulgurante en genio.

Con cada frase que tu labio dice
ae un trono y se quiebra una corona;

Eres la Humanidad cuando maldice
Y la austera Virtud cuando perdona.

Los pensamientos que en tu mente hirvieron,
Cauda te forman de inmortales rastros,
De tu cerebro colosal surgieron
Cual de la mano del Señor, los astros.

Para cantar tu genio, que hoy aprecia
Como el más alto el Universo entero,
Preciso fuera, conmoviendo á Grecia,
Ir en su tumba á despertar á Homero,

En un trono de luz dejarte solo,
Tender bajo tus piés la mar Egéa,
Y sentando á tu diestra al dios Apolo
Y á tu siniestra á Venus Citeréa,

Al rayar del Olimpo la alborada
Que Homero te conozca, que se asombre,
Y con su *stylo* que escribió la Iliada
Que esculpa al pié del partenón tu nombre.

Que en pentélico marmol Praxiteles
Labre tu estatua, y al pasar severos
Se inclinen saludando tus laureles
Admirados los siglos venideros.

¿Quién te puede juzgar en nuestros días?
¿Quién de tu gloria llamará á las puertas?

Ya murieron Homero é Isaías
Y Atenas y Sion están desiertas.

¿Cómo juzgarte, pensador gigante?
El solo peso de tu genio abruma;
Se necesitan planchas de diamante
Y en la lumbré del sol mojar la pluma.

Entra al Olimpo llevas por delante
La columna de fuego de la historia;
Diga el mundo de tí cuanto es bastante:
Nació francés, más lo engendró la Gloria!

1885.

JESUS ECHAIZ.

GALILEO

En un rincón de su prisión oscura,
Callado el genio, de dolor suspira,
Ante un fantasma que delante mira,
De torva faz y negra vestidura.

Es el inquisidor que grita:—¡Abjura!
Renuncia de tu herética mentira,
Dí que la tierra está La tierra gira,
Le contestaba el sábio con dulzura.

Airada planta hiere el pavimento,
Y por oscuro callejón torcido
Asoman el verdugo y el tormento.

Al punto triunfa la ignorancia aleve
Y exclama el sabio triste y abatido:
—Y sin embargo, siento que se mueve.

México, Enero de 1879.



PANTALEON TOVAR.

A****

Es verdad. Con negro daño
aquel que es tu amor, te paga,
hiriéndote con la daga
aguda del desengaño.

Él extingue los fulgores
de la luz de tu existencia,
desvanece tu creencia,
te deja el alma sin flores.

Más no la tribulación
crispe de saña tus labios;
no te arrojen los agravios
en la desesperación.

Si él cortó de tu esperanza
de felicidad, el vuelo,
no mires con odio al cielo,
ni pienses en la venganza.

Porque es muy más infelice
que aquel que crimen respira,
quien da creces á su ira,
y que se venga y maldice.

No dejes que en el delirio
que te atormenta inhumano,
ofusque tu propia mano
tu aureóla de martirio.

Vas á pasar la existencia
sola, y en la desventura;
mas tendrás en la amargura
sosegada la conciencia.

Y al fin hallarás consuelo
para tu dolor insano;
porque quien sufre, no en vano
alza los ojos al cielo.

Si quien amaste, la hiel
te hizo beber trago á trago,
tú, de tanto mal en pago,
ora al Eterno por él.

Perdónale. Ten la gloria
de hacer bien á tu enemigo,
y déjale por castigo
dulce y tierna tu memoria.

Y si con torpe ironía
mirándote desgraciada,
lanza alegre carcajada,
perdónale todavía.

Que pues llevas la corona
de mártir, porque lo quiso
Dios, perdona:—el Paraiso
se abre para quien perdona.

MANUEL ACUÑA.

—
Cinco de Mayo.
—

I.

Tres eran, más la Inglaterra
Volvió á lanzarse á las olas,
Y las naves españolas
Tomaron rumbo á su tierra:
Sólo Francia gritó "guerra"
Soñando ¡oh patria! en vencerte;
Y de la infamia y la suerte
Sirviéndose en su provecho,
Se alzó erigiendo en derecho
El derecho del más fuerte.

II.

Sin ver que en lid tan sangrienta
Tu brazo era el más pequeño,
La lid encarnó en su empeño
La redención de tu afrenta.

Brotó en luz amarillenta
 La llama de sus cañones
 Y el mundo vió á sus legiones
 Entrar al combate rudo
 Llevando por solo escudo
 Su escudo de corazones.

III.

Y entonces fué cuando al grito
 Lanzado por tu denuedo,
 Tembló la Francia de miedo
 Comprendiendo su delito
 Cuando á tu aliento infinito
 Se oyó la palabra: sea,
 Y cuando al ver la pelea
 Terrible y desesperada
 Se alzó en tu mano la espada
 Y en tu conciencia la idea.

IV.

Desde que ardió en el oriente
 La luz de ese sol eterno
 Cuyo rayo puro y tierno
 Viene á besarte en la frente,
 Tu bandera independiente
 Flotaba ya en las montañas,
 Mientras las huestes extrañas

Alzaban la suya airosa
 Que se agitaba orgullosa
 Del brillo de sus hazañas.

V.

Y llegó la hora, y el cielo
 Nublado y oscurecido
 Desapareció escondido
 Como en los pliegues de un velo;
 La muerte tendió su vuelo
 Sobre la espantada tierra,
 Y entre el francés que se aterra
 Y el mexicano iracundo,
 Se alzó estremeciendo al mundo
 Tu inmenso grito de guerra.

VI.

Y allí, el francés, el primero
 De los soldados del orbe
 En que sus glorias absorbe
 Todas las del mundo entero;
 Tres veces pálido y fiero
 Se vió á correr obligado,
 Frente al pueblo denodado
 Que para salvar tu nombre,
 Te dió un soldado en cada hombre
 Y un héroe en cada soldado!

VII.

Tres veces. . . . y cuando hundido
 Sintió su fama guerrera,
 Contemplando su bandera
 Manchada y escarnecida,
 La Francia, viendo perdida
 La ilusión de su victoria,
 A despecho de su anhelo,
 Vió asomar sobre otro cielo
 Y en otro mundo la gloria.

VIII.

Que entre la niebla indecisa
 Que sobre el campo flotaba,
 Y entre el humo que se alzaba
 Bajo el paso de la brisa,
 Su más hermosa sonrisa
 Fué para tu alma inocente.
 Su canción más elocuente
 Para entonarla á tu huella,
 Y su corona más bella
 Para ponerla en tu frente.

IX.

Si, ¡patria! desde ese día
 Tú no eres ya para el mundo
 Lo que en su desdén profundo

La Europa se suponía.
 Desde entonces, patria mía,
 Has entrado á una nueva era,
 La era noble y duradera
 De la gloria y del progreso,
 Que bajan hoy como un beso
 De amor sobre tu bandera.

X.

Sobre esa insignia bendita
 Que hoy viene á cubrir de flores
 La gente que en sus amores
 En torno suyo se agita,
 El que en la dicha infinita
 Con que en tu suelo la clava,
 Te jura animosa y brava,
 Como ante el francés un día;
 Morir por tí, patria mía,
 Primero que verte esclava.

AURELIO HORTA.

Páginas íntimas.

La última chispa que quedó en la hoguera,
 La última flor que en mi jardín había,
 La última estrella que brilló en mi cielo,
 La postrera esperanza de mi vida,
 Con este corazón que hoy despedazan
 Cual buitre carnicero las desdichas
 Todo te lo ofrecí con mi cariño,
 Todo te lo dejé por tus mentiras.
 ¿Qué has hecho del depósito sagrado
 Del moribundo corazón, que un día
 En tí confiara, infame robadora
 De tantas almas que por tí suspiran?
 Todo me lo quitaste. . . ¿qué me queda
 En esta sociedad que me horroriza,
 Sin lágrimas, sin vida, sin consuelo,
 Cadáver que descanso necesita?

¡Y tengo de mirarte á todas horas
 Y saludarte siempre con sonrisas
 En una sociedad, que como siempre
 Confunde los verdugos y las víctimas!
 Y cada vez que, por mi mal, estrecho
 Tu helada mano entre la mano mía,
 Siento tocar la garra de algún tigre
 O la piel escamosa de una víbora.
 ¡Cómo quisiera entonces, vengativo,
 Tu pecho desgarrar, lleno de ira,
 Y arrancarte implacable las entrañas,
 Mas negras que mi suerte y tus pupilas!

AGUSTIN F. CUENCA.

NIEVE DE ESTIO.

(A JUAN DE DIOS PEZA.)

Copia fiel de tu belleza
 Pediste ayer al espejo,
 Que es el más puro reflejo
 De la más noble franqueza,
 Y siento de mi tristeza
 Crecer los fieros enojos,
 Porque para ver tus rojos
 Labios y tu blanca frente,
 No hay cristal más transparente
 Que las niñas de mis ojos.

La luz, de copiarte ufana,
 Dió al espejo sus destellos,
 Y entre tus negros cabellos

Viste colgando una cana;
 Fué entónces marfil la grana
 Que el rostro á besarte mueve,
 Y trémula, fiera, aleve
 Trozaste el cabello cano,
 Que era un cisne de verano
 Envuelto en plumas de nieve.

Presa de terribles luchas,
 Como agravio á tus hechizos
 Viste después en tus rizos
 Otra cana y otras muchas,
 Y triste en silencio escuchas,
 Cómo la razón proclama
 Que es el pensamiento llama
 Que cuando más se enrojece,
 Más el cabello emblanquece
 Con el fuego que derrama.

Fijos en el claro espejo
 Tus más claros todavía
 Ojos que causan al día
 Rubores con su reflejo,
 Las blancas hebras del viejo
 Cabello en su edad lozana
 Arrancaste, y la galana
 Luz de tu mirada al verlas,
 Fué luz que disuelta en perlas
 Bajó á besar cada cana.

Un riso blanco me envías,
De tus letras adoradas
Envuelto en las desmayadas
Misteriosas melodías;
Y en tus congojas sombrías
Pienso al ver tus canas bellas;
De unas y otras te querellas,
Unas son la noche oscura
Que nubla tu frente pura,
Las otras son sus estrellas.

Con odio á torpes amaños
Y venciendo tu altivez,
Me has mostrado la vejez
Que agobia á tus veintiun años;
Y sin temer desengaños,
Sin temer fieros desdenes
Déjame besar tus sienes;
Vano fuera tu temor
Cuando sé que son de amor
Todas las canas que tienes.

Quando en tí regocijado,
Forma mis dulces antojos
Llevar el alma en los ojos
Para verte enamorado;
Quando en mi pecho ha formado
Tu alma su caliente nido

Y tiene allí por sentido
Rui señor que la corteja
El amor que en mí se queja
Receloso del olvido.

Quando al verte solo veo
Que eres claridad del día,
Romántica fantasía
De espiritual devaneo;
Llama de febril deseo;
Ave en el arbol, que el río
Copia en su cristal bravío
Querellándose de amor,
Madreselva cuya flor
Por galán tiene al rocío.

Noche de las estrelladas
Noches en que los rosales
Forman los lechos nupciales
De los silfos y las hadas;
Raudal que en despedazadas
Hebras de cristal undoso
Errante baja, impetuoso
De los empinados riscos
Y entre los verdes lentiscos
Va rodando rumoroso.
Queden tus negros cabellos
Ciñendo tu faz morena,

Y el negro ángel de la pena
 Quede aprisionado entre ellos;
 El riso de los más bellos
 Que fueron nieve de estío
 Guardo yo en el pecho mío
 Viendo tus congojas grandes;
 Hay siempre nieve en los Andes
 Y espuma en el mar bravío.

GABINO ORTIZ.

EN LA MUERTE
 DEL SR. D. MELCHOR OGAMPO.

ELEGÍA.

Voz de dolor, rugido de venganza,
 Lúgubres ecos de pesar, de ira,
 Lancen las cuerdas de mi triste lira,
 Provocando sangrienta á la matanza.
 El genio de las furias que me inspira
 Arranque de mis labios con espanto
 Raudales de frenética armonía,
 Y en tan infando día
 Sea de rabia y de rencor mi canto.

¡Desesperación y luto en torno miro
 Y fresca sangre que caliente humea. . . .!
 Sangre también el corazón desea

Y á sangre sabe el aire que respiro. . . .
 ¿Qué se hizo el hombre grande, el géneo fuerte,
 El sabio michoacano, cuyo acento
 Hizo temblar al fanatismo inerte
 Y á la ignorancia en su profundo asiento?
 ¿Dó está la antorcha luminosa y clara
 Que el mundo de Colón bañaba un día?
 ¿Dónde el escudo está que defendía
 Los derechos del pueblo mexicano?
 ¿En dónde está tu orgullo, patria mía?
 ¡OCAMPO, OCAMPO, ILUSTRE CIUDADANO!
 En donde estás...? ¡Oh Dios! ¡Horrible crimen.
 ¿Qué espectáculo atroz ante mis ojos
 Ofrecen los esbirros del santuario?
 De sangre pura, generosa y cara
 Empapados están los labios rojos
 Del alevé y fanático sicario. . . .
 ¿Qué visiones son esas que me oprimen. . . .?
 ¿Un sangriento cadáver insepulto. . . .?
 ¿Tres niñas tiernas que espantadas gimen...?
 ¡Oh bárbaro atentado! ¡oh negro insulto!
 ¿E impune queda un hecho tan salvaje?
 ¿No hay quien castigue tan feroz delito?
 ¿Y sufre el pueblo tan mortal ultraje?
 ¿No hay quien lance de venganza el grito?
 ¡Maldito el Mexicano, sí, maldito,
 Que, al escuchar el crimen de esas hienas,

No siente convertida en fuego ardiente
 Correr la sangre en sus hinchadas venas.

Contemplad con asombro aquella frente,
 Del genio y del saber profundo asiento. . . .
 El sacrilego plomo del soldado
 Vendido al clero del poder sediento,
 Alevé ha traspasado.
 Ese rostro mirad, al que animaba
 El rayo de divina inteligencia,
 Cubierto ya de palidez horrible
 Privado del calor de la existencia.
 Esa cabeza, ayer depositaria
 De espíritu creador, de ideas sublimes,
 De humanitarias, altas concepciones,
 Cubierta está de venda funeraria.
 Y aquella boca, manantial fecundo
 De alocución purísima, elocuente,
 Aun entreabierta está, cual aspirando
 El sopro blando de la fresca brisa:
 Generosa tal vez, aunque doliente,
 En esos labios asomó vagando
 Una inefable, celestial sonrisa,
 A su asesino infame perdonando.
 Mirad allí al hombre inmaculado,
 Al gran republicano, al fiel patriota,
 A un suplicio afrentoso condenado,

Y, cual vil malhechor, cual un malvado,
Expuesto á la vergüenza en la picota.

¿Recordais, por ventura,
Sus inclitas virtudes?
¿Su hermosa vida irreprochable y pura
Con afán incesante consagrada
De santa libertad al culto ardiente,
Al amor de su patria infortunada
Y á la mejora de su triste gente?
¿Recordais sus vigiliás, estudiando
En el inmenso libro de natura,
Por la noche los astros observando
Y bebiendo la ciencia en la lectura
De la antigua y actual filosofía?
¿Recordais igualmente su alma pia,
Su noble corazón, que, generoso,
De la esperanza el bálsamo vertía
Con el pan que dió al menesteroso?
¿Recordais su pasión por lo sublime,
Por lo puro, lo cándido, lo bello?
Cuando del sol el último destello
Dejaba el horizonte, moribundo;
Cuande dormir parece el ancho mundo,
Arrullando en la mágica armonía
Que al caer de la tarde se produce
Por ese vago y misterioso ruido,
Del universo al declinar el día,

Entre luz y tiniebla sumergido;
Él al Señor de la creación amaba
Su ardiente corazón entre el aroma
De las modestas campecinas flores,
Con el blando gemir de la paloma,
Con el canto de tiernos risueños;
Y á los cielos volaba su plegaria
En las alas del aura vespertina,
En la voz de la alondra solitaria.
En el vapor de fuente cristalina.
¿Lo recordais? Pues todo ha sido vano
Ante el feroz y bárbaro asesino. . . .
¿Solo queda un cadáver en el llano
Oscilando en la rama de alto pino. . . .!

¡Oh rabia, oh dolor, oh cruel agravio
Que hace temblar la humanidad entera!
Horrible imprecación lanza mi labio
Sobre la infame, la voraz pantera
Que, sedienta de sangre y de matanza,
Con sangre pura se salpica y moja. . . .
De Tacubaya al tigre el alma arroja
Un grito de furor y de venganza.
¡Eterna maldición, Caín inmundo,
Caiga del cielo en tu aplastada frente!
¡Maldígatè el averno, el ancho mundo,
Los hombres de hoy, la venidera gente!
¡Ilustre sombra del ilustre Ocampo!

¡Martir de libertad y de reforma!
 Ya tu dejaste de la vida el campo,
 Y aquí tu nombre de preclara norma,
 Al espirar, sin duda, una mirada
 De inefable perdón diste postrera
 A tus sangrientos, crueles enemigos,
 Que generosa y grande tu alma era.
 Más yo, que tengo el corazón herido,
 Y orgullo tuve en ser de tus amigos,
 Ante tus manos juro eterna guerra
 A tus viles, infames matadores:
 Una guerra sin tregua á ese partido
 Falaz y fementido
 De asesinos hipócritas traidores,
 Que en el misterio y soledad del templo
 Cruel y vengativo te condena
 A ignominiosa pena,
 A una muerte de horror y sin ejemplo,

Y porque nada falte á tus tormentos,
 De tu carrera en el ocaso triste,
 Amargo el cáliz del dolor bebiste
 En tus flébiles, últimos momentos.
 La ingratitud, la envidia, la demencia
 De los tuyos también emponzoñara
 Tu misera existencia.
 No ha faltado insensato que soñara
 Con el vapor de su asqueroso aliento,

Empañar el cristal brillante y puro
 De tu virtud, tu nombre y tu talento. . . .

.....
 Empero ya dejaste el triste suelo
 Y en él grabadas tus preciosas huellas;
 Hoy inmortal recorres por el cielo
 El ignoto país de las estrellas.
 Queda tan solo á México tu gloria,
 Tu genio, tu virtud, tu nombre al mundo,
 A tus amigos un dolor profundo,
 A mi alma atribulada, tu memoria.

Morelia, Junio 17 de 1861.

Miguel Portillo.

Mis ilusiones.

No es la sed de riqueza
 La que á estudiar del arte la grandeza
 Me impulsa cada día,
 Mi pecho no ambiciona
 La vanidad del esplendor que ansía
 Con frenético afán el hombre vano.
 Si me desvelo en estudiar y afano
 Es porque el arte de ilusión me llena,
 Es porque me entusiasma y me fascina.

Cuando mi mente á descansar se inclina
 Sobre la almohada, en sueño delicioso,
 Un mundo de esperanzas le precede,
 Y me duermo soñando, y cuando el alba

Con su dorada luz mi alma despierta,
 Vuelvo á soñar, y gozo, y ya no incierta
 Miro la senda que mis pasos guía
 Por el mundo, poblado de ilusiones
 Para una alma feliz como la mía,
 Cuando para otros mil ¡quién lo diría!
 Plagada está de penas y aficciones
 Y parece mentira y muchas veces
 Que anubla mi horizonte la pobreza,
 Por el arte la olvido y más dichoso
 Me juzgo que á quien mima la riqueza.

¡Cuantos me envidiarán! los que suspiran
 Por el poder y próspera fortuna,
 Los que en vez de dormir viven pensando
 En el incierto porvenir, ansiando
 Prosperidad, grandeza, poderío,
 Todo eso que se aduna
 Con la frivolidad de la existencia
 Y de que á solas sin querer me río
 Y también sueños son, yo no lo dudo,
 Pero sueños que llenan de amargura
 El triste corazón, no cual los míos
 Que al que tras de ellos vá, siente ventura.

Yo vivo sorprendiendo á la Natura,
 Robando al horizonte sus colores,
 Al astro rey, sus magicos albores.

Y aunque imitar no puedo los primores
 Del bosque undoso, ni del sol la lumbré,
 Contemplando sus galas me embeleso,
 Y subo hasta la cumbre
 De la montaña y cuando ya en Ocaso
 La luz se apaga que á la noche guía,
 Arrobado contemplo la grandeza
 De mi madre la gran naturaleza!

Cuanto pasa delante de mis ojos
 Toma sér en mi lóca fantasía,
 Y todo me extasía,
 El átomo, el insecto,
 La luz, el aire, la región vacía.

El hálito del viento es un gemido,
 El susurro del agua es una nota
 Que deleita mi oído,
 Y al resbalar el sol en cada gota,
 Piedras de gran valor finge mi mente,
 Y la nube que flota
 En el espacio azul es una gasa
 Con que se cubre el empinado monte.
 Yo contemplo, yo admiro
 Los tesoros que encierra
 El rincón ignorado de la tierra.

En el silencio y soledad suspiro,
 Y al sollozo de mi alma

Responde solo la solemne calma
 De la Naturaleza encantadora,
 Que tanto y tanto para mí atesora,
 Yo sigo sus deleites, yo me embriago
 En sus misterios y por eso al arte
 Consagro los instantes de mi vida,
 Y el oro, y el poder, y la grandeza,
 Hilan mi corazón me dan tibieza.

Solo el amor, emblema misterioso
 De la dicha mi espíritu enardece,
 Y el fulgor de la gloria me envanece!
 ¡Naturaleza, amor, gloria, ilusiones
 Del arte mientras muero,
 Mientras mi fragil vida se deshace,
 En vosotros espero,
 A vosotros consagro mis afanes,
 Y después de vosotros, nada quiero!

Julio 31 de 1883.



AGAPITO SILVA.

Para el album de la Srita. Sara Ibarra.

Botón de rosa lleno de vida
 Qué se abre puro como la luz
 Y que á los sueños de amor convida,
 Eso eres tú.

Y sombra triste de un pensamiento,
 Nube sin rayos, cielo sin sol,
 Nota doliente que lleva el viento,
 Eso soy yo.

Blanca paloma que abre sus alas
 Buscando el nido de la virtud
 Llena de encantos, llena de galas,
 Eso eres tú.

Hoja que en alas del torbellino
 Va sin que pueda besarla el sol
 Tras de la nada, que es su destino,
 Eso soy yo.

Mariposilla que en polvo de oro
 Dejas, si vuelas, hilos de luz,
 Y á quien las flores dicen: "te adoro,"
 Eso eres tú.

Sombra de un sueño desvanecido,
 Ola que lleva triste rumor
 Y que se apaga como un gemido,
 Eso soy yo.

Gentil gacela que huye ligera
 Si oye los ecos del lago azul
 Tibia alborada de primavera,
 Eso eres tú.

Oscura nube que en Occidente
 Cubre los tibios rayos del sol
 Y que se arrastra triste y doliente,
 Eso soy yo.

Mágica ondina que en los cristales
 Del arrolluelo bebe la luz
 De los albores primaverales,
 Eso eres tú.

Bardo que canta tristes historias
 Sin un destello de inspiración
 Y solo vive de sus memorias,
 Eso soy yo.

Mujer hermosa que en sus pupilas
 Los astros lleva de un cielo azul
 Y á quien arrullan horas tranquilas,
 Eso eres tú.

Y yo soy eco del sentimiento,
 Ola que rueda, triste cantor,
 Que deja en tu álbum un pensamiento,
 Y al ausentarse te dice, adiós....!

Guaymas, Setiembre de 1881.

INDICE.

GUILLERMO PRIETO.—Biografía.....	5
En la distribución de premios de la	
Escuela de Ciegos.....	23
En el álbum de la Srita. Esther Ta-	
pia.....	30
Coplas ligeras. Á María mi nieta,	
la hija de Francisco.....	35
Misterio.....	39
Desconfianza.....	43
Letrilla.....	47
Desengaño.....	53
Romancito.....	59
JUAN DE DIOS PEZA.—Á Victor Hugo..	62
JESUS ECHAIZ.—Galileo.....	65
PANTALEÓN TOVAR.—A***.....	66
MANUEL ACUÑA.—Cinco de Mayo.....	69
AURELIO HORTA.—Páginas íntimas....	74
AGUSTIN F. CUENCA.—Nieve de Estío.	
Á Juan de Dios Peza.....	76

Mujer hermosa que en sus pupilas
 Los astros lleva de un cielo azul
 Y á quien arrullan horas tranquilas,
 Eso eres tú.

Y yo soy eco del sentimiento,
 Ola que rueda, triste cantor,
 Que deja en tu álbum un pensamiento,
 Y al ausentarse te dice, adiós....!

Guaymas, Setiembre de 1881.

INDICE.

GUILLERMO PRIETO.—Biografía.....	5
En la distribución de premios de la	
Escuela de Ciegos.....	23
En el álbum de la Srita. Esther Ta-	
pia.....	30
Coplas ligeras. Á María mi nieta,	
la hija de Francisco.....	35
Misterio.....	39
Desconfianza.....	43
Letrilla.....	47
Desengaño.....	53
Romancito.....	59
JUAN DE DIOS PEZA.—Á Victor Hugo..	62
JESUS ECHAIZ.—Galileo.....	65
PANTALEÓN TOVAR.—A***.....	66
MANUEL ACUÑA.—Cinco de Mayo.....	69
AURELIO HORTA.—Páginas íntimas....	74
AGUSTIN F. CUENCA.—Nieve de Estío.	
Á Juan de Dios Peza.....	76

GABINO ORTIZ.—En la muerte de Don Melchor Ocampo.....	81
MIGUEL PORTILLO.—Mis ilusiones.....	88
AGAPITO SILVA.—Para el álbum de la Srita. Sara Ibarra.....	92



El Parnaso Mexicano.

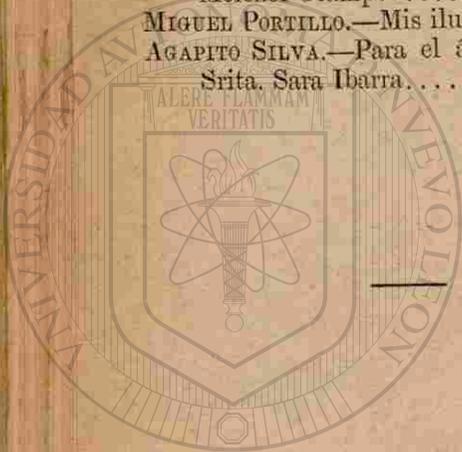
MANUEL CARPIO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



GABINO ORTIZ.—En la muerte de Don Melchor Ocampo.....	81
MIGUEL PORTILLO.—Mis ilusiones.....	88
AGAPITO SILVA.—Para el álbum de la Srita. Sara Ibarra.....	92



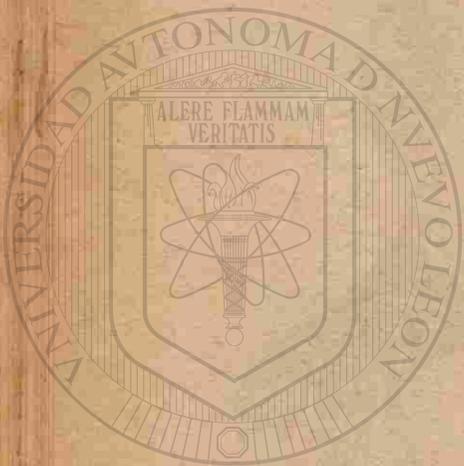
El Parnaso Mexicano.

MANUEL CARPIO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

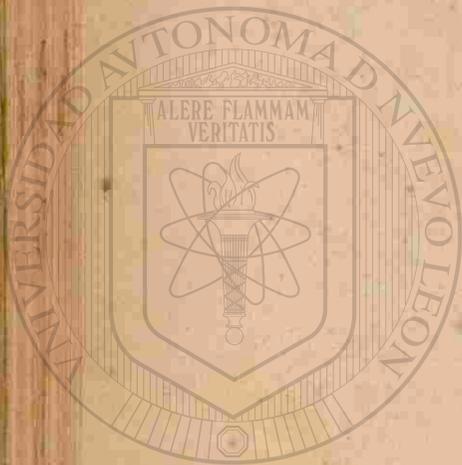




UNIVERSIDAD DE
BIBLIOTECA
"ALFONSO P.
Bando, 1888"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE *Manuel Caspica* CASPICA



EL PARNASO MEXICANO.

MANUEL CARPIO

SU RETRATO Y BIOGRAFIA
CON EL JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS

Y

Poesias escogidas de varios autores

COLECCIONADAS

BAJO LA DIRECCION DEL SR. S.

Gral. D. Vicente Riva Palacio,

contando además con la bondadosa
colaboración de los Sres.

Ignacio M. Almirano, Guillerino Prieto, Manuel Peredo,

José M. Vigil, José M. Bandera,

Juan de D. Peza, Francisco Sosa, Joaquin Trejo,

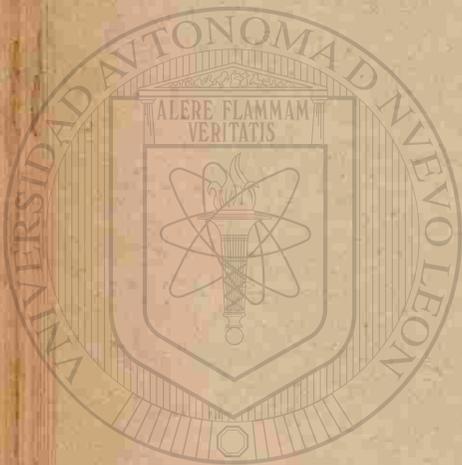
Hilarión Frias y Soto

y otros de nuestros más eminentes literatos
de esta Capital y de los Estados.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y LIBRERÍA LA ILUSTRACIÓN.

12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12.

México, 1.^o de Octubre de 1885.



Manuel Carpio.

(APUNTES BIOGRÁFICOS.)

MANUEL CARIPIO fué uno de nuestros esclarecidos talentos literarios, cuyo nombre ha sido en todo tiempo respetado aun por aquellos que en contraposición con sus ideas, le tuvieron de adversario tanto en el estadio de la prensa como en la vida real.

Nació en la villa de Cosamaloapan de la entonces provincia de Veracruz, el día 1º de Marzo de 1791, siendo sus padres el Sr. D. José Antonio Carpio, nativo de Monte Mayor en el reino de Córdoba, y D^a Josefa Hernandez, perteneciente á una de las principales familias de Veracruz. Obligado el Sr. su padre, por el comercio de algodón á que se dedicaba, á abandonar la villa de Cosamaloapan, se dirigió á Puebla donde se estableció con su familia, muriendo en dicha ciudad por el año

de 1796. Quedó, pues, nuestro poeta, desde su más tierna edad sin otro abrigo más que el amor maternal y sin más esperanza que la que le prestaban sus propios esfuerzos para hacer frente al porvenir, y adunando al estudio sus naturales dones, conquistasen como lo hizo, un puesto digno en la ciencia y en la historia de las letras.

Asistió á las cátedras en el Seminario Conciliar de Puebla, estudiando latinidad, filosofía y teología, donde fué generalmente apreciado por todos sus maestros y en particular por D. José Jiménez que lo fué suyo en la ciencia de Dios; este Señor le facilitó su biblioteca donde Carpio obtuvo grandes conocimientos en religión, historia antigua y sobre todo en los clásicos griegos y latinos, cuyo estudio fué para él siempre del mayor interés. Pensando en su porvenir y acabando su curso de teología, quiso seguir la carrera eclesiástica, pero su excesiva modestia le hizo no encontrar en él las altas cualidades y santidad que exige el sacerdocio y resolvió tomar otro camino, concurriendo al objeto á la cátedra de derecho en el mismo Seminario; convencido después de que su vocación no le llamaba al foro, se dedicó finalmente á estudiar la medicina, pero no habiendo por aquel entonces cátedras

de esta facultad sino en las Universidades de México y Guadalajara, siguió el curso de cirugía en el hospital de San Pedro, en Puebla. Varios de sus condiscípulos establecieron en unión de Carpio una academia privada de la cual le hicieron presidente; ayudados con sus solos esfuerzos, se dedicaron al estudio de la medicina, y después de ofrecer el fruto de sus trabajos en un acto de fisiología al Sr. Obispo de la Diócesis, D. Antonio Joaquín Perez, el Proto-Medicato, por informes que recibió de su delegado, expidió á estos jóvenes sustentantes el título de cirujanos latinos. Queriendo, sin embargo, el Sr. Obispo que Carpio siguiera regularmente la carrera académica de medicina, le asignó una pensión y le envió á México para que asistiera á los cursos de la Universidad; así sucedió en efecto, donde obtuvo el grado de Bachiller y hasta 1832, después de suprimido el Proto-Medicato el año anterior, reemplazado por una junta de facultativos que se llamó *Facultad Médica del Distrito*, fué cuando sustentó ante ella los exámenes requeridos y recibió su título de profesor en medicina.

En el ejercicio de su profesión se dió Carpio á respetar por sus profundos conocimientos y por la paciencia, bondad y desinterés que

usaba siempre para con sus enfermos, causas que le conquistaron la justa reputación de sabio. Por el año de 1836, varios facultativos de la ciudad formaron una academia con el objeto de celebrar algunas conferencias donde pudieran comunicarse sus noticias y observaciones, fundando además un periódico dedicado exclusivamente á la ciencia médica que llevó por título "Periódico de la Academia de Medicina de México," donde Carpio publicó bastantes artículos, cuya sensatez, conocimientos científicos y elegante estilo le captaron el aprecio y respeto generales, obteniendo después, en el año de 1854, el grado de Doctor que espontáneamente le concedió la Universidad, incorporándole al gremio conforme á los estatutos y sin retribución de ninguna clase.

Para estudiar concienzudamente y en todas sus fases, la eminente figura que nos ocupa, necesario sería escribir un extenso volumen y tememos cansar la atención de nuestros lectores, por lo tanto, y á grandes rasgos ya que hemos visto á Carpio como hombre científico, veámosle ahora como poeta.

Hemos dicho que con toda atención se dedicó al estudio de los clásicos griegos y latinos, y en esa fuente riquísima é inagotable

de la verdadera poesía, fué donde Carpio bebió, fecundando su ardiente imaginación é inspirándose además en los libros de las Santas Escrituras, sintió brotar en su corazón los cantos sálmicos del poeta. Sin embargo no se lanzó desde luego á escribir lo que su estro le dictaba, sino que esperó á formarse, á que madurara su talento y se hubiera enriquecido con su gran caudal de conocimientos, para empezar á producir; así fué que tenía más de cuarenta años y entraba en la edad en que otros se despiden de la poesía, cuando vió el público su primera composición original que fué una oda á la Virgen de Guadalupe, impresa repartida el año de 1832 en la función anual y que hacía el comercio de esta ciudad. Los años siguientes D. Mariano Galván encargó siempre á Carpio las composiciones religiosas y aún epigramas que insertaba en sus viejos calendarios. Así fueron saliendo al público sus composiciones y popularizándose en México, hasta que en 1849, su amigo D. José Joaquín Pesado las reunió en un tomo que dió á luz con un prólogo de su correcta pluma, libro que fué saludado con entusiastas aplausos, teniendo la fortuna de que gustaran de él los que reflexionan sobre lo que leen y los que solo leen por esparcimiento.

Por aquella época, los resabios de la escena prosáica que dominó en España así como las continuas agitaciones desde 1810, y la invasión de los estudios políticos y económicos que absorbieron la atención general, bastan para explicar que se ahogara la delicada planta de la literatura y que la poesía hubiese llegado entre nosotros al miserable punto en que se hallaba cuando Carpio empezó á darse á conocer. Necesitábase abrir nuevos caminos, tocar asuntos nobles, unir el entusiasmo y la entonación á la corrección y el gusto, enriquecer la rima, hacer, en fin, muestra de la magnificencia del habla castellana. Afortunadamente vinieron á tiempo dos hombres capaces de ejecutarlo: Pesado y Carpio, á cuyo ejemplo deben las letras el renacimiento de la poesía en México. La primera muestra del talento de un autor está en la elección de sus asuntos y los de Carpio son inmejorables: cuando no los toma de la esfera religiosa, ocurre á los sucesos clásicos de la historia, y á los grandes caracteres que en ella se presentan. Si se examina luego el modo con que los desempeña, en la construcción material de los versos, nada hay que reprender, porque tienen siempre número y plenitud; tal vez en todos ellos no se encuentre uno

solo que no esté bien torneado. El lenguaje es correcto y puro y sabe ataviarse con la riqueza y galas del idioma castellano.

Desde el año de 1836 hasta el de 56 reuníanse una vez cada semana en el colegio de Letran D. Andrés Quintana Roo, D. José María y D. Juan N. Lacunza, D. José Joaquín Pesado, D. Guillermo Prieto, D. Francisco Ortega, D. Alejandro Arango y Escandón, D. Manuel Carpio y algunos otros que más tarde se distinguieron en la literatura patria, y esa Academia se estableció para leer y examinar mutuamente sus composiciones y discutir sobre las reglas del arte. Carpio desplegó los principios severos del gusto clásico, siendo el primero en acatar en sus escritos tan sabias reglas. En los años de 56 y 57 desempeñó con notable celo la secretaría de la Academia de San Carlos, de la que era miembro honorario y coadyuvó con sus conocimientos al mayor éxito, dando lecciones de anatomía á los pintores de ese plantel.

Como hombre político figuró también, habiendo sido electo diputado al Congreso general por el Estado de su nacimiento, y en otras ocasiones miembro de la legislatura del mismo Veracruz; formó parte más tarde (1853) del Consejo de Estado como repre-

sentante del de Nuevo León, y cuando se veía investido de alguno de estos cargos, observaba en todos sus actos una energía y seriedad verdaderamente espartánicas.

Casó Carpio años atrás con D^a Guadalupe Berruecos, señora que se hizo notable por sus bellísimas cualidades. En la vida del hogar halló todas las delicias que puede el hombre recto y amante de lo bello y de lo santo encontrar en su peregrinación sobre la tierra, pero esta felicidad era demasiado grande para ser duradera, y en 1856 murió su excelente consorte y con ella sus más caras y hermosas ilusiones; esta pérdida hirió tan profundamente su corazón, abatiendo su espíritu que él mismo conoció su próximo fin. Fue atacado por un mal cerebral que pronto se explicó por una especie de obliuion y por algún entorpecimiento de la inteligencia; arrastró de esta suerte una vida harto penosa por espacio de un año, y habiendo repetido el ataque el 11 de Febrero de 1860, espiró á las pocas horas, pasando á la eternidad con la serenidad del justo que se entrega á las dulzuras de un apacible sueño. Sus funerales fueron un duelo público y al cerrarse para siempre la losa de su sepulcro, fué humedecida por las lágrimas de miles de personas

que perdian en él no sólo á uno de los brillantes génios de la poesía mexicana, sino al amigo sincero, al maestro docto, al eminente patriota y al tierno y cariñoso padre que en su paso por la vida, tantas lágrimas enjugó y remedió tantas miserias.

¡Honor á su memoria!

México, Setiembre 15 de 1885.

FEDERICO CARLOS JENS.

La inmensidad de Dios.

El sol con sus rayos espléndido alumbra
 Las grandes llamas, los bosques más densos,
 La tierra, los mares y espacios inmensos,
 Y todo la anima su luz y calor.

Así, Dios sublime, tú llenas los mundos
 De un lado hasta el otro del gran firmamento,
 Y muy más arriba se eleva tu asiento,
 A donde no llegan los rayos del sol.

Mi mente recorre en los años que fueron,
 Y allá en el diluvio te miro presente;
 Inundas las bastas regiones de Oriente,
 Y escucho tus aguas bramando pasar.

Y cubren tus olas también el Ocaso,
 Sumerges ciudades y pobres cabañas,
 Y en toda la tierra destruyes montañas
 Del polo del Austro al polo Boreal.

Tú abriste las aguas del piélagos hirviente,
 Pasó por su fondo tu pueblo querido,
 Y á tu orden el golfo, con largo bramido,
 Las huestes egipcias voráz se tragó.

El grande Alejandro se hallaba contigo
 Al dar las batallas de Tiro y Arbela.
 Y el Griego á tu vista el Asia desvela
 Y el trono de Persia por tierra cayó.

Tú vuelas encima del mar de Lepanto
 Y pones en fuga la escuadra agarena,
 Y luego coronas la frente serena
 Del hijo de Carlos con lauro inmortal.

Y te hallas en medio del humo y estruendo
 Del rudo combate do muere Gravina,
 Y á Nelson ilustre tu mano destina
 Espléndidas palmas allá en Trafalgar.

Al ver cómo cruza la negra tormenta,
 Al ver en la nube surcando la llama,
 Cuando oigo el estruendo del viento que brama,
 Me digo á mis solas: "Allí vá el Señor."

Pasada la lluvia la yerba se alegra
 Y al aire se mueve mojado su tallo,
 Y yo con la mente pasmada te hallo
 Allá entre las hojas de la húmeda flor.

Si subo á la cumbre del Líbano altivo,
Si subo á los hielos del alto Orizava,
Si miro en su crater la férvida lava,
Pasmados mis ojos te encuentran allí.

Si bajo y reconro los grandes desiertos
En donde rebraman soberbios los ríos,
Si voy á los campos y bosques sombríos
Te encuentro presente delante de mí.

Al ir por los mares oscuros del Norte
Allá te descubro trás densas neblinas,
Y sobre las islas y heladas colinas
Te miro en tu carro volando cruzar.

Al ir por los mares del trópico ardiente
Te miro que pasas en un torbellino;
Si bajo á las rocas del fondo marino,
También en el fondo te encuentro del mar.

Tu mano conduce las aves viajeras
Que pasan los mares á grandes bandadas,
Palomas azules y garzas rosadas
Y blancas cigüeñas y negro zorzal.

Pasando el invierno los pájaros vuelven
A ver sus campiñas y selvas y lagos:
Allí los mantienes, y alegres y vagos
Su arroyo visitan y nido natal.

¡Qué grato es sentarse de noche en la orilla
Del mar solitario que azota en la arena,
Y verte en la luna magnífica y llena
Que sube rodando del piélagos azul!

Espléndido tu angel conduce en la mano
Allí en las alturas el raudo cometa,
Conduce un arcangel á cada planeta
Y al sol esplendente, radiante querub.

Tú llevas velando por ese vacío
A inmensas distancias estrellas hermosas,
Antares rojizo y al Norte las Osas,
Y al Sur el Centauro y el nítido Orión.

Aún muy más arriba lanzaste potente
Millones de soles, y mundos y mundos,
Y allá en los confines de espacios profundos
Formaste más globos, INMENSO CREADOR.



CASTIGO DE FARAON.

Sentado el monarca glorioso de Egipto
En trono de nacar y de oro luciente,
Augusta diadema le ciñe la frente
Y adórnale el pecho radiante joyel.

Y lleva una zona bordada de estrellas.
Su túnica es blanca de seda sonante,
Y el manto soberbio de grana brillante,
En ondas le baja cubriéndole el pié.

El trono rodean soldados adustos,
De barba poblada, de rostro salvaje,
De yelmo terrible, con negro plumaje,
Conturnos vellosos de piel de león.

Su cota de acero bruñida relumbra;
La espada en la cinta, la pica en la mano,
Esperan la ceña del duro tirano,
Y reina el silencio por todo el salón.

Moisés el profeta, varon venerable,
De serio semblante, de undoso cabello,
Terribles los ojos, indómito el cuello,
La túnica parda, de trueno la voz,

Preséntase y pide que al pueblo judío
Se deje el camino seguro y abierto,
Y hacer sacrificios allá en el desierto
En rústicas aras al grande Creador.

“Seis plagas has visto que toda la gente
Sufrió por tu culpa, le dijo el anciano;
Al Dios de mis padres resistes en vano,
El quiere libramos y es fuerza partir.

Humíllate, debil, al fuerte Adonai,
El hizo los montes, los campos y mares,
Y allá en esos cielos él puso á millares
Las altas estrellas que miras lucir.”

El rey, entre tanto, cambiando colores,
Se inunda su pecho de cólera amarga;
Ya coge la espada, ya coge la adarga,
Ya baja del solio, ya vuelve á subir.

Temblaban las guardias al ver el enojo
Que agita al monarca; cual tigre en la reja,
Revuelve los ojos, enarca la ceja,
Y en tono tremendo comienza á decir:

“¿Cómo es que un Hebreo, cómo es que un esclavo
Armado tan solo de mágica vara
Me pida insolente, así cara á cara,
Librar á sus tribus? Así no será.

Primero los mares abriendo su seno
A mí y á mis tropas y carros cubrieran,
Que gentes tan viles de Egipto salieran;
Serán aquí siervos, aquí morirán.”

Oyendo el profeta palabras tan duras,
“Mañana, le dijo, verás tempestades,
Habrá granizadas, habrá mortandades,
Verás maravillas que Egipto no vió.”

Y dando la vuelta salió del palacio,
Y cuando cercano mostrábase el día,
Al cielo terrible la mano tendía
Y negro nublado los aires cubrió.

De Oriente al Ocaso, del Sur al mar Grande,
Errantes las sombras cubrieron el cielo,
Relámpagos rojos cruzaban el suelo,
Los truenos hacían la tierra temblar:

El Nilo bramaba, bramaban los mares,
Bramaban sus costas, silvaban los vientos;
De Tebas y Tamis los ondos cimientos
Del rayo temblaban al rudo estallar.

Rasgadas las nubes, la lluvia ruidosa
Inunda los campos, rebosan las fuentes
Y bajan las aguas en turbios torrentes
Y arrastran las aguas ganado y pastor.

Mezclados andaban granizos y rayos.
La yerba del campo y el arbol hirieron;
El toro robusto y el hombre murieron,
Y el reino cubrióse de luto y horror.

El bárbaro río sus márgenes cubre,
Arranca los cedros de Ménfis altiva,
Y en gran remolino sus palmas derriba,
Y arroja los troncos al férvido mar.

En tanto el ganado del pueblo judío
En campos floridos pastaba contento,
Y allí no sintieron granizo ni viento,
Y solo de lejos oyeron tronar.

Pasada la negra ruidosa borrasca,
Que salgan las tribus el rey no consiente;
Más alza el caudillo la vara potente,
Y hambrientas langostas obliga á venir.

Y luego tinieblas espesas derrama,
Y á Egipto sus luces el cielo le niega,
Tan solo el Hebreo contento se entrega
A juegos campestres y alegre festín.

Las sombras cubrían la tierra otra noche,
El pueblo en su sueño posaba tranquilo,
Y manso corría magnífico el Nilo;
Callaba la tierra, callaba la mar.

Pacíficas duermen las candidas garzas
Allá entre las cañas, orillas del río,
Las bestias feroces en campo sombrío
Y en húmedas cuevas dormidas están.

Los áulicos altos; los nobles magnates
Descansan en lechos de púrpura rica;
Más ¡ay! sobre sedas el rey se abanica,
E inquieto en su cama no puede dormir.

Repasa en la mente las plagas horribles
Que al reino trajeron inmensa amargura,
Le eriza el cabello su suerte futura,
Sudando y combulso se siente morir.

Un ángel, en tanto voló como un rayo
De Siene hasta el Delta, temblando de enojo:
Con la ala derecha tocaba el mar Rojo
La izquierda tocaba al Libio arenal.

Volaba cubierto de espesa tiniebla,
Llevaba en la mano su acero sangriento,
Sus negros cabellos vagaban al viento,
Sus ojos brillaban con luz funeral.

Cual suele en los campos un gran torbellino
Quebrar las cañuelas de verdes espigas,
Dejando burladas así las fatigas
Y dulce esperanza de algún labrador;

Así pasó el ángel airado matando
A cuantos varones nacieron primero;
Murió desde el hijo del pobre leñero,
Hasta el del monarca de Egipto señor.

Un grito de muerte se oyó á media noche
En todo el imperio, llevaba la gente
Pavor en el alma; sudor en la frente;
De todos los ojos el llanto corrió.

El rey se levanta del lecho de grana,
Los vastos salones recorre aturdido,
Sus lágrimas ruedan, y dá un alarido,
Que en todo el alcázar, en todo se oyó.

Lloraba la reina, sus manos torcía,
Con ayes dolientes á su hijo llamando;
Y suelto el cabello y el velo arrastrando,
Toda ella temblaba de espanto y dolor.

Gritaban las madres por calles y plazas,
Alzando los ojos llorosos al cielo,
O bien de rodillas besaban el suelo,
Haciendo plegarias á Osiris y Amón.

Tremendo castigo de un pueblo orgulloso,
 Idólatra ciego, que á un pueblo su hermano
 Oprime sin tregua con bárbara mano,
 Y apenas le deja del sueño gozar.

Empero esa noche, soñando en un viaje,
 Las tribus dormían en rústicos lechos;
 Terror no agitaba los cándidos pechos
 De aquellos mortales, amor de Jehová.

El angel en tanto, se para en la cumbre
 De la alta pirámide, y dá una mirada
 A todo el Egipto, y envaina la espada,
 Y quédase un rato pensando entre sí.

De nuevo despliega sus rápidas alas,
 Y parte y resuena su espada en el vuelo,
 Divide las nubes y encúmbrese al cielo,
 Y dice postrado: Señor, ya cumplí.

Así en ese tiempo y en esas regiones,
 Quebranta Adonai la fuerte cadena
 Del pueblo escogido, y humilla y enfrena
 Al bárbaro Egipcio y al gran Faraón.

Libró á los Judíos con brazo robusto,
 Y á tantos prodigios tembló el Filisteo,
 El fuerte Moabita, y el fuerte Idumeo,
 Y el rico Fenicio temblaba en Sidón

Aun hay obeliscos y templos y tumbas
 De Tebas y Méfis allá entre las ruinas,
 Que vieron al angel en densas neblinas
 Cual águila negra volando cruzar.

Allí Bonaparte, á orillas del Nilo,
 Al dar á los turcos batalla tremenda,
 Es fama que dijo: "Aquí va la senda
 Que ha visto de un angel la sombra pasar."

Paso del mar rojo.

El pueblo de Jacob salido había
De Ramasés con el placer más vivo,
Viéndose lejos de monarca altivo
Y viendo rota su cadena impía.

Los viejos besan á sus hijos tiernos,
Estos abrazan á sus buenos padres,
Las doncellas les dicen á sus madres:
"Por fin ya libres conseguimos vernos."

Rodaba el cielo cóncavo, y rodaba
El magnífico sol para el Poniente;
Quemaba el soplo de huracán vehemente,
Cual si fuera vapor de roja lava.

Estaba el pueblo ya sobre el mar Rojo
Cuando volvió los ojos al desierto,
Y viendo á los Egipcios quedó yerto
Y víctima creyose de su enojo.

Del ejército grande el polvo miran,
Que en remolinos por el aire sube,
Y al ver que viene la anchurosa nube
Tiemblan las tribus y en desorden giran.

Ya se oye la confusa gritería
Del enemigo que veloz se acerca,
¡Ay! ¡qué los carros ya se ven de cerca,
Y de cerca se vé la infantería!

Ya se oye el galopar de los corceles
Que avanzan con ardor y los bufidos
De las yeguas de Arabia, y los mugidos
Del Dios Apis ceñido de laureles.

¿Quién es aquel de reluciente cota,
De ropaje magnífico de grana,
De armas brillantes, juventud lozana,
Casco bruñido, y blanca la garzota?

Negros caballos con la crin flotante,
Grandes, soberbios, de ademán bizarro
Tiran gloriosos su dorado carro
Y van á toda rienda por delante.

Es el monarca; escolta polvorosa
En ruidoso tropel lo va siguiendo:
De los caballos y armas al estruendo
De vanagloria el bárbaro rebosa.

Congoja amarga, amargo desconcierto
Para el pueblo que mira allí su tumba!
Delante de sus piés el mar retumba,
A la izquierda y derecha está el desierto.

“Caudillo de las tribus! las edades
“Gemirán al recuerdo de este día.
“¿Sepuleros en Heliópolis no había? ¡
“¿Por qué morir en vastas soledades?”

“Mejor no fuera á orillas del gran río
“Alzar palacios, cavar canales,
“Que perecer en estos arenales
“Entre las manos del Egipcio impío.”

“Hijos del padre Abraham! valor y esfuerzo,
Dijo Moisés: “la mano omnipotente
“Hará desaparecer toda esa gente,
“Como las hojas que arrebató el cierzo.”

Dijo, y el ángel que en su nube envuelto
Caminaba del pueblo á la vanguardia,
De un paso colocóse á retaguardia
Con sable en mano y ademán resuelto.

Moisés la vara sobre el mar levanta
Y se abre el mar con formidable estruendo;
El abismo descúbrese tremendo
Jamás hollado por humana planta.

¿Quién es el fuerte que rompió las ondas
Y por medio del agua abrió camino?
¿Quién la suspende con poder divino
Dejando enjutas las arenas hondas?

¿Quién, sino aquel Señor que en sus enojos
Al relámpago llama, y obedece,
Que enciende el rayo cuando le parece,
Que apaga el sol al brillo de sus ojos?

¿Quién, sino Aquel que en el inmenso cielo
Hace rodar sus infinitos mundos,
A quienes ni los sabios más profundos
Pueden seguir en su incansable vuelo?

El terrible Moisés baja el primero
Con firme paso al tenebroso abismo,
Síguele Araón con íncito heroísmo
Y el pueblo marcha por aquel sendero.

Las gentes silenciosas entre tanto,
En las profundidades solitarias,
Hacen al cielo tímidas plegarias
Lloroso el rostro y pálido de espanto.

“Volad, el rey gritó, los fugitivos
Caigan al golpe del terrible acero,
Y los que escapen del rigor primero,
Vuelvan á Tanis otra vez cautivos.”

Dijo, y su tropa en orden de batalla
 Entra en el mar que encadenado ruge:
 El armamento en las tinieblas cruge:
 Calla el infante y el ginete calla.

Huye hijo de Jacob, que ya insolente
 El Faraón cual tempestad avanza
 Al fondo del abismo y ya te alcanza
 Entre espantosa multitud de gente.

El angel que escuchó no muy distante
 El ruido de los carros y corceles,
 Volvió la cara y viendo á los infieles,
 Con rostro airado se paró delante.

Al trueno de su voz tiembla la tierra,
 Y en lluvias el nublado se desata,
 Como el agua de inmensa catarata
 Que se despeña de fragosa sierra.

En esta noche lóbrega y tremenda
 Los cárdenos relámpagos relumbran,
 Ruedan los rayos que la mar alumbran
 Y brama el viento en la funesta senda.

¡Ay, que el monarca desmayarse sienta!
 Y sus caballos despreciando el freno,
 Arrancan espantados con el trueno,
 Y estrellan la carroza reluciente.

¡Cuánta desolación en los soldados!
 ¡Y qué terror! Legiones con legiones,
 Carros con carros chocan, y bridones
 Con bridones se mezclan asustados.

Firme Moisés, alzó la fuerte mano
 Sobre el pesado mar, y el mar revienta
 Y se desploma como gran tormenta
 Encima de las tropas del tirano.

Las olas en ruidosos remolinos
 Envuelven al caballo y caballero,
 Y al que tira la flecha y al hondero,
 Y al rey con sacerdotes y adivinos.

Echan fuera las aguas entre espumas,
 Las espadas, las picas, los escudos,
 Los fuertes cuerpos de guerreros mudos
 Y sus morriones de flotantes plumas.

También tú, ¡oh rey! cubierto con tu malla
 Tendido estás, helado y sin aliento,
 Expuesto al agua y al calor, y al viento,
 Junto con tus caballos de batalla.

¿En dónde están tus bravos escuadrones
 Y tu hirviente y atroz infantería?
 Duermen el sueño de la muerte umbría
 Al lado de sus lanzas y pendones.

Quando pasan los Arabes salvajes
Detrás de sus pacientes dromedarios,
Aquí hollarán tus huesos solitarios
Y hollarán tus magníficos plumajes.



El monte de Los Olivos.

Hincadas las rodillas hacía oración diciendo: "Padre mío, si es de tu agrado, aleja de mí este caliz, no obstante, no se haga mi voluntad sino la tuya. En esto se le apareció un ángel del cielo confortándole. Y entrando en agonía, oraba con mayor intención. Y vino un sudor como gotas de sangre que chorrea hasta el suelo.

SAN LUCAS, XXII, 41, 42, 43, y 44.

Viendo el Hijo de Dios que ya venía
De su angustiada vida el fin tremendo
El torrente Cedrón pasa gimiendo,
Y sube al monte en que llorar solía.

Era la noche, y todo estaba en calma
El viento, el mar, la tierra delincuente,
Sólo Jesús allá en el Huerto siente
Inmensa agitación dentro del alma.

La luna melancólica y sublime
 Está alumbrando con su rayo muerto
 A tres hombres dormidos en el Huerto,
 Y al Dios del mundo que en silencio gime.

Hincadas las rodillas vacilantes,
 Alza las manos lánguidas al cielo,
 Alza los ojos que marchita el duelo,
 Ojos un tiempo hermosos y brillantes.

A veces inclinada la cabeza,
 El suelo toca con la blanca frente,
 Y húmedo deja con sudor caliente
 Aquel lugar de llanto y de tristeza.

Tal vez en tanto Salomé la bella
 Bailaba alegre como en otros días,
 Y Jesús en sus tristes agonías
 Lloraba por Herodes y por ella.

Al alma presentósele muy clara
 La historia de los hombres sus hermanos
 Y al pensar en Salem, con ambas manos
 Cubrió el sonrojo de su hermosa cara.

¡Oh Padrel si es posible entonces dijo,
 Ese caliz aparta de mi boca,
 Ten compasión del Hijo que te invoca,
 Ten compasión de tu inocente Hijo.

Pero haz tus voluntades sin reserva,
 Hazlas, Señor, en mí como es debido:
 Dijo, y del pecho le salió un gemido
 Y postrado cayó sobre la yerba.

¡Cuán otro estabas en mejores días
 Cuando eras tierno y balbuciente niño,
 Y de una Madre llena de cariño
 Los abrazos y besos recibías!

Este es el Dios cuyo terrible trueno
 Hace temblar los montes y ciudades,
 ¡Ay cómo gime en tristes soledades!
 ¡Ay cómo tiembla de terrores llenos!

Y no es porque le falte fortaleza
 Para desencajar la tierra y cielo,
 Sino que Él mismo se humilló hasta el suelo
 Deponiendo su honor y su grandeza.

Viendo Dios á Jesús agonizante,
 Le dolió el corazón en lo más vivo;
 Estaba el Hijo bajo el triste olivo,
 Pálido, desmayado y palpitante.

Entonces haber hecho á los humanos
 Al Padre le pesó la vez segunda:
 Allá en tiempos atrás la tierra inunda,
 Más hoy no mueve sus potentes manos.

“Angel de luz, al Olivar descende,”
 Dijo en el cielo el Hacedor del mundo,
 “Infunde aliento al Hijo moribundo;”
 Y el angel volador el aire hiende.

Sostiene á Dios en el quebrado suelo
 Con los brazos, y ánimale á la muerte;
 Y al ver así descoyuntado al Fuerte,
 Cúbrese el rostro con su negro velo.

La paz en tanto ocupa estos retiros,
 Las hojas de la palma están serenas,
 So oyen las olas del torrente apenas
 Y del Hijo del Hombre los suspiros.

Llegada al colmo la mortal congoja,
 Clama á su Padre con mayor vehemencia,
 Y cae segunda vez en su presencia
 Cubierto en sangre que la tierra moja.

En tan mortal y pálido desmayo
 No quiere usar de su poder divino;
 Tiene á su izquierda quieto el torbellino,
 Y á su derecha encadenado el rayo.

Mas viendo el Salvador que se adelanta
 Para prenderle silenciosa tropa,
 Por fin apura la tremenda copa,
 Y del suelo sudando se levanta.

Júdas en tanto llegase al Ungido,
 Y á venderle besándole se atreve,
 ¡Ay del Apóstol infeliz y alevé!
 ¡Mejor le fuera nunca haber nacido!



AL NACIMIENTO DE LA VIRGEN.

Nació una niña en la infeliz Judea,
Niña preciosa, y se llamó María:
Era más bella que un botón de rosa
Mojado con la lluvia matutina.

Ojos azules de color de cielo,
Rojos los labios cual púrpura tinta,
Y blanca y tierna, y de cabellos blondos,
Y amable como simple cervatilla.

¿Qué distantes estaban las Romanas,
Las romanas magníficas y altivas,
De pensar que en un pueblo del imperio
Pobre su emperatriz nacido había!

¿Ni cómo Octavio y su estruendosa corte
Entre tantas victorias y conquistas,
Creyeran que viviese ya la Madre
Del Hombre que su gloria eclipsaría?

El Dios de las sonoras tempestades
A su hija hermosa complacido mira,
Y hace callar el huracán y el trueno
Porque no asusten á su tierna niña.

Un ángel colocó junto á su cuna,
Fuerte espada colgábale en la cinta,
Para que á la inocente defendiera
Contra el rencor de la serpiente antigua.

Llenó de gracia y dones inmortales
El alma encantadora de María,
Alma más pura que la blanca luna,
Más pura que la estrella vespertina.

El Hijo del Señor bajó del cielo
Y abrazó á su criatura la más linda,
Y un ósculo filial le dió en la boca
A la que Madre suya al fin sería.

Y tuvo compasión de la inocente
Al contemplar que en borrascosos días
Agolpadas congojas á congojas,
Su blando corazón desgarrarían.

Y escuchaba los lánguidos gemidos
Que en la infeliz Jerusalem daría
Y miraba sus lágrimas amargas
Rodando por sus pálidas mejillas.

Y al pensar en escenas tan terribles
A los brazos otra vez volvía,
Y á su futura Madre con ternura
El Hijo Dios llenaba de caricias.

¡Dichosa, muy dichosa, Hija del cielo!
Tú que fuiste sin crimen concebida,
Tú vales más que el querubín radiante,
Y formas de tu Padre las delicias.

Tú ruegas por los hombres delincuentes
Si ves de Dios la cólera encendida,
Y alzas juntas las manos suplicantes,
Y el rayo apagas en su diestra misma.

Tú que sabes de angustias y de llantos,
Eres con tus hermanos compasiva,
Y llena de ternura blandamente,
Su amargo lloro con tu mano limpias.

Danos, pues, de piedad una mirada:
Todo amenaza mortandad y ruina;
Tú que sabes de angustias y de llantos,
De tantos males á tus hijos libra.

LA MUERTE DEL REDENTOR.

Aquel Señor que en el profundo cielo
Derramó sus magníficas estrellas
Que lanzadas cual rápidas centellas
Pasan gloriosas con inmenso vuelo.

Aquel Señor que sumergió enojado
El Popocatepetl y el Himalaya,
Haciendo de la tierra un mar sin playa
Do el hombre criminal quedó anegado.

Hoy deshonrado, pobre y desvalido,
En la cumbre del Gólgota tremendo,
Colgado de una Cruz está muriendo
En medio de su pueblo enfurecido.

Hostigada la cólera del Padre,
Cual rápida corriente se desata,
Y en su furioso vértice arrebatada
Al Discípulo, al Hijo y á la Madre.

Sin fuerzas y sediento y desvelado,
Dios es la burla y risa de la gente;
A la izquierda y derecha un delincuente,
Jesús en medio á cargo del Soldado.

¡Ay de mí! Cual estás, qué diferente
Hoy te presentas del que ser solías,
Cuando allá en el Tabor resplandecías,
Cuando increpabas á la mar hirviente!

La tibia sangre y el sudor gotea,
El desamparo y la congoja crece,
Y el cuerpo desangrado se estremece:
¡Ay, infeliz de la nación hebrea!

Los ojos vuelve al enojado cielo,
Los ojos digo, pues las blancas manos,
Traspasadas con clavos inhumanos,
De moverse no tienen el consuelo.

Privado de su honor y de su gloria,
Para más agravar su pesadumbre,
Repasa con amarga certidumbre
Del mundo ingrato la tremenda historia.

Y el Dios terrible, cuyo enojo espanta
La tierra, el mar y el anchuroso cielo,
Un solo palmo no encontró de suelo
En que apoyar su lastimada planta.

Entre el tormento que el verdugo emplea,
Entre la maldición y el alarido,
Murió por fin á su sudor rendido;
¡Ay, infeliz de la nación hebrea!

Tiberio en tanto, en la estruendosa Roma,
Entre el oro y la púrpura del sòlio,
Al orgullo del alto capitolio
Juntaba los placeres de Sodoma.

¿Cómo es que estás, Señor, tan humillado
Tú, cuya airada faz relampaguea,
Que si tocas un monte, el monte humea,
Que si tocas el mar, huye espantado?

¿Te has olvidado del honor divino
Que debe darte el hombre miserable?
¿Dónde apagaste el rayo formidable?
¿Dónde dejaste el trueno y torbellino?

¡Pueblo infeliz! En qué pudo ofenderte
Ese inocente de congojas lleno?
¿Ni qué más pudo hacer un Dios tan bueno
Que por amor á tí sufrir la muerte?

Bebió por tí la copa de amargura,
Copa terrible que beber debías,
Y al tremendo patíbulo lo envías
En premio de su amor y su ternura.

¡Espantoso deicidio, que horroriza
Al corazón más duro y delincuente!
De horror se pone pálida la frente,
Y el cabello también de horror se eriza.

Catón, rasgando con su propia mano
La misma herida que se dió en el pecho,
De su alma atroz manifestó el despecho,
No la virtud heroica de un romano;

Pero Jesús, con ínclita grandeza,
Entre la execración y los dolores,
Ruega por sus verdugos y opresores,
Y muere sin orgullo y sin vileza.

Ese que ves tan pálido y sin vida,
Desfigurado su semblante bello,
Con sangre endurecido su cabello
Y abierto el pecho con profunda herida;

Ese pobre que á fuerza de tormento
Ha fenecido á fuerza de pesares,
Vale más que la tierra con sus mares,
Vale más que el inmenso firmamento.

Vendrá tiempo en que príncipes y sabios
Doblen ante El sumisos la rodilla,
Y desearán con humildad sencilla
En sus sangrientos piés poner los lábios.

Colocará su trono reluciente
Más allá de ese cielo diamantino,
Y ante su rostro espléndido y divino
El querubín humillará su frente.

A sus piés pasarán con vuelo inmenso
Los brillantes luceros á millones,
Que humildes le darán adoraciones
Entre el olor y el humo del incienso.

CAMINO DEL GOLGOTA.

Melancólico el sol con roja lumbre
Entibiaba las olas del mar muerto,
Estaba ardiente el polvo del desierto,
Y se abrasaba del Tabor la cumbre.

Flotan en Siria lánguidas las palmas,
Y en Jericó desmáyanse las rosas;
Las horas pasan lentas y tediosas,
Y están inquietas en Salem las almas.

El Señor, entretanto, sin consuelo,
Y desangrado y con la Cruz al hombro,
Iba llenando de estupor y asombro,
Al pueblo y á los ángeles del cielo.

Caminaba con paso vacilante
Entre soldados de robustas cotas,
En medio de mil lanzas y garzotas,
Y el triste Centurión iba delante.

Entre la grita y el tropel impío
De la insolente guardia pretoriana,
Caminaba el Señor esa mañana
Envuelto con el polvo del gentío.

A solas repasaba tristemente,
En medio de tan lúgubre aparato,
La amarga historia de su mundo ingrato,
Mundo á la par soberbio y delincuente.

Tal fué el calor y agitación del día,
Que va su cuerpo de sudor bañado,
Y sin aliento va, y en tal estado
Su corazón perdona todavía.

De este modo la tórtola sencilla
De las desiertas rocas moradora,
En garras del alcón que la devora
Sufre inocente y muere sin rencilla.

En medio de las olas de la gente
Puédese apenas descubrir al Verbo:
En sus ojos se ve pesar acerbo,
Grande congoja en su abatida frente.

Al cansancio rendido y desvelado,
Falto de fuerza á la fatiga cede,
Y en languidez mortal seguir no puede
Los grandes pasos del brutal soldado.

La sangre de Jehová corre caliente
 Por su cuerpo blanquísimo hasta el suelo,
 Cubre sus ojos tenebroso velo,
 Y poco á poco desmayarse siente.

Aparta oh Padre! del Ungido, aparta
 La copa del dolor que está bebiendo:
 Su alma se rinde en lance tan tremendo
 Harta de tedio y de congojas harta.

En tan profunda y angustiosa pena
 Inconsolable Dios lanzó un gemido,
 Hasta que, al fin, á su dolor rendido,
 Cayó y su Rostro se estampó en la arena.

Entonces crece al popular murmullo,
 La burla entonces del gentil osado,
 Entonces los insultos del soldado,
 Y el triunfo vil del farisaico orgullo.

Cayó el Verbo en la arena desangrado,
 quedóse un instante sin aliento,
 Pálido, sin color, sin movimiento,
 Como la flor que deshojó el arado.

Ese que ves postrado y abatido,
 Mojada en sangre y en sudor la ropa,
 Hecho el ludibrio de insolente tropa
 Y objeto de sacrílego alarido;

Es el mismo que estaba allá presente
 Cuando el Padre los cielos extendía:
 A los astros caminos prescribía
 Y les daba la luz resplandeciente:

Es el mismo Criador, el Hijo mismo
 Que si amenaza al mar, el mar se humilla,
 Que pasar no le deja de su orilla
 O bien lo arroja de su inmenso abismo.

Aquí rindióse á un pálido desmayo;
 Pero cuando su rostro centellea,
 La alta montaña formidable humea,
 Y vuelan el relámpago y el rayo.

Se alzó por fin, y puesto á mil sonrojos
 Bajaba el melancólico semblante,
 Y solo á veces por algún instante
 Tornaba al cielo sus nadantes ojos.

Entre negro terror y sobresalto
 Al deshonorado Gólgota camina,
 Y al grave peso de la cruz se inclina
 Falto de sangre y de consuelo falto.

Quando se acerca á tí la Virgen bella,
 En sus ojos, Señor, tus ojos clavas;
 Pero al mirarla, de dolor temblabas,
 Y al mirarte temblaba también ella.

Y suda de amargura y de congoja,
Viendo el sudor de tu humillada frente,
Y sin consuelo llora la inocente
Al ver el llanto que tu rostro moja.

Huérfana ¡ay Dios! y atónita de espanto
Te acompaña tu Madre desvalida,
Pasada el alma con terrible herida,
Suelto el cabello y descompuesto el manto.

Entre tanto, la Roma de Tiberio
Dominada de lúbricas mujeres,
Al fausto se entregaba y los placeres
Con escándalo inmenso del imperio.

Allá las damas sus hermosos cuellos,
El pecho y piés descubren licenciosas,
Mientras que por venderse las esposas
Perfuman sus adúlteros cabellos.

Piadosas á tu lado unas judías
Tu deshonor y suplicio van llorando:
¿Por qué no muestra corazón tan blando
El pueblo todo que escogido habías?

“¡Ay, no lloreis por mí! dices gimiendo,
Por vosotras llorad, y vuestros hijos:
Tiene el grande Jehová los ojos fijos
En Salem y en el Gólgota tremendo.

“Si esto que veis le pasa al inocente,
Al hijo mismo del Creador del cielo,
¿Qué esperanza le queda de consuelo,
Qué esperanza le queda al delincuente?”

“Un enemigo irresistible y duro
Os cercará de foso y de trinchera,
Matanza sin piedad habrá por fuera,
Matanza sin piedad dentro del muro.

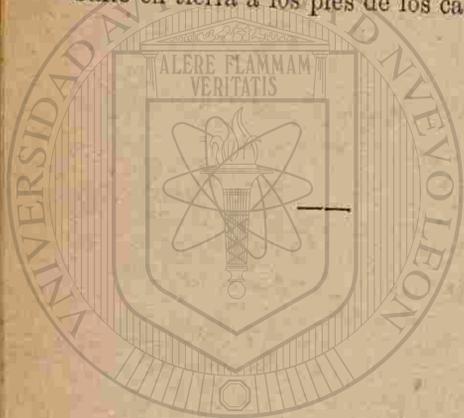
“Temblarán las doncellas delicadas
De las armas romanas al estruendo,
Y de Jerusalem saldrán huyendo,
¡Ay! huyendo como aves espantadas.

“El extranjero, de piedad ajeno,
Con el pueblo será tan inclemente,
Que cruces faltarán para la gente,
Y para cruces faltará terreno.

“Vendrán la peste y la hambre asoladora,
Seguiranse batallas á batallas
Y abrasará palacios y murallas
Y el templo ¡oh Dios! la llama vengadora.

“Sangre y más sangre correrá en el foso,
Y en esas calles que darán espanto,
Y en esas plazas húmedas del llanto
Del niño, de la esposa y del esposo.”

Dijo, y los pretorianos sus vasallos
Lo impelen y urgen con terrible acento,
Y al tocar en el Gólgota sangriento,
Calló en tierra á los piés de los caballos.



LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ.

Lanzaba el sol su fuego á medio día
Sobre las tristes rocas del Calvario,
El campo estaba ardiente y solitario
Y hoja ninguna en su arbol se movía.

Busca el leopardo en medio de arenales
Las tibias aguas del Jordán revuelto,
Busca las sombras el venado esbelto
Entre los deshojados carrizales.

Con el vapor de la caliente arena
El cuello tuerce el espinoso cardo,
Y entre las grietas del peñasco pardo
Se marchita la flor de la verbena.

En tanto el Hombre-Dios allá pendiente
En la cumbre del Gólgota gemía,
Y sudaba y temblaba en su agonía
Oyendo las blasfemias de la gente.

Tú, Madre del Señor, que cerca estabas
Del patíbulo horrendo y casi muerta,
A ratos lloras con la faz cubierta,
La vista á ratos en el Hijo clavabas.

Al mirarle temblar suda tu cuello
Y tu alba frente suda, y te estremeces;
Sus tristes ojos vuelve á tí dos veces,
Y dos veces se eriza tu cabello.

¡Espectáculo atrozo! su sangre roja
Brotaba caliente, y al brotar humeaba,
Y á proporción que de Jesús gotea,
El rostro y manos de su Madre moja.

El llanto y el dolor son tu alimento,
Eres pobre y oscura y despreciada:
No le debes siquiera una mirada
Piadosa al legionario desatento.

A cada queja que el tormento arranca
De la boca sedienta del Ungido,
Exhalas profundísimo gemido
Y el llanto limpias con tu mano blanca.

Aun no acababa algún desapiadado
De blasfemar del inocente verbo,
Cuando escuchabas con dolor acerbo
La risada insultante del soldado.

En tanto el mundo estólido levanta
Hasta el cielo á sus héroes y á sus sabios,
Que no son dignos de poner sus labios
Donde el Hijo de Dios puso la planta.

¿Cómo pudo una mano delincuente
Aplicar en el labio moribundo
Amarga hiel al Hacedor del mundo,
Su misma madre hallándose presente?

¿Cómo no derribó muro y santuario
El furor de estruendoso remolino?
¿Cómo de fuego inmenso torbellino
No derritió las peñas del Calvario?

¿Cómo es, Hija de Habram, que ver pudiste
Los furores de escena tan tremenda?
¿Cómo al tronar la tempestad horrenda
Sin desmayar tu corazón resistes?

Tus lágrimas rodaban á tu seno
Y mojaban tus pechos virginales,
Que nutrieron al Dios de los mortales
Allá de Niño en tiempo más sereno.

Cuanto vas con la vista recorriendo,
Todo desgarras tu profunda herida,
El muro y torres, la ciudad querida,
El templo augusto el Olivar tremendo.

En medio del dolor más inhumano
 En contorno buscabas un asilo,
 Y en contorno encontrabas muy tranquilo
 El semblante del bárbaro romano.

Al espirar el Dios de los judíos
 Distes gemidos tristes y dolientes,
 Cual suelen las palomas inocentes
 En los sauces amargos de los ríos.

Y las manos blanquísimas torcías,
 Y las alzabas al tremendo cielo,
 Y no encontrabas á tu mal consuelo.
 ¡Cuán otra estabas en mejores días!

Todo á tu blando corazón aterra:
 Cercada estás de pálidos tiranos;
 Se palpan las tinieblas con las manos
 Los muertos se levantan de la tierra.

Un formidable terremoto acaba
 De esparcir el terror, y tú entre tanto
 Temblabas ¡ay! atónita de espanto
 Sobre el Calvario que de horror temblaba.

Tornando al cielo los tus ojos bellos
 Y entre las rocas puesta de rodillas,
 Enjugas en tus pálidas mejillas
 El llanto de dolor con tus cabellos.

Y al recibir al gran Jehová en tus brazos
 Todos estremeciéronse tus huesos,
 Y en mortal languidez ni darle besos,
 Ni tampoco pudiste darle abrazos.

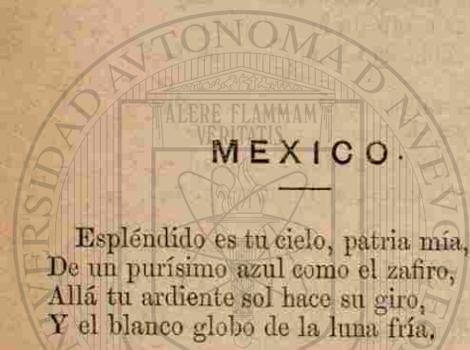
Pero después le das ósculo ardiente
 Y mil abrazos que el amor demanda,
 Acariciando con tu mano blanda
 Sus muertos ojos y su helada frente.

¡Quién creyera al mirar á este hombre muerto
 Reclinado en el seno de su Madre,
 Que fuese el mismo resplandor del Padre,
 Y el Jehová del mar rojo y el desierto?

Del Gólgota no lejos algún día,
 Para vengar tan bárbaro delito,
 Pondrá sus tiendas el romano Tito
 Y entonces, ¡ay de la nación judía!

¡Ay de Jerusalem, que ya le espera
 Hambre, y matanza, y fuego pavoroso,
 La ceñirán de inmenso contrafoso,
 La ceñirán de sólida trinchera;

La estrechará feroz infantería,
 Y en medio del furor de la batalla
 Por la brecha entrarán de la muralla.—
 ¡Virgen, perdona á la nación Judía!



MEXICO.

Espléndido es tu cielo, patria mía,
De un purísimo azul como el zafiro,
Allá tu ardiente sol hace su giro,
Y el blanco globo de la luna fría,

¡Qué grato es ver en la celeste altura
De noche las estrellas á millares,
Canope brillantísimo y Antáres,
El magnífico Orion y Cinosura.

La Osa mayor, y Arturo relumbrante,
El apacible Júpiter y Tauro,
La bella Cruz del Sur, y allí Centauro,
Y tú el primero ¡oh Círio centelleante!

¡Qué soberbios y grandes son tus montes;
¡Cómo se elevan hasta el alto cielo!
¡Cuán fértil, cuan espléndido es tu suelo!
¡Qué magníficos son tus horizontes!

Tus inmensas cadenas de montañas
Hendidadas por hondísimos barrancos,
Coronadas están de hielos blancos
Y en la falda dan humo las cabañas.

Mil espantosos cráteres se miran
En la cima de montes y collados,
Unos quedaron quietos y apagados,
Otros sus llamas con furor respiran.

Terrible es ver desde una excelsa cumbre
Allá abajo las negras tempestades,
Y brillar en las vastas soledades
De grandiosos relámpagos la lumbre.

El Popocatepetl y el Orizaba
El suelo oprimen con su mole inmensa,
Y están envueltas entre nube densa
Sus cúspides de hielos y de lava.

Allí los ciervos de ramosas frentes
El bosque cruzan á ligeros saltos,
Y entre los pinos y peñascos altos
Se derrumban las aguas á torrentes.

Tus volcanes de inmensa pesadumbre
Asombran con sus peñas corpulentas;
Braman entre sus bosques las tormentas
Y un cráter es su procelosa cumbre.

Globos de fuego arrojan de sus bocas,
Columnas de humo y grandes llamaradas,
Ardiente azufre, arenas inflamadas,
Negro betún y calcinadas rocas.

Entonces se commueve el fundamento
De los montes azules, y en contorno
A cien leguas se extiende de aquel horno
El rudo y formidable movimiento.

El magnífico Dios de las naciones
Al repartir al mundo su tesoro,
"Tenga México, dijo, plata y oro,"
Y en tí vertió sus opulentos dones.

De tristes cerros la nubosa cima
Y en sus abismos la fecunda tierra,
Ricos metales sin medida encierra,
Que el hombre vil, más que el honor estima.

La Africa rica á quien el sol abruma,
La Europa y Asia henchidas de grandezas,
No tienen las espléndidas riquezas
Que la patria que fué de Moctezuma.

A México el Criador en sus bondades
Le ha dado un aire diáfano y sereno,
Aguas hermosas, fértil el terreno,
Verdes campiñas, finelitas ciudades.

Mas ¡ay! que las ciudades que algún día
Fueron su escudo y su brillante gloria,
Sólo nos han dejado su memoria
En sus escombros y ceniza fría.

Qué grato es ver los altos cocoteros
Ceder al peso de sus frutos ricos,
Y flotar sus flexibles abanicos
Al soplo de los céfiros ligeros!

Hermoso es ver en la estación florida
Altos naranjes exhalando aromas;
Allí descansan tímidas palomas,
Y la sencilla tórtola se anida.

Crece los espinosos limonares
Bajo los tamarindos bullidores,
Y entorno brotan delicadas flores,
Y entorno silban anchos platanares.

Allá en Oaxaca embelesado admiro
En la campiña fértil y lozana,
Verdes nopales de esplendente grana,
Hermosa cual la púrpura de Tiro.

En las selvas revuelan los zarzales,
Merlas, tucanes de plumajes gayos,
Encarnados y verdes papagallos,
Tordos azules, rojos carcenales.

Colibrís mil de bullicioso vuelo,
De azules plumas, verdes y doradas,
Del viajero arrebatan las miradas
Como el arco magnífico del cielo.

En México plantó naturaleza
Bosques inmensos de arboles salvajes,
Bajo cuyos densísimos follajes
Se propaga intrincada la maleza.

Allí el tigre feroz de ojos altivos
Embiste al toro montaraz y al ciervo,
Y la sangre les bebe aquel protervo,
Les bebe á caños aún estando vivos.

Allí la boa gigantesca oprime
En sus inmensos círculos el tronco
Del ancho cedro, y su silbido bronco,
Se oye á lo lejos con terror sublime.

Y esa serpiente en su furor provoca
Al mismo tigre que al desierto espanta,
Y lo liga y lo estrecha y lo quebranta,
Y le hace echar la sangre por la boca.

Así en el mundo, en merecido pago,
El orgulloso al orgulloso doma,
Así en un tiempo la altanera Roma
Quebrantó la soberbia de Cartago.

En el desierto grave y silencioso,
Entre sus melancólicas palmeras,
Se deslizan las víboras ligeras,
O estánse quietas en fa'az reposo.

Terrible es ver aquel su atrevimiento,
Aquellos ojos como fuego puro,
Aquel mirar tan fijo y tan seguro,
Que infunden el terror y el desaliento.

Terribles son sus agitados cuellos,
Y aquella lengua rápida y vibrante,
Y aquel cuerpo tan agíl y ondulante,
Y aquel silbar que eriza los cabellos.

Allí revuelan losalcones vagos,
Y las gloriosas águilas se lanzan;
Y en su raudó volar la nube alcanzan,
O leves tocan los risueños lagos.

Juega aquí la zarceta y entretanto
El ánsar con estrépito se baña,
Mientras el tordo en la flexible caña
Entona triste su sencillo canto.

Mil pájaros acuáticos azotan
Con sus alas la espléndida laguna
Y á la luz apacible de la luna
Nadan tranquilos, ó en el agua flotan.

La triste garza estólida se para
 Junto á la blanca flor de la ninfea,
 Y posada en un pié no se menea,
 Cual si fuera de mármol de Carrara.

Los soberbios nenúfares ofrecen
 Flores de oro y azul, bellas y ricas:
 Las espadañas con sus verdes picas
 Al fresco viento lánguidas se mecen.

En las selvas, abrigo de las fieras,
 Con las lluvias de fervidos estíos,
 Se ven crecer los bramadores ríos
 Que anegan y fecundan sus riberas.

Undoso corre el barbaro Mezcala,
 El selvoso del Norte, el Albarado,
 El soberbio de Lerma tan nombrado,
 Que las olas enturbia de Chapala.

Arranca el agua en su veloz corriente
 Palmas y sauces, álamos y pinos,
 Y envueltos en ruidosos remolinos
 Lanza sus troncos en la mar hirviente.

Así la vida pásase, y lijera
 En su curso á los hombres arrebatá:
 Van encantados con la orilla grata
 Y entran por fin al mar que les espera.

En las grandes sabanas á millares
 Vuelan libres sus bárbaros caballos,
 O quietos se apacientan con los tallos
 De blandas yerbas, sin temor de azares.

Al oír del salvaje el alarido,
 Al retumar el trueno en los desiertos,
 Aquellos brutos ágiles é inciertos
 Corren haciendo un espantoso ruido.

Suelta la crín al viento vagaroso,
 Noble la frente, y levantado el cuello
 Grande su pecho, ardiente su resuello,
 Saltan la rambla, el valladar y el foso.

Mas ya escucho bramar tus huracanes
 Que cabañas sin cuento echan abajo,
 Y que arrancan los árboles de cuajo,
 Como si fueran tiernos arrayanes.

Nubes de polvo y de menuda arena
 Girando se levantan hasta el cielo,
 Y á lo lejos se extiende oscuro velo,
 Y el ancho bosque con el viento suena.

Se alzan las olas y los mares rugen,
 Y en las playas se azotan formidables,
 Miéntas los gruesos y tirantes cables
 De los navíos con espanto crujen.

Pero cansada de volar mi mente,
Cedo al peso de tanta maravilla,
Y á quien el polvo sin vigor se humilla,
Y se anonada de rubor mi frente.

Más fácil fuera de tus bosques grandes
Contar las hojas que arrebató el viento,
Enfrenar de la mar el movimiento,
O levantar la masa de los Andes;

Que pintar tus arroyos y tus flores,
Tus verdes campos y apacibles grutas,
Y tus perfumes y sabrosas frutas,
Y tus aves de espléndidos colores;

Y tus colinas y praderas gratas,
Tus soledades, lagos y bajíos,
Tus grandes montes y soberbios ríos,
Tus abismos é hirvientes cataratas.

Más ¡ay! que á tal grandeza y tanta gloria
Se mezcla involuntario el desconsuelo
De que nos sobreviva acá en el suelo
Un vil ciprés, indigno de la historia.

Es mi voto postrero, patria mía,
Pedirle al cielo que dichosa seas;
Pedirle al cielo que otra vez te veas
Como en un tiempo cuando Dios quería.

Él te devuelva tu riqueza y galas,
Y te enjague tus lágrimas hermosas,
Y te corone de laurel y rosas,
Y te cubra benigno con sus alas.

Trigo abundoso brote en tus llanuras,
Brotén las yerbas en tus verdes prados,
El llano y monte cubran los ganados,
Y al margen pasten de las aguas puras.

A tu seno retorne la alegría,
Se unan tus hijos con amante lazo,
Suelte las armas tu cansado brazo,
Como en un tiempo cuando Dios quería.

De la prosperidad, en fin la copa,
Benigno el cielo sobre tí derrame,
Mientras el mar enfurecido brame
Entre tus playas y la altiva Europa.

AL RIO DE COSAMALOAPAM.

Hoy ocupa parte de la población y casa donde nació el
Sr. D. Manuel Carpio.

SONETO.

Arrebatado y candaloso río
Que riegas de mi pueblo las praderas,
¡Quién pudiera llorar en tus riberas
De la redonda luna al rayo frío!

De noche en mi agitado desvarío
Me parece estar viendo tus palmeras,
Tus naranjos en flor y enredaderas
Y tus lirios cubiertos de rocío.

¡Quién le diera tan sólo una mirada
A la dulce y modesta casa mía,
Donde nací, como ave en la enramada!

Pero tus olas ruedan en el día
Sobre las ruinas ¡ay! de esa morada,
Donde feliz en mi niñez vivía.

NAPOLEON EN EL MAR ROJO.

El sol estaba oculto detrás de las montañas
Que forman la cadena de Libia la arenosa,
Debajo de su tienda el árabe reposa,
Reposa el dromedario y el rápido corcel.
Se pierden en las sombras de pavorosa noche
De Tebas y de Menfis las ruinas estupendas;
Profundo es el silencio que reina allá en las sendas
Que van para las Palmas y Fuentes de Moisés.

En tanto Bonaparte camina silencioso,
En un caballo blanco por tristes soledades
Vecinas al Mar Rojo, pensando en las edades
Antiguas que pasaron, y nunca volverán.
Repasa en la memoria batallas y conquistas
De altivos Faraones, de griegos Tolomeos,
De bárbaros Califas, y piensa en los trofeos
Que bravos los cruzados lograron alcanzar.

Absorto en pensamientos gloriosos y sublimes
Camina por la playa del mar adormecido,

Del mar que en otro tiempo con hórrido bramido,
 Caballo y caballero, y carros se tragó.
 La noche se adelanta cubriendo de tinieblas
 El bárbaro desierto y el piélago callado;
 Apenas se distingue soldado de soldado,
 Apenas se distingue camello de bridón.

Del mar en la ribera tan solo se escuchaban
 De pájaros marinos los gritos lamentables,
 Pisadas de caballos y estrépito de sables,
 De tropas que seguían al ínclito adalid.
 En esta negra noche, en medio á tal escena
 Que pasa en el desierto ¿quién ¡ay! pensado habría
 Que Europa la orgullosa vencida en algún día
 Delante de aquel joven rindiera la cerviz?

En tanto sopla el viento y crece la marca,
 Levántanse las olas y braman y rebraman,
 Y en playas solitarias se estrellan y derraman,
 Y alcanzan al caballo del bravo general.
 La noche es espantosa y pálpanse las sombras,
 Incógnita es la tierra, perdido está el camino,
 Y crece la tormenta, y crece el torbellino,
 Ginetes y corceles no saben dónde están.

El férvido caballo del grande Bonaparte
 En medio del peligro salir del agua emprende,
 E indómito su pecho las anchas olas hiende,
 Y abiertas las narices relucha con el mar.

En tanto el jefe altivo descansa en su fortuna,
 Egipto está en su mente, Albión y toda Europa,
 El trono de Capeto y la aguerrida tropa
 Que lunas y turbantes impávido hollará.

Si alguna de las olas lo hubiera arrebatado
 Al fondo peñascoso del piélago profundo,
 ¡Qué llantos y suspiros ahorráranse en el mundo!
 ¡Qué incendios y matanzas ahorráranse también!
 Más Dios que allá á sus solas miraba los imperios
 Y mil y mil designios altísimos tenía,
 Sacó de entre las aguas al hombre que debía
 A pueblos y monarcas poner bajo su pié.

Sacólo de las ondas á fin de que su espada
 De Europa castigase los crímenes sin cuento,
 Los crímenes de un siglo soberbio y turbulento
 Que á todas las naciones de escándalo llenó.
 A Francia lo condujo, y á Italia floreciente,
 A Iberia belicosa, á la ilustrada Prusia,
 Al Austria formidable y á la potente Rusia;
 Y luego á Santa Elena, y ¡adios de Emperador!

LA LUNA.

¡Con qué tristeza sube de los mares
 Esa luna magnífica y radiosa!
 Baña las olas con sus luces bellas,
 Esta peña, esta playa silenciosa,
 Y mi triste semblante: las estrellas
 A distancias enormes la acompañan
 Semejantes á pálidas centellas.
 Todo en este lugar convida y mueve
 A suscitar recuerdos en el alma:
 La soledad, la noche, el aire leve;
 La silenciosa luna, el mar en calma,
 Y aquella triste y solitaria palma.
 ¡Oh reina taciturna de la noche,
 Consuelo del viajero y del amante!
 Al ver mis ojos esa luz serena,
 La mente se arrebató delirante,
 Y recorre, afligida de su pena,
 Vastos desiertos, montes y bajíos,
 Mares inmensos, lagos solitarios,

Selvas calladas y soberbios ríos.
 Tú viste la catástrofe tremenda
 Del mundo primitivo, cuyos mares
 Estruendosos, saliendo de sus lechos,
 Sepultados dejaron grandes bosques
 De palmas antiquísimas y helechos,
 Y de árboles sin número, que el sabio
 Absorto mira, enmudecido el labio.
 Allá también en un olvido triste
 Descansando hoy enormes mastodontes,
 Lagartos y elefantes colosales
 Que arrebatados de las olas viste
 Soterrados quedar confusamente
 En medio de montones de animales.
 Siglos después estáticas te vieron
 Heliópolis, Palmira y Ecbatana,
 Y la famosa Tebas de cien puertas,
 Último esfuerzo de soberbia humana.
 ¡Cuántas veces bañó tu luz tranquila
 Sus palacios y templos y colosos,
 Sus altas torres y anchurosos muros,
 Sus ciudadelas y profundos fosos!
 Más hoy qué diferentes aparecen
 En medio de las vastas soledades,
 A tu luz celestial esas ciudades,
 Que hechura de gigantes me parecen!
 ¿Dónde estuvieron sus ruidosas plazas?
 ¿En dónde están sus reyes y su gente,

Y tanta vanidad y tanta gloria?
 Todo pasó cual rápida corriente,
 Y apenas queda su fugaz memoria.
 En las noches brillantes y serenas
 La víbora se enreda en sus columnas,
 O ciñe las estatuas eternas
 Cuando te vé salir de las lagunas
 O de los erizados espinales.
 El insecto contempla tu belleza
 Entre los cardos y verbena ruda
 Que nace en la arruinada fortaleza;
 Y el pájaro nocturno en su tristeza
 Desde el roto obelisco te saluda.
 Enterrados de Egipto en las arenas
 Miras los templos de Memnon y Osiris,
 Los enormes esfinges destrozados,
 Los inmensos y tristes propileos,
 Las tumbas de monarcas ignorados
 A pesar de sus grandes mausoleos.
 ¡Miserables pirámides fastosas,
 Menos soberbias que los vanos reyes,
 Cuyo polvo empañó sus anchas losas!

Ese disco tristísimo que incierto
 Entre las nubes lánguido se asoma,
 Ayer iluminó con rayo muerto
 El lago solitario de Sodoma.
 Brilló también en el glorioso suelo

Donde el Atrida se acampó y Aquiles;
 En donde estuvo la estruendosa Troya,
 Ora morada de ganados viles,
 Ni alumbras ya de esa ciudad, siquiera
 Los escombros del muro y la trinchera.
 Hoy con rayos tranquilos ilumina
 Risueños campos, dulces soledades,
 Lindos arroyos, fértiles colinas,
 Nuevos pueblos y espléndidas ciudades:
 Esta México rica y afamada,
 Esa París gloriosa con su ciencia,
 Y esa soberbia Londres tan hinchada
 Con sus grandes escuadras y opulencia.
 ¡Magníficas ciudades que algún día
 El tiempo ha de asolar á tu presencia!
 Sus pórticos, palacios, coliséos,
 Gimnacios y academias orgullosas,
 Sus grandes bibliotecas y museos,
 Todo arruinado entre aguas cenagosas
 Servirá de morada en que se oculten
 Verdinegros lagartos y rapozas:
 Y las simples palomas con asombro
 Hácia otro rumbo torcerán el vuelo
 Al ver amontonado tanto escombros.

Allí en el fondo de ese mar que veo,
 Brilló también tu luz encantadora,
 Antes que el Ponto en grande bamboléo

Se volcara en la Atlántida potente.
 ¡Ay infeliz de su angustiada gentel
 Quizás ¡oh patria! ha de llegar el día
 Que estallen estruendosos tus volcanes,
 Y que agiten tu atmósfera sombría
 Relámpagos, y truenos, y huracanes.
 Verás ¡oh luna! que la ardiente lava
 Arrasa entonces en su curso undoso
 Los árboles, cosechas y ganados,
 Las ciudades y pueblos abrasados,
 Las cúpulas, los arcos y columnas,
 Los sabios y el ejército valiente.
 ¡Ay infeliz de su angustiada gentel
 ¡Cuántas naciones á su vez pasando
 Envueltas en las olas de la vida,
 En su viaje fatal te iban mirando
 También tú melancólica las viste
 Incensar á sus sátrapas y reyes,
 O bien oyando autoridad y leyes,
 Correr á hundirse en el sepulcro triste.
 A tu vista pasaban como nubes
 Mil pueblos y monarcas opulentos:
 Pasó Nemrod, Sesostris, y Darío,
 Alejandro y los Césares violentos;
 Y tú entretanto sin cesar rodando,
 De los mares te alzabas bella y pura,
 Y á los mares bajabas, relumbrando,
 O ignorada, tristísima y oscura.

Tú seguirías en lánguida carrera
 Circulando serena en el vacío,
 Al paso que otros reyes y otras gentes,
 A leyes invariables obedientes,
 Irán callendo sobre el polvo frío,
 Como las hojas pálidas del bosque
 Al rebramar el huracán sombrío.
 Ilumina mi lúgubre semblante,
 ¡Oh luna! y ten piedad de mi flaqueza,
 Si acaba así la espléndida grandeza,
 ¿Qué será de esta caña vacilante?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BURGOS
 VALERE FLAMMAM
JOSE DE JESUS CUEVAS.

LA ORACIÓN DEL NIÑO.

¡Oh Madre de pureza
 Que cuidas con cariño
 Al inocente niño
 Que te ama con fervor!
 Sofoca de mi pecho
 Los malos movimientos
 Y da á mis pensamientos
 Tu virginal candor.

Tú cubres con tu manto
 De estrellas recamado,
 Al niño desolado
 Que gime en la orfandad.
 Al hijo de los reyes
 Y al hijo del mendigo,

A todos presta abrigo
 ¡Oh Madre! tu bondad.

Piedad y larga vida
 Concédele á mi padre;
 Que cuides á mi madre
 Te pido por tu amor.
 Que nunca los pesares
 En vendaval deshecho,
 Derramen en su pecho
 Acíbar de dolor.

De lágrimas es valle
 La vida y de tristura,
 Un valle de amargura
 De cuitas y de horror.
 De abrojos y sin sombra,
 La vida es un desierto! . . .
 A nuestro paso incierto
 Alumbra tu fulgor.

Con fé sella mi frente;
 Dá al pecho dulce calma;
 Y haz brillen en mi alma
 Los rayos de verdad.
 Que no manchen mis labios

Palabras de mentira;
Del corazón la ira
Se aleje y la maldad.

¡Oh, Madrel quién pudiera
Volar al cielo santo
Asido ¡ay! á tu manto
La vida al exhalar!
Queremos ir contigo,
Que es triste aqueste suelo
¡Ah! llévanos al cielo
Tus glorias á cantar!

TIRSO RAFAEL CORDOBA

CONCHA.

Yo soy la linda concha
De plata y nácar,
Qué guardo hermosa perla
Dentro del alma;
Rico tesoro,
Más valioso en el mundo
Que todo el oro.

¿Qué puede compararse
Con la inocencia,
Compañera amorosa
De infancia tierna;
Angel que al suelo
Para cuidar del niño
Baja del cielo?

Fresca rosa en su caliz
 Guarda escondido
 Embriagador perfume
 Blando, exquisito;
 Y el alma hermosa
 Es del niño inocente
 Como esa rosa.

—
 Ayl perdido el tesoro
 De la inocencia,
 ¿Qué es del hombre infelice
 Sobre la tierra?
 ¿Qué de las flores
 Arrancadas, marchitas
 Y sin olores?

—
 Yo soy la concha bella,
 Yo soy la niña

Inocente, dichosa,
 Pura y festiva,
 Que sin cuidado
 Oigo bramar las ondas
 Del mar airado.

Soy la blanca azucena
 De grato aroma

Que embalsama las brisas
 Halagadoras;
 Y aún en capullo,
 De amante jardinero
 Formo el orgullo.

—
 Y pues tan afanoso
 Me quiere y cuida,
 Sean para él mis gracias
 Dulce delicia,
 Y nunca el viento
 Me destroce y le cause
 Rudo tormento.

El Angel de la Inocencia.

Á MI HIJA NATALIA.

Anoche, madre,
Tuve yo un sueño
De los más lindos
Y placenteros.

Soñé que andaba
Flores cojiendo
Por cierto prado
Verde y risueño,
Junto á la orilla
De un arroyuelo;
Cuando de pronto
Miro á lo lejos
Un lindo arcángel
Que á mí viniendo,
Rápido cruza
Los mansos vientos.

Llega, y absorta
Su faz contemplo,

Miro sus ojos
Color de cielo,
Su blanda risa,
Su talle esbelto,
Las hebras de oro
De sus cabellos,
Y su ropaje
Que al aire suelto,
Flotando vaga
Como en el templo
Lijera nube
De blanco incienso.

Y soñé, madre,
Que el ángel bello
Dióme en la frente
De amor un beso,
Y así me dijo
Con blando acento:

“Gracias niña,
¿Por qué tan lejos
De tu adorada
Madre, corriendo,
Alegre cruzas
El campo ameno
Cogiendo flores
Con embeleso?”

Tu buena madre
 Con afán tierno,
 Te busca inquieta,
 Niña, temiendo
 Que entre las rosas
 Oculto insecto
 Aleve daño
 Te cause fiero;
 O bién que caigas,
 Al ir corriendo,
 En esas ondas
 Del arroyuelo.

Vuelve á sus brazos,
 Vuélvete, y presto
 La dulce calma
 Torne á su pecho.

Yo soy el angel,
 Niña, que velo
 Por la inocencia
 Con amor tierno!

Dijo así el ángel,
 Y en el momento,
 De nuevo díome
 De amor un beso,
 Tendió las alas
 Y por el viento

Se fué volando,
 Madre, hasta el cielo!

De gozo llena,
 Seguirle quiero,
 Cuando agitada
 Madre, despierto! . . .
 Al angel busco . . .
 ¡Cuál mi contento
 Es, cuando miro
 Tu rostro bello,
 Tu dulce rostro
 Que es mi embeleso,
 Y es el retrato
 Del que ví en sueños!

MANUEL M. FLORES.

EVA.

Era la sexta aurora. Todavía
 El ámbito profundo
 Del éter el *Fiat-lux* estremecía
 Era el sereno despertar del mundo,
 Del tiempo la niñez. Amanecía,
 Y del Creador la mano soberana
 Ceñía con gasas de topacio y rosa,
 Como la casta frente de una esposa,
 La frente virginal de la mañana.

Rodaban en la atmósfera lijera
 Las olas de oro de la luz primera.
 Y levantando púdica su velo
 Gentil la Primavera,
 Al ostentar magnífica sus galas,
 Iba en los campos vírgenes del suelo
 Regando flores al batir sus alas.

Opulentas cascadas de verdura
 Tapizaban soberbias los barrancos,
 Y eran su espuma caprichosa y rica
 Rosas purpúreas y jazmines blancos.

El denso bosque, presintiendo el día,
 Llenaba su follaje de rumores;
 Flotaba en el espacio la armonía,
 Y la colina desbordada en flores;
 El agua alegre, juguetona, huía
 Entre cañas y juncos tembladores,
 Y de la aurora bajo el ancho velo
 Se besaba la tierra con el cielo.

Era la hora nupcial. Todas las olas
 De los ríos, las fuentes y los mares,
 Juntándose amorosas, preludiaban
 Un ritmo del Cantar de los Cantares.
 El incienso sagrado del perfume
 Se exhalaba de todas las corolas.
 Vagarosos los tímidos cesiros
 Al rumor de sus alas ensayaban
 Un concierto de besos y suspiros;
 Y cuantas aves de canoro acento
 Se pierden en las diáfanas regiones,
 Desatando el raudal de sus canciones
 Inundaban de músicas el viento.

Era la hora nupcial. Naturaleza,
 De salir del caos aún deslumbrada,

Ebria de juventud y de belleza,
 Virginal y sagrada,
 Velándose en misterio y poesía,
 Sobre el tálamo en rosas de la tierra
 Al hombre se ofrecía.

¡El hombre! Allá en el fondo
 Más secreto del bosque, do la sombra
 Era más tibia del gentil palmero,
 Y más mullida la musgosa alfombra,
 Más tupidas las flores
 Y más rico y fragante el limonero;
 Y llevaba la brisa más aromas,
 La fuente más rumores,
 Y cantaban mejor los ruiseñores,
 Y lloraban más dulce las palomas;
 Do más bello tendía
 Sus velos el crepúsculo indeciso,
 Allí el Hombre dormía,
 Aquel ere su hogar, el Paraíso.

El mundo immaculado
 Se mostraba al necer grande y sereno.
 Dios miró lo creado
 Y encontró hue era bueno.

Bañado en esplendor, lleno de Aurora,
 De aquel instante en la sagrada calma,
 A la sombra, dormido, de una palma
 Estaba Adan. Su frente pensadora,

Su noble faz augusta de belleza
 En medio de su sueño se cubrían
 De una vaga tristeza.
 Oreaba sus cabellos el cefiro;
 Blandamente su pecho respiraba,
 Pero algo como el soplo de un suspiro
 Por su labio pasaba.
 ¿Padecía?... ¡Quizás!... En su retiro
 Sólo el Criador con el dormido estaba.

Era el hombre primero, y ya su labio
 De la existencia en el primer momento
 Bosquejaba la voz del sufrimiento.
 La inmensa vida palpitaba en torno;
 Pero él estaba solo... El aislamiento
 Transformaba en proscrito al soberano...
 Entonces el Señor tendió su mano
 Y el costado de Adan tocó un instante...

Suave, indecisa, sideral, flotante
 Cual ligero vapor de las espumas,
 Cual casto rayo de la luna errante
 En un jirón perdido de las brumas;
 Cual nacida del caliz de las flores,
 Con sus pétalos hecha y sus colores,
 Viviente perla de la aurora hermosa,
 Lazo de luz del venidero día

Condensado en la forma voluptuosa
De un nuevo ser que vida recibía,
Una blanca figura luminosa
Alzóse junto á Adán... Adán dormía.

La primera mujer... Fúlgido cielo
Que bañó con su lumbré
La mañana primer de las mañanas,
¿Viste luego en la vasta muchedumbre
De las hijas humanas,
Alguna más gentil, más hechicera,
Más ideal que la mujer primera?...

La misma mano que extendió los cielos
Y los alumbró con auroras bellas;
La que salpica los etéreos velos
Con rocío de estrellas;
La que viste de azul los horizontes,
Los campos de esmeralda,
Y de nieve la cumbre de los montes
Y de verde oscurísimo su falda;
La que hace con el iris esplendente
Diádemas al magnífico torrente
Que su raudal de plata
Entre nube de espumas
Desborda en tormentosa catarata;
La que toma del iris los colores
Para con ellos colorar las plumas
Para con ellos matizar las flores;

La mano que en la gran naturaleza
Pródiga vierte perennal hechizo,
La del eterno Dios de la belleza,
¡Oh primera mujer... esa te hizo!...

La dulce palidez de la azucena
Que se abre con la aurora,
Y el blanco rayo de la luna llena,
Dejaron en su faz encantadera
La pureza y la luz. Los frescos labios,
Como la flor de la granada, rojos;
Esa luz, que es un sol para las almas
En la limpia mirada de los ojos;
Y por el albo cuello,
Voluptuoso crespón de sus hechizos,
La opulenta cascada del cabello
Cayendo en ondas de flotantes rizos.

Su casta desnudez iluminaba,
Su labio sonreía,
Su aliento perfumaba,
Y el mirar de sus ojos encendía
Una inefable luz, que se mezclaba
Al albor del crepúsculo indeciso...
Eva era el alma en flor del Paraíso.

Y de ella en derredor, rica la vida
Se agitaba dichosa:
Naturaleza toda, palpitante,
Cenía sus contornos voluptuosos:

Las hojas la cantaban
 La canción del susurro melodioso,
 Al compás de las fuentes que rodaban
 Su raudal cristalino y sonoroso:
 La arrullaba la brisa con rumores,
 Su cabello empapaba con aromas,
 Y trinaban mejor los ruiseñores,
 Y lloraban más dulce las palomas,
 En tanto que las flores
 Húmedas ya con el celeste riego,
 Temblando de cariño á su presencia
 Su pié bañaban de fragante esencia
 Y se inclinaban á besarle luego.

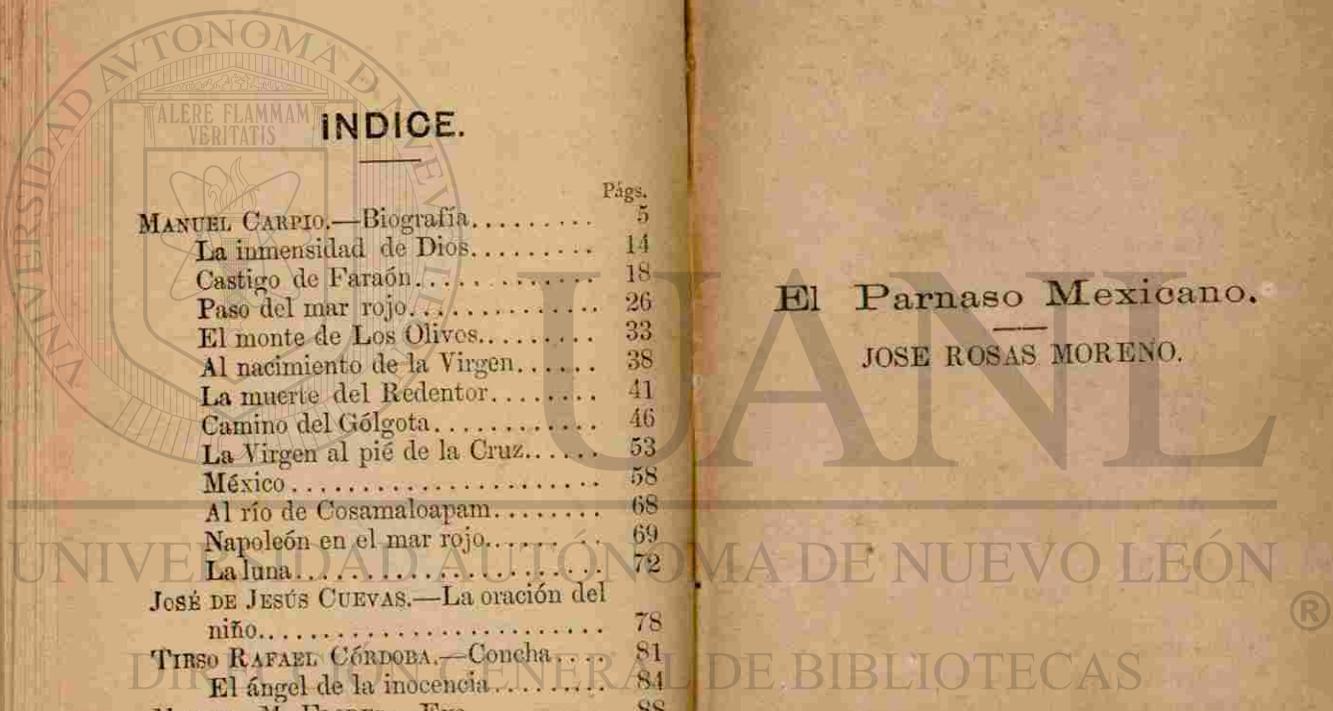
Iba á salir el sol, amanecía;
 Y á la plácida sombra del palmero
 Tranquilo Adán dormía.
 Su frente majestuosa acariciaba
 El ala de la brisa que pasaba,
 Y su labio entreabierto sonreía.

Eva le contemplaba,
 Sobre el inquieto corazón las manos,
 Húmedos y cargados de ternura
 Los ya lánguidos ojos soberanos.
 Y poco á poco, trémula, agitada,
 Sintiendo dentro el seno comprimido
 Del corazón el férvido latido;
 Sintiendo que el aliento que salía

Del labio abierto del gentil dormido
 Abrasándole el suyo, la atraía,
 Inclinóse sobre él...

Y de improviso

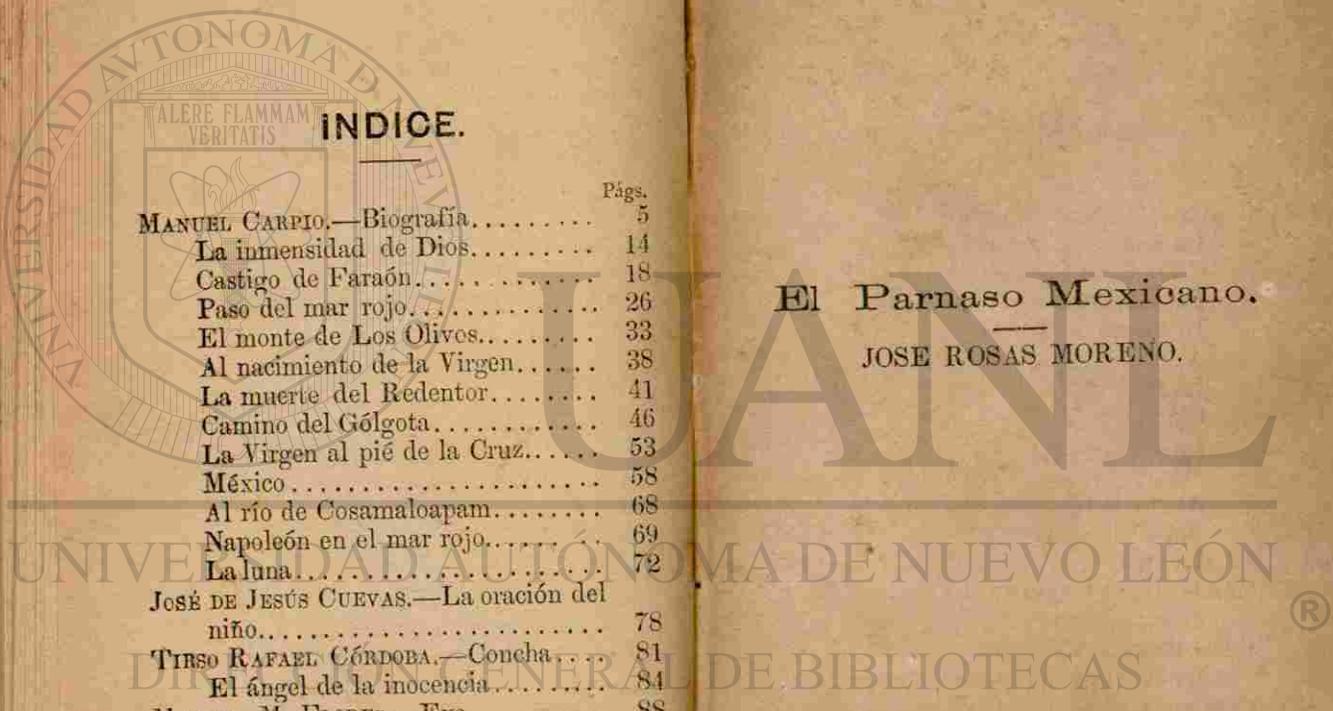
Se oyó el ruido de un beso palpitante,
 Se estremeció de amor el Paraíso!...
 Y alzó su frente el sol en ese instante.


 INDICE.

	Págs.
MANUEL CARPIO.—Biografía.....	5
La inmensidad de Dios.....	14
Castigo de Faraón.....	18
Paso del mar rojo.....	26
El monte de Los Olives.....	33
Al nacimiento de la Virgen.....	38
La muerte del Redentor.....	41
Camino del Gólgota.....	46
La Virgen al pie de la Cruz.....	53
México.....	58
Al río de Cosamaloapam.....	68
Napoleón en el mar rojo.....	69
La luna.....	72
José DE JESÚS CUEVAS.—La oración del niño.....	78
TIRSO RAFAEL CÓRDOBA.—Concha.....	81
El ángel de la inocencia.....	84
MANUEL M. FLORES.—Eva.....	88

El Parnaso Mexicano.

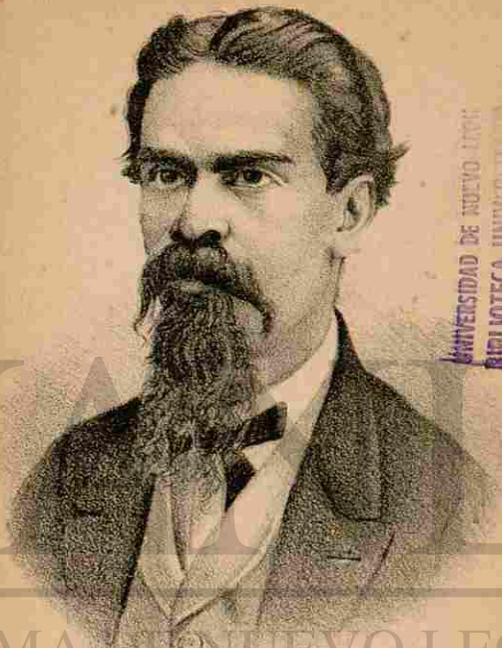
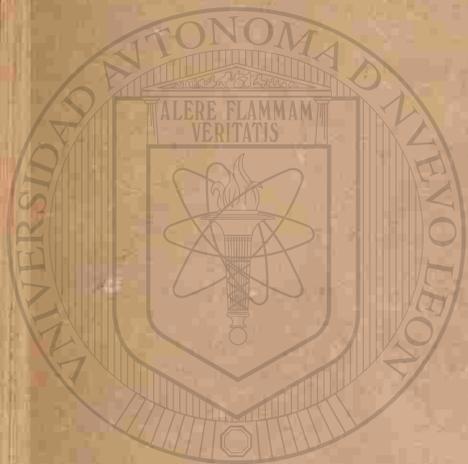
JOSE ROSAS MORENO.


 INDICE.

	Págs.
MANUEL CARPIO.—Biografía.....	5
La inmensidad de Dios.....	14
Castigo de Faraón.....	18
Paso del mar rojo.....	26
El monte de Los Olives.....	33
Al nacimiento de la Virgen.....	38
La muerte del Redentor.....	41
Camino del Gólgota.....	46
La Virgen al pie de la Cruz.....	53
México.....	58
Al río de Cosamaloapam.....	68
Napoleón en el mar rojo.....	69
La luna.....	72
JOSÉ DE JESÚS CUEVAS.—La oración del niño.....	78
TIRSO RAFAEL CÓRDOBA.—Concha.....	81
El ángel de la inocencia.....	84
MANUEL M. FLORES.—Eva.....	88

El Parnaso Mexicano.

JOSE ROSAS MORENO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cpda. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

José Rosas



EL PARNASO MEXICANO.

JOSE ROSAS MORENO.

SU RETRATO Y BIOGRAFIA
CON EL JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS

Y
Poesias escogidas de varios autores

COLECCIONADAS

BAJO LA DIRECCION DEL SR.

Gral. D. Vicente Riva Palacio,

contando además con la bondadosa
colaboración de los Sres.

Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto, Manuel Peredo,
José M. Vigil, José M. Bandera,
Juan de D. Peza, Francisco Sosa, Joaquin Trejo,
Hilarión Frias y Soto

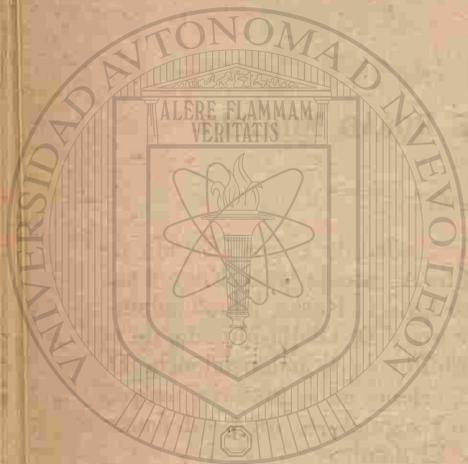
y otros de nuestros más eminentes literatos
de esta Capital y de los Estados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
LIBRERÍA LA ILUSTRACIÓN.
12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12.

México, 15 de Octubre de 1885.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, COAHUILA



JOSE ROSAS MORENO.

Nació en la ciudad de Lagos (Estado de Jalisco) el 14 de Agosto de 1838. Fueron sus padres D. José Ignacio Rosas, labrador honrado é inteligente, y D^a Olalla Moreno, de la familia del caudillo de la independencia D. Pedro Moreno, célebre en la historia, porque fué compañero y segundo de Mina, y defensor del fuerte de "El Sombrero."

Rosas pasó dulcemente en su ciudad natal los primeros seis años de su vida; después se trasladó á León (Estado de Guanajuato) con su familia.

En 1851 vino á México á perfeccionar su instrucción primaria, y después estudió latinidad en el colegio de San Gregorio, y en el de Minería, primer curso preparatorio. Vuelto á Guanajuato en 1854, perfeccionó su edu-

cación profesional, y en todas las materias (exceptuando las matemáticas) obtuvo los primeros premios.

Perseguido en tiempo de Miramón por sus opiniones políticas liberales, tuvo que abandonar el colegio y refugiarse en la Sierra de Santa Rosa. En Dolores fué capturado, y después de haber permanecido en Guanajuato preso algunos días, regresó á Lagos, donde fué nuevamente perseguido.

En 1866 volvió á León, y allí fué regidor del Ayuntamiento, en 1862, y después miembro de la Junta de Instrucción pública.

Al triunfo de la República, en 1867, Rosas salió electo diputado por León al Congreso general; pero graves cuidados de familia le impidieron desempeñar su alto encargo. En 1870 fué electo nuevamente diputado, y reelecto en 1872, y fué después diputado a la Legislatura de Guanajuato.

Rosas ha escrito mucho, y sus obras principales son "Hojas de Rosa," poesías (México, 1864). Fábulas.—Tienen prólogo de D. Ignacio M. Altamirano; merecieron una mención encomiástica de la Academia mexicana de ciencias y literatura, y han sido tan bien aceptadas, que se han hecho de ellas tres edicio-

nes. Algunas de esas fábulas han sido traducidas al inglés, una de ellas por William Cullen Bryant.—Nuevo libro 2º (16 ediciones).—La ciencia de la dicha (tres ediciones).—Libro de Oro de las niñas.—Ortología (3 ediciones).—Manual de Urbanidad.—"Un viajero de diez años."—"Excursiones por el cielo y por la tierra."—"Recreaciones infantiles" (dos ediciones).—"Nuevo amigo de los niños."—"Compendio de la Historia de México."—"Libro de la Infancia" (dos ediciones).

Fundó varios periódicos. En León *El Tío Canillitas*, la *Madre Celestina*, la *Discusión*, el *Hombre que ríe*, la *Educación* y el *Album Literario de León*.

En México: *Biblioteca de los Niños*, la *Edad Infantil* y los *Chiquitines*.

Ha escrito bastantes obras dramáticas, y de ellas conocemos las siguientes: «Flores y Espinas,» (drama en tres actos y en verso.) «Una mentira inocente,» (comedia, 2 actos.) «Nadie se muere de amor,» (comedia, 3 actos.)—«Un proyecto de divorcio,» (comedia, 1 acto.)—«Los parientes,» (comedia, 3 actos.) «El pan de cada día,» (comedia, tres actos.) «Sor Juana Inés de la Cruz,» (drama en tres actos.)

Entre sus comedias infantiles son muy no-

tables el "Año Nuevo," el "Premio de la Virtud," "Amor filial" y "Una lección de Geografía."

Dejó inéditas dos comedias: «La Mujer de César» y «Al rededor de la cuna.» Esta última es enteramente original, aunque en la forma desconocida hasta hoy por nuestro público; algo se asemeja á los pequeños dramas de Ernesto Legouvé.—Inédito está tambien su drama histórico-mexicano «El Bardo de Alcohuan.»

Rosas era miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, del Liceo Hidalgo, del Porvenir y de otras corporaciones de la capital y los Estados. El Presidente honorario de la Sociedad de Enseñanza popular de León, que sostiene más de diez escuelas gratuitas para artesanos.

Publicó un poema titulado "Recuerdos de la Infancia," para el cual escribimos un prólogo biográfico, de donde tomamos los datos que aquí nos han servido. Rosas, como poeta, es de una extraordinaria dulzura, y su estilo es tan correcto, que sin temor de equivocarnos, podemos asegurar que si tenemos en México clásicos, él es uno de ellos.

Por lo que hemos dicho, se verá que en to-

dos sus escritos trató de instruir y de moralizar á la juventud. Esta noble acción siempre habrá de agradecerle su patria, que le ve como á uno de sus hijos predilectos.

Rosas murió en Lagos, sin que le hubieran acompañado á su última morada sus amigos, á excepción de D. Justino Frade, que era el más íntimo de cuantos trataba. Debióse ésta, que podria á primera vista llamarse indiferencia social, á que nadie supo el fallecimiento del ilustre y egregio poeta, sino dos dias despues de que lo habían sepultado.

El nombre de Rosas es uno de los más brillantes que registran los anales de la literatura patria, y pasará á la posteridad coronado de laureles, y acompañado de los aplausos que se tributan al génio.

Rosas fué para el que estas líneas escribe, un hermano cariñoso y leal; permítasele, pues, que ofrezca á su memoria las siempre vivas del recuerdo, de la admiración, de la gratitud y del cariño.

JUAN DE DIOS PEZA.

AL DE BIBLIOTECAS

¡Quien pudiera vivir siempre soñando!

— — —
 Es la existencia un cielo
 Cuando el alma soñando embelesada
 Con amoroso anhelo,
 En los ángeles fija su mirada.
 ¡Feliz el alma que á la tierra olvida
 Para vivir gozando!
 ¡Quién pudiera olvidarse de la vida!
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

En esta estrecha y mísera morada
 Es un sueño engañoso la alegría;
 La gloria es humo y nada
 Y el más ardiente amor gloria de un día.
 Afán eterno al corazón destroza
 Cuando los sueños ¡ay! nos van dejando.
 Sólo el que sueña goza.
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

De su misión se olvidan las mujeres.
 Los hombres viven en perpétua guerra;
 No hay amistad, ni dicha, ni placeres;
 Todo es mentira ya sobre la tierra.
 Suspira el corazón inútilmente. . . .
 La existencia que voy atravesando
 Es hermosa entre sueños solamente.
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

Sin mirar el semblante á la tristeza
 Pasé de la niñez la dulce aurora,
 Contemplando entre sueños la belleza
 De ardiente juventud fascinadora.
 Pero ¡ay! se disipó mi sueño hermoso,
 Y desde entonces siempre estoy llorando
 Porque sólo el que sueña es venturoso.
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

LA JUVENTUD.

Juventud, juventud bajo tus alas,
 Busqué en mi único amor sombra y abrigo,
 Me negaste tus goces y tus galas.....
 Ingrata juventud, yo te maldigo.

Francisco Gonzalez Bocanegra.

¡Cuán rápidos pasaron
 Los dulces años de la infancia mía,
 Esos años de paz y de alegría
 Que tanto acariciaron
 Al corazón que sin afán dormía!
 Pasaron como el viento,
 Cual pasa siempre la ilusión querida,
 Como pasan la dicha y el contento.
 Tendió sus alas la tormenta oscura,
 La calma se alejó despavorida
 Y vinieron las horas de amargura:
 ¡Ay, cuán presto se acaba la ventura!
 ¡Como pasan los años de la vida!

Quién me diera el encanto misterioso
 De aquellas ilusiones seductoras
 Tan sentidas después y tan lloradas.
 ¡Quién pudiera volverme aquellas horas,
 Aquellas horas por mi mal pasadas!
 ¡Ay! entonces cruzaba la existencia,
 Tranquilo y descuidado,
 En medio de la paz y la inocencia.
 Sin esta indecisión que me acobarda,
 Encantado por dulces embelesos,
 De mi ángel bueno en los amantes brazos
 Y al blando són de los maternos besos.
 Pero ha pasado la niñez hermosa,
 Y hoy devoro tormentos á millares:
 Hoy el capricho del falaz destino
 Me aparta á mi pesar de mis hogares,
 Y al impulso del ráudo torbellino,
 Entre los mares del dolor me pierdo;
 Pues del placer pasado y la alegría
 Le queda al corazón sólo el recuerdo,
 ¡Ultimo aroma de la flor de un día!
 Pasó la edad de la inocencia pura,
 Y tú veniste, juventud galana,
 Radiante de placer y de hermosura
 Como una flor en su primer mañana.
 Tú veniste, cuál sueño de ventura,

Ansiando amor y derramando amores,
 Húmedos de pasión los lábios rojos,
 La sién ceñida de fragantes flores,
 Y el fulgor del relámpago en los ojos.

Yo miré tu belleza, cariñoso,
 Te fuí á buscar en mi delirio ciego,
 Y entre tus brazos me arrojé gozoso
 Cual inocente niño
 Que corre á asir el devorante fuego.
 Entre tus flores ¡ay! tú me trajiste
 La ilusión que la calma me arrebató,
 La hermosa virgen por quien vivo triste,
 La virgen ¡ay! que por mi mal existe,
 Por mi mal, tan hermosa y tan ingrata.

Al contemplar su espléndida belleza,
 Paraíso de amor y de ventura
 Me pareció la vida,
 Y en mi amoroso anhelo,
 Sin recordar que al fin todo se olvida,
 Juzgué que en el amor se hallaba el cielo.
 Corriendo en pos de la ilusión funesta
 Deslumbrado busqué la bienandanza,
 Y he sabido las lágrimas que cuesta
 El delirio de amar sin esperanza.

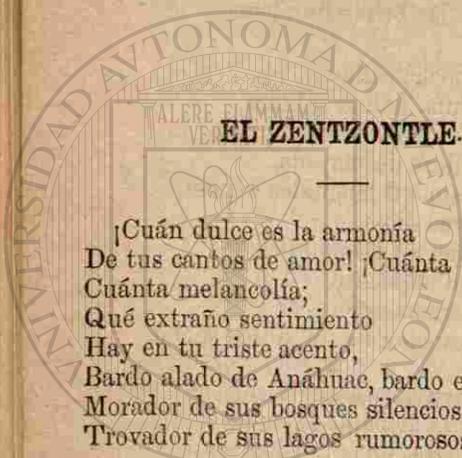
¿Por qué veniste á desgarrar mi pecho

Y con tus llamas á abrasar mi frente,
 Aciaga juventud. ¿Por qué veniste
 Si en vez de la ilusión que me ofreciste,
 De los goces y dulces alegrías
 Que me brindaste con falaz halago,
 Me diste sólo, de mi amor en pago,
 Noches amargas y funestos días?

Huye de mí con tus encantos pérfidos;
 Ya no pretendas fascinar el alma
 Con la luz de tus mágicos colores:
 Vuelve á mi pecho la perdida calma,
 No quiero ya tus engañosas flores.

No quiero ya tu torbellino eterno,
 Porque hoy su horrible agitación me mata;
 Sólo anhelo la dicha de la muerte;
 No quiero verte, juventud ingrata,
 Ya más no quiero en mi presencia verte.

En otro tiempo ambicioné tu abrigo,
 Te fuí á buscar y te tendí la mano:
 Hoy que ya con tu fiebre me fatigo,
 Que busco paz y que la busco en vano,
Ingrata juventud, yo te maldigo.


 EL ZENTZONTLE.

¡Cuán dulce es la armonía
De tus cantos de amor! ¡Cuánta ternura,
Cuánta melancolía;
Qué extraño sentimiento
Hay en tu triste acento,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos!

Cuando su luz brillante
Vierte la primavera en los jardines,
Tiendes al viento tú las pardas alas,
Cruzas el valle umbrío,
Y alegres himnos amoroso exhalas,
Entre los saúces del tranquilo río.

En el ardiente Estío,
Cuando el sol en el cielo apenas arde,

El himno de la tarde
Cantas en las praderas,
Al rumor de las brisas lisonjeras.

Y en la noche callada,
Cuando la luna pálida fulgura,
Como virgen que vela enamorada,
Y la naturaleza desmayada
En grata, inmóvil languidez reposa,
Y la nocturna diosa
Vierte doquier su plácido beleño
En el sereno ambiente,
Suspiras tiernamente
La tímida canción de un dulce sueño.

En esas tristes horas
Tu cadenciosa voz llega al oído,
El silencio turbando,
Como el eco fugaz de un bien perdido;
Como el vago gemido
De un alma ardiente que en ardiente anhelo
La tierra va cruzando,
Solitaria y doliente suspirando,
Sin cesar suspirando por el cielo.

Al levantarse un día
Entre las olas de la mar hirvientes

La adorada y hermosa patria mía,
 Quiso amoroso Dios que independientes
 Los sinsontes su atmósfera cruzáran
 A la luz de sus ástros refulgentes;
 Que allí su dulce amor tiernos buscáran,
 Y orgullosos volando en las alturas,
 Su juventud espléndida cantáran
 En la selva, en el monte, en las llanuras.

Tus hermanos, de entonces rando vuelo
 Cruzan su hermoso suelo,
 Sus soberbias montañas, sus vergeles,
 Sus floridos y extensos limonares,
 Sus magníficos bosques de laureles;
 Y suspiran dulcísimos cantares
 Impregnados de amor y sentimiento,
 Y el ambiente respiran de sus mares,
 Y orgullosos se mecen en el viento
 Que sacude sus anchos platanares.

Quando altiva otro tiempo y vencedora
 La reina de Occidente,
 Orando jaspes de vistosas plumas
 Alzaba al cielo la serena frente,
 Y Axayacatl valiente,
 Humillando á sus piés á las naciones
 Sus gloriosas conquistas extendía,

Y doquier la victoria sonreía
 A la sombra feliz de sus pendones,
 En la risueña márgen de los lagos,
 Los sinsontes, con notas celestiales,
 Del guerrero imitaban la querélla,
 El discordo vibrar de los timbales,
 La enamorada voz de la doncella,
 Y el clamor de los himnos nacionales.
 Otras veces, volando en la espesura,
 De la fuente imitaban los rumores,
 El lamento del mirlo entre las flores.
 La querelosa voz de la paloma,
 De hondos suspiros llena,
 Del tardo buey el trémulo bramido,
 Y el hórrido silbido
 Del reptil que se arrastra entre la arena.

Así cual del Anáhuac contemplando
 La majestad divina
 Que un sol de fuego espléndido ilumina
 Mústia y triste la Europa nos parece;
 Y su antigua hermosura palidece;
 Así cuando el sinsonte enamorado,
 Feliz se oculta en el risueño prado
 Y canta entre las palmas y las flores,
 Deben enmudecer los ruseñores.

Tú, inimitable artista,
 En mil revueltos giros
 Volando caprichoso,
 Imitas cadencioso
 Ecos, cantos murmullos y suspiros.
 Siempre hallas una voz y una armonía
 Para expresar tu duelo,
 Y traduces en tierna melodía
 Del amor el dulcísimo consuelo
 Y el ardiente placer de la alegría.
 Tienes siempre al mecerte por el viento,
 Para todos los goces un acento;
 A todo prestas inefable encanto,
 Y ora el dolor te agite, ora el contento,
 No hay dicha, no hay afán, no hay sentimiento
 Que tú no expreses con tu tierno canto.

¡Cual conmueve tu voz el alma mía!
 ¡Bendita la armonía
 De tu suspiro amante,
 Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
 Morador de sus bosques silenciosos,
 Trovador de sus lagos rumorosos.

¡Plegue al piadoso cielo
 Que en estrecha prisión nunca suspires
 Triste canción de duelo,

Que en orgulloso vuelo
 Cruzando las inmensas cordilleras,
 A nuestra patria mires
 Bendita por la historia;
 Y que repitas siempre en tus cantares
 El himno de su gloria,
 Al gemir de los anchos platanares
 Y al rumor de las olas de sus mares.

LA VUELTA A LA ALDEA.

Ya el sol oculta su radiosa frente;
Melancólico brilla en Occidente
Su tímido esplendor;
Ya en las selvas la noche inquieta vaga
Y entre las brisas, lánguido se apaga
El último cantar del ruiseñor.

¡Cuánto gozo escuchando embelesado
Ese tímido acento apasionado

Que en mi niñez oí
Al ver de léjos la arboleda umbrosa,
¡Cuál recuerdo, en la tarde silenciosa,
La dicha que perdí!

Aquí al son de las aguas bullidoras,
De mi dulce niñez las dulces horas
Dichoso ví pasar,

Y aquí mil veces al morir el día,
Vine amante después en mi alegría
Dulces sueños de amor á recordar.

Ese sáuce, esa fuente, esa enramada,
De una efímera gloria ya eclipsada
Mudos testigos són:
Cada árbol, cada flor, guarda una historia
De amores y placer, cuya memoria
Entristece y halaga al corazón.

Aquí está la montaña, allí está el río;
A mi vista se extiende el bosque umbrío
Donde mi dicha fué.
¡Cuántas veces aquí con mis pesares,
Viene á exhalar de amor tristes cantares!
¡Cuánto de amor lloré!

Acá la calle solitaria; en ella
De mi paso en los céspedes la huella
El tiempo ya borró.

Allá la casa donde entrar solía,
De mi padre en la dulce compañía.
¡Y hoy entro en su recinto sólo yo!

Desde esa fuente, por la vez primera,
Una hermosa mañana, la ribera
A Laura ví cruzar;

Y de aquella arboleda en la espesura,
Una tarde de Mayo, con ternura
Una pálida flor me dió al pasar.

Todo era entonces para mí risueño;
Mas la dicha en la vida, es sólo un sueño,
Y un sueño sué mi amor.
Cual eclipsa una nube al rey del día,
La desgracia eclipsó la dicha mía
En su primer fulgor.

Desatóse estruendoso el torbellino
Y al fin airado me arrojó el destino
De mi natal ciudad.
Así cuando es feliz entre sus flores,
¡Ay! del nido en que canta sus amores
Arroja al ruiseñor la tempestad.

Errante y sin amor siempre he vivido;
Siempre errante en las sombras del olvido...
¡Cuán desgraciado soy!
Mas la suerte conmigo es hoy piadosa,
Ha escuchado mi queja, cariñosa,
Y aquí otra vez estoy.

Ni sé, ni espero, ni ambiciono nada,
Triste suspirá el alma destrozada,
Sus ilusiones ya;

Mañana alumbrará la selva umbría
La luz del nuevo sol, y la alegría
¡Jamás al corazón alumbrará!

Cual hoy, la tarde en que partí doliente,
Triste el sol derramaba en Occidente
Su moribunda luz:
Suspiraba la brisa en la laguna,
Y alumbraban los rayos de la luna
La solitaria cruz.

Tranquilo el río reflejaba el cielo,
Y una nube pasaba en blando vuelo,
Cual pasa la ilusión;
Cantaba el labrador en su cabaña,
Y el eco repetía en la montaña,
La misteriosa voz de la oración.

Aquí está la montaña, allí está el río...
¿Más donde está mi fé, dónde, Dios mio,
Dónde mi amor está?
Volvieron al verjel brisas y flores,
Volvieron otra vez los ruiseñores...
Mi amor no volverá.

¿De qué me sirven, en mi amargo duelo,
De los bosques los lirios, y del cielo
El mágico arrebol,

El rumor de los céfiros suaves,
Y el armonioso canto de las aves,
Si ha muerto ya de mi esperanza el sol?

Del arroyo en las márgenes umbrías,
No miro ahora como en otros días,

A Laura sonreír.

¡Ay! en vano la busco, en vano lloro,
Ardiente en vano su piedad imploro;

Jamás ha de venir...!

RECUERDOS DE LA INFANCIA

FRAGMENTOS.

Junto á las puertas del cielo,
Vive el hombre soñador
Llorando en perpétuo anhelo,
Que la historia del amor
Es historia del dolor,
Junto á las puertas del cielo.

Bendita por el amor
Miro una humilde casita
Entre naranjos en flor,
Y una pobreza bendita,
Bendita por el amor.

Es la palabra del cielo
Necesaria, no os asombre,

Para expresar este anhelo;
¡Madre! ¡madre! Este es el nombre,
Es la palabra del cielo.

La corriente de la vida
Va por el viento impelida
Como las rápidas olas,
Me dijo mi madre á solas
Con inefable cariño,
Porque yo, cándido niño,
En lucha no interrumpida
Quise el agua contener . . .
¡Quién pudiera detener
La corriente de la vida!

Van volando todavía
En mi memoria las flores,
Que yo deshojara un día,
Y las hojas de colores
De la flor de mis amores
Van volando todavía.

Es el pájaro que canta,
Dije una vez, madre mía,
Un tesoro de armonía;
Y fué mi ventura tanta
Que mucho hablaba y reía
Y exclamó mi madre inquieta:

“Tú pareces un poeta,”
—¿Y qué es eso, madre santa?
Ella besóme llorando,
Y me dijo suspirando:
—Es el pájaro que canta.

Las estrellitas del cielo
Miraba con dulce anhelo,
Y mi madre sonreía:
En el plácido arroyuelo
Retratadas las veía,
Y mi madre me decía:
También ¡oh niño! en el suelo,
Como el agua trasparente,
Refleja el alma inocente
Las estrellitas del cielo.

¡Cuán amarga es esta vida!
Triunfa do quiera el rencor
Y todo pasa y se olvida.
Es breve sueño el amor
Y sólo es cierto el dolor.
¡Cuán amarga es ésta vida!



DIOS.

—
 TRADUCCION LIBRE DE LAMARTINE.

Este astro universal que nunca muere;
 Que no tiene ni término ni aurora,
 Es Dios, el Grande Sér, el Sér Inmenso
 Que á sí mismo sin fin siempre se adora.
 Él existe, y en Él existe todo:
 La inmensidad, el tiempo,
 De su Sér infinito
 Los elementos son, y es el espacio
 Su espléndida morada.
 La eternidad, apenas
 Pálida sombra de su edad sería;
 Su imagen es el mundo
 Y sus miradas son la luz del día.
 El Universo existe

Bajo la dulce sombra de su mano;
 Y el sér en tanto en eternas olas
 Sin cesar de su seno está brotando:
 Y cual inmenso río
 Que esta fuente magnífica nutriera,
 Corre y vuelve á morir donde naciera.
 Sin límites como Él, sus grandes obras
 Bendicen al nacer su Providencia;
 Él puebla el infinito con su aliento;
 Brota el sér á su solo pensamiento
 Y produce, existiendo, la existencia.
 De Él emana en la tierra cuanto existe;
 Y es siempre sin cesar, en todas partes
 Su sola voluntad la ley suprema,
 Pero esta voluntad no es débil nunca,
 Y es á la vez Poder, Sabiduría;
 Justicia y Armonía.
 Él puede dominar de una mirada
 Cuanto existe en los mares y en los cielos,
 Y astros formar y soles de la nada.
 Él puede derramar por donde quiera
 Belleza y juventud, dicha y amores,
 Y al prodigar sus dones celestiales,
 Puede hacer de los míseros insectos
 Los poderosos dioses inmortales;
 Pero estos dioses que su mano cría
 Compararse con Él nunca pudieran,

Y sin Él estos dioses no existieran.
 Mirad, mirad al Dios que el alma adora,
 Al que Abraham acataba reverente;
 Al que en sueños Pitágoras veía;
 Al que anunciaba Sócrates ardiente,
 Y al que Platón soñando presentía.
 Este Dios que revela el Universo;
 Que la justicia en su inquietud buscaba;
 Que en su dolor profundo
 El infortunio mísero esperaba,
 Y que el Cristo por fin mostrara al mundo,
 No es el Dios que los hombres fabricaron,
 No es el Dios de los falsos sacerdotes
 Frágil y torpe hechura;
 No es el Dios del error y la impostura
 Que en otros siglos adoraba el hombre.
 Él es solo, Él es justo y Él es bueno:
 El mundo está de sus bondades lleno,
 Y el cielo sabe su Divino nombre.
 Dichoso aquel que á conocerle alcanza,
 Y más dichoso aún el que le adora,
 Pues en tanto que el mundo que le ofende
 Su Majestad ignora,
 Solitario á la luz de las estrellas
 Al templo va donde la fé le guía,
 Y allí de amor y gratitud ardiendo
 Como el incienso al cielo su alma envía.

Para elevarse á Dios los corazones
 Necesitan virtud y fortaleza
 Y que les dé el amor sus dulces alas.
 ¡Ah! si al menos hubiera yo nacido
 En la feliz edad en que los hombres
 Al comenzar del mundo la existencia
 Se acercaban á Dios á cada instante,
 Se acercaban á Dios por la inocencia,
 Y con Él conversando cara á cara
 Gozaban sin cesar de su presencia!
 ¡Que no hubiera yo visto el universo
 Cuando el sol lo alumbró la luz primera!
 ¡Que no hubiera escuchado al primer hombre
 Al despertar gozoso
 De su primer ensueño venturoso!
 Todo de tí le hablaba,
 Tú le hablabas de tí, y el orbe entero
 Tu Majestad suprema respiraba.
 Al salir de tus manos la natura
 Publicaba tu nombre en todas partes,
 Y si el hombre el pasado contemplaba,
 En el pasado á tí solo veía,
 Y si á su Padre en su aflicción llamaba,
 Tu cariñosa voz le respondía.
 Como á inocente niño
 Le enseñabas tu Nombre Soberano,
 Y en él cifrando tu mayor cariño,
 Por doquier lo llevaste de la mano.

Tu Magestad augusta muchas veces
 A sus ojos atónitos mostraste,
 De Sannar en el valle delicioso
 Y en la alta cumbre del Oreb glorioso,
 Do al gefe de Israel tu ley dictaste.
 Los hijos de Jacob tus hijos fueron,
 Y en muchos años en su triste senda
 El maná de tu mano recibieron.
 Al dar tu inspiración á los profetas,
 Con tu fuego su espíritu alumbrabas,
 Y con la eterna luz de los prodigios
 El error y la duda disipabas.
 Si acaso alguna vez de su memoria
 Tu imagen inmortal borrar querian,
 Presurosos tus ángeles venian
 A mostrarles los rayos de tu gloria.
 Pero ¡ay! así como se pierde el río
 Que se vá de sus fuentes alejando,
 Este recuerdo al fin se va borrando.
 Llegó á palidecer el astro hermoso
 Y eclipsó sus espléndidos fulgores
 La pavorosa noche de los tiempos.
 Cuando de hablar dejaste,
 Dios hombres te olvidaron,
 Y conmovió sus almas otro anhelo,
 Y entre el mundo y el cielo
 De la duda al abismo colocaron.
 Envejecido el mundo

Se olvidó de tu gloria y de tu nombre,
 Y para hallar tu huella
 Es preciso volver ola por ola
 A los primeros dias de los tiempos.
 Cielos, astros, feraz naturaleza,
 ¡Ay! én vano os bendigo y os contemplo,
 Y en vano el hombre ós mira,
 Porque sin ver á Dios admira el templo.
 En vano sigue en el inmenso cielo
 De mil soles el curso misterioso,
 Pues no mira la mano que los guía,
 Y el prodigio dejó de ser prodigio.
 ¿Quién sabe do comienzan
 Su senda gloriosa?
 Mañana brillarán como hoy brillaron.
 ¿Quién sabe si esta antorcha
 Que fecundiza el suelo,
 Sin principio ha existido, ó si hubo un día
 Que por primera vez brilló en el cielo!
 De su primera aurora nuestros padres
 Nunca los rayos vieron,
 Y en los dias eternos
 No ha brillado jamás el primer día,
 Y hoy en vano, Señor, tu Providencia
 En el mundo moral, en grandes cambios
 Sin cesar nos revela tu presencia,
 Y es en vano, Señor, que á un soplo tuyo
 Se mire en un instante

El cetro y el poder de los humanos,
 De unas manos pasando en otras manos.
 Ya están, Señor, cansados nuestros ojos
 De mirar el vaivén de la fortuna;
 Y entre tantas catástrofes terribles,
 Dormimos ¡ay! sin emoción alguna.
 Despiértanos, Gran Dios, trasforma el mundo,
 Haz oír tu palabra poderosa,
 Levántate, Señor, deja el reposo,
 Y forma de este caos otro universo.
 Nuestros mortales ojos fatigados
 Necesitan mirar otros objetos,
 Y han menester milagros y prodigios
 Nuestras débiles almas vacilantes.
 Cambia, Señor, el orden de los cielos,
 Y haz brotar otro sol á nuestra vista:
 Destruye este palacio
 Que tan indigno ha sido de tu gloria;
 Ven Tú mismo á mostrarnos tu grandeza,
 Y haznos creer en Tí, Dios de los cielos.....
 Mas quién sabe, Señor, si ántes del día
 Que deje el sol de iluminar la tierra,
 La luz del sol moral, oscurecida,
 Dejará de alumbrar el pensamiento!
 Si esto sucede al fin, en un momento
 El Universo volverá á la nada,
 Tú destruirás, Señor, tu inútil obra;
 Sus destrozos de edades en edades

Volarán sin cesar en el vacío,
 Y excluirás entonces: "Solo existo,
 Nada existe sin mí, y en vano el mundo
 Mi Majestad Angusta negar quiere;
 Cesando de creer, el hombre muere."



A LA MEMORIA

[DE LA EMINENTE POETISA
AMERICANA

Dofia Gertrudis Gomez de Avellaneda.

No entre luto y afán y sentimiento
Viene á evocar mi lábio la memoria
De la insigne poetisa americana;
No con doliente acento
Lamentaré su suerte;
Al recuerdo sublime de su historia
Vengo á entonar el himno de la gloria,
No el funerario canto de la muerte.

La oscuridad horrible de la tumba,
Su eterna oscuridad, en fulguroso
Esplendor para el génio se convierte,
Que en el triste sepulcro silencioso
Nunca se apaga el génio poderoso:

Cuando herido del rayo el polvo inerte
Con el soplo del viento se deshace,
Altivo á lo inmortal el génio nace;
La tempestad domina,
Y en la región divina
Audaz entre los siglos se abre paso;
El implacable tiempo no le hiere,
Porque el génio inmortal, sol sin ocaso,
Imagen es de Dios y nunca muere.

La mágica cantora,
A cuya voz la España
En un tiempo postróse conmovida;
Vé al fin la luz de su primera aurora . . .
¡La muerte está vencida!

¡Honor al génio, honor! Lauros hermosos
Borren la huella que dejó su planta
En los abrojos de la tierra impura;
Cantad al génio que mi lábio canta,
Que entre las sombras de la tumba oscura
El astro de su gloria se levanta.

En los valles de América, al arrullo
De sus brisas de amor, entre sus selvas,
Vió de la dulce infancia
Los primeros y plácidos fulgores.
Y al contemplan la espléndida belleza

De esa región de génios y de flores,
 Al respirar su aliento
 Sintió la inspiración de su grandeza,
 Sintió su pensamiento
 Más inmenso que el mundo y que los mares,
 Cantó lo bello con placer profundo
 Y estremeciése el mundo
 Al sonoro rumor de sus cantares.

No era su voz el lánguido suspiro
 Eco tierno de tímidos amores
 Que la débil mujer llorando exhala;
 Era el grito del águila potente
 Que altiva el monte escala,
 Que por el cielo sube,
 Que ve la tempestad, indiferente,
 Y que se mece audaz sobre la nube,
 Al sol clayando su mirada ardiente.
 El rugido estruendoso del torrente
 Pintaba en su divina poesia,
 Y los tumbos del mar en la bahía;
 Y hasta en las dulces calmas,
 Hasta en el lento, compasado y grave
 Murmullo de la brisa entre las palmas,
 Hasta en el tierno suspirar del ave,
 La grandeza sentía,
 Y en inmortales notas
 Sus propios sentimientos traducía.

No del hogar tranquilo
 La inocencia cantó ni la ventura
 Ni el inmenso placer de su ternura,
 Sino el turbión bravío,
 Al horrisono trueno
 Que lanza la tormenta de su seno.
 Su mente voladora
 Feliz en los abismos se mecía;
 Cruzaba valles, montes,
 Ansiaba ardiente luz abrasadora,
 Extensos horizontes,
 Espacio en que ostentarse vencedora.
 Por santa inspiración arrebatada
 Volaba su alma inquieta;
 Nunca tornó á la tierra su mirada
 Porque no era mujer, era poeta.

Al mirar la miseria del presente
 Su corazón sintióse destrozado,
 Y entonces en su afán noble y ardiente,
 Con la mágia del génio Omnipotente,
 Evocó los recuerdos del pasado.
 Al eco de su voz, sobre la escena
 Apareció la altiva Babilonia
 De orgullo y gloria y de placeres llena;
 Envueltos en la púrpura Sidonia
 Se vieron los magnates,
 Contemplando en los mágicos jardines

La pintoresca márgen del Eufrates;
 Y al alegre rumor de los festines,
 A la luz de la luna blanca y fría,
 En silencioso giro,
 El impaciente ejército de Ciro,
 Cual serpiente de acero se extendía.

A la voz del poeta, el rey impuro
 Reveló sus dolores infinitos,
 Y vaciló su paso mal seguro,
 Y trémulo exhaló dolientes gritos
 Al contemplar escritos
 Los misteriosos signos en el muro. . . .

Mas viendo la cantora
 Que solo afán y duelo
 El triste mundo encierra,
 Dió á su mente las álas de su anhelo
 Y alzóse de la tierra,
 La luz buscando y el placer del cielo.
 Cuando por santo afecto arrebatada,
 Canta á la Cruz sagrada,
 No hay amor más inmenso y más profundo
 Que más el corazón nos electrice;
 Cuando canta á la Cruz despierta el mundo,
 Y ardiendo con su fé, su fé bendice.
 No es la mujer llorosa

Que temblando se postra y conmovida,
 Consuelo demandando
 En oración humilde y lastimosa;
 Es la guerrera audaz, la audaz amante
 Que revela el valor de su alma altiva
 En su mirar de fuego centellante;
 Que por su fé combate valerosa,
 Que diera en holocausto su existencia,
 Que con su fé se siente poderosa
 Para inspirar al mundo su creencia,
 Que feliz y gozando con su gloria
 Abraza de su fé la insignia santa,
 Y altiva entre sus manos la levanta
 Para entonar un himno de victoria.

¡Honor al génio, honor! Si en tierra extraña
 La tumba de la mágica cantora
 Sin guirnaldas se mira en triste olvido,
 Si la agitada España,
 Entre luchas sangrientas y rencoras,
 No le ofrece sus lauros y sus flores,
 Hoy el triunfo del génio diviniza
 La patria de Alarcón y Gorostiza.
 Nosotros veneramos su memoria,
 Y ni lauros ni amor han de faltarla:
 Nos sobra corazón para admitirla,
 Y laureles también para su gloria.

México, Junio 30 de 1873.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 VALERE FLAMMAN
 VERITATIS
PROFESION DE FE.

A LAURA.

La amable carta miré
 Que escribió tu mano bella;
 Su objeto explicar no sé,
 Y mucho me extraña á fé
 Lo que me dices en ella.

Niña, en los buenos salones
 La política dá sueño;
 Y no alcanzo las razones
 Por qué tienes tal empeño
 En saber mis opiniones.

Verde, blanca ó encarnada,
 Siempre el alma enamorada
 Rinde tributo al amor,

Y no modifica en nada
 Al sentimiento el color.

No importa á tu paz, bien mío,
 Saber si en Juárez confío;
 Que cariñoso y clemente
 Bendice Dios igualmente
 Al cristiano y al judío.

El color no importa cosa:
 Rojos te puedo mostrar
 Con sucesion venturosa,
 Dilatada y numerosa
 Como la arena del mar.

Para decir con delicia
 Algún requiebro oportuno;
 Para hacer una caricia,
 No es necesario en justicia
 Tener partido ninguno.

Aristócrata ó pechero,
 Reformista decidido
 O agente léco del clero,
 Tirio ó troyano, te quiero
 Como nadie te ha querido.

Firme y constante en amar,
 Sabré siempre conservar
 El cariño que nos liga,
 Y es inútil que te diga
 Mi manera de pensar.

Quiero, empero, complacerte:
 Que siempre mi anhelo fué
 Contenta en todo tenerte:
 Pues lo quieres, voy á hacerte
 Una profesion de fé.

Desde el día en que te ví
 Palpitó mi corazón
 Y por dueño te elegí;
 Ya ves que ha tiempo ejercí
 El derecho de elección.

Tú eres mi única alegría,
 Tú eres mi rey, alma mía,
 Mi corazón es tu imperio,
 Y amante, y rendido, y sério,
 Proclamo la monarquía.

Con el influjo que tiene,
 Protegiendo nuestra unión,
 Tu hermana ¡oh niña! interviene:
 La intervención me conviene,
 Acepto la intervención.

Cierto francés relojero
 Se interesa á tu dinero;
 Pero he de acabar con él:
Guerra, guerra sin cuartel
Al enemigo extranjero.

Fiero tu padre y tirano,
 Quiere con mala intencion
 A otro dar tu linda mano;
 Pero yo, buen ciudadano,
Seré de la oposición.

Por la risa desprendida
 De tus labios de coral,
 Por tu amor, prenda querida,
 El alma te doy, la vida;
Ya ves que soy liberal.

Quiero tu amor para mí
 Con amante despotismo,
 Que alma y corazón te dí,
 Y tratándose de tí,
Adoro el absolutismo.

Cuando dichoso á tu vista
 Vá haciendo mi amor progresos
 Y algún abrazo conquista,
 Conquistar quiero mil besos,
Ya ves que soy progresista.

Y pues ardiente te llamo
Y no me puedes oír,
Puesto que ausente te amo,
Para escribirte reclamo
La libertad de escribir.

Buseo en tus brazos abrigo
Y en tus ojos ilusión,
Y para unirme contigo,
Tiempo proclamo y bendigo
El derecho de reunión.

Si al fin mi solicitud
Pagas, mi bien, con un sí,
Y me vuelves la quietud,
Tendrás un esclavo en mí:
Proclamo la esclavitud.

Con un cariño sincero
Que contribuyas espero
A hacer mis dichas perfectas;
Y advierte ¡oh Laura! que quiero
Contribuciones directas.

Y si en tierna intimidad,
Y á mí en sociedad unida
Me consagras tu amistad,
Yo consagraré mi vida
Al bien de la sociedad.

Para imprimir en tu frente,
Do miro el amor lucir,
Un beso dulce y ardiente,
Proclamo constantemente
La libertad de imprimir.

Yo amo la paz en la tierra,
Y si tu alma, como es justo,
Amor por mi amor encierra,
Firmaré con mucho gusto
La abolición de la guerra.

Siempre á mi lado tenerte
Son mis únicos deseos;
Y pues me muero sin verte,
Me pronuncio sin rodeos
Contra la pena de muerte.

Soy tan franco, dueño mío,
Como tu amor exigió;
Mis opiniones te envío,
Y espero amante y confío
Que pensarás como yo.

EN EL ALBUM
DE MI HERMANA.

—
INÉDITOS.

I.

Es el vivir cadena de aficciones,
Su primer eslabón está en la cuna
Y quiere Dios que en el sepulcro se una
El último de tantos eslabones.

La adolescencia es germen de pasiones,
La orgullosa razón noche sin luna,
Mentiras son la gloria y la fortuna,
La juventud es tumba de ilusiones.

La humanidad entera llanto vierte,
Prófuga la verdad yace escondida,
La tierra es reino de la ciega suerte.

Mas nos dice una voz desconocida,
Que si la vida es cuna de la muerte,
Es la muerte la cuna de la vida.

II.

Son en la vida estéril y sombría,
Placeres, amistad, gloria y talento,
Ilusiones que pasan como el viento
Pues todo es ilusión, hermana mía.

Ilusión engañosa es la alegría,
Ilusión de un instante el sentimiento,
Y el amor, y la dicha, y el contento,
Ilusiones también, gloria de un día.

El corazón del hombre donde quiera,
Siempre aspira á la dulce bienandanza
Y aunque perdida esté, siempre la espera;

Que del inquieto tiempo en la mudanza
La dicha es siempre la ilusión primera,
Y la última ilusión es la esperanza.

León, 1863.



LA PRIMAVERA.

¡Cuánta luz, cuántos colores
Derrama el naciente día!
La estación de los amores
Llena el aire de armonía,
Llena los campos de flores.

Con inefable dulzura
Gime el zéfiro volando
Por la escondida espesura,
Y las aves suspirando
Le responden con ternura.

Al través del bosque umbrío
Pasan las ondas del Río
Que las auras estremecen,
Y los alamos se mecen
Abrumados de rocío.

Vuelan y cantan las aves,
Y entre la selva la fuente
Se desliza mansamente,
Suspirando ecos sùaves
Que le responde el torrente.

Pasando de rosa en rosa,
Entre el trémulo follaje,
Se agita la mariposa,
Ostentando vanidosa
Las galas de su ropaje.

Palomas y ruiseñores,
Fuentes, árboles y viento,
Todos se dicen amores,
Los céfiros y las flores,
Las flores y el firmamento.

En los últimos confines
Que limita el horizonte,
Hay vergeles y jardines,
Y hasta en la cumbre del monte
Crecen blancos los jazmines.
Todo á los ojos encanta;
Todo es espléndido, hermoso,
Todo goza, todo canta;
Pero ¡ay! entre dicha tanta
Sólo yo no soy dichoso.

Todo se agita gozando
 Con sonrisa placentera
 Y está de amor suspirando,
 Sólo yo vivo llorando
 En la dulce primavera.

Sus encantos seductores
 No mitigan mis dolores,
 Y me son indiferentes,
 Los árboles y las flores
 Los céfiros y las fuentes.

Con su mágica belleza
 La feraz naturaleza
 Mis sufrimientos no calma.
 Siento en el fondo del alma
 La opresión de la tristeza.

En vano entre mil fulgores
 Viene de flores ceñida
 La estación de los amores,
 Pues no trae entre sus flores
 Ni una flor para mi vida.
 Ya nada me halaga, nada;
 Me hace sufrir cuanto existe,
 Porque tiendo la mirada
 Y todo lo encuentro triste
 Como la dicha pasada.

Sin amor, sin ilusión,
 Y en eterna agitación
 Camino trémulo, incierto.
 Mi existencia es un desierto
 Ya no tengo corazón.

Ese viento, esa armonía,
 Esas flores que se mecen,
 Esa sonrisa del día
 Con su luz, con su alegría
 Mi corazón entristecen.

¡Ay del que llora pérdida
 Lleno de afán y dolor,
 Su esperanza más querida!
 ¡Ay del que pasa la vida
 Sin esperanza de amor!

No hay dolor que no me hiera;
 Muy desdichado nací;
 Nada el corazón espera;
 Para mí no hay primavera,
 No hay ventura para mí.

NAPOLEON.

SONETO.

(IMITACION DE UN ANTIGUO.)

«Yo el poder de los reyes aniquilo;»
Bonaparte exclamaba: «me admiraron
Con asombro los pueblos, y temblaron,
Y al áureo sôlio me elevé tranquilo.»

«De sus augustos reyes el asilo
Profanar los egipcios me miraron,
Y vencidos huyendo, ensangrentaron
Las turbias olas del revuelto Nilo.»

«Yo al régio carro encadené la suerte,
Y es ya mi nombre de victoria emblema:
¿Quién grande fué cual yo, quién fué más fuerte?»

«¿Quién hay que humilde mi poder no tema?»
—«Yo»—le dijo tocándolo la muerte,
Y arrojó sobre el polvo su diadema.

CLEMENTE CANTARELL.

Deliquios de amor.

A * * *

No en vano de tus ojos
La lumbre abrasadora
En lo íntimo del alma
Sus rayos reflejó;
No en vano de tus labios
La risa seductora
Al escuchar mis quejas
Mi amor acarició.
En el revuelto giro
De voluptuosa danza,
En ese mundo etéreo
De dichas y placer,
Bebí de tus encantos
La mágica esperanza

Que aquí dentro del pecho
Por siempre guardaré.

Senti de tus cabellos
La nube vaporosa,

Flotar sobre mi frente
Marchita de pesar;

Miré tu faz divina
Sonriente y ruborosa

Y ví de tu cintura
La gracia sin igual.

¿Recuerdas? de tu seno
Convulso y palpitante,

Robaba los latidos
Mi herido corazón;

La dicha de poseerte
Turbaba mi semblante,

La pena de perderte
Turbaba mi razón.

Y así como del lago
Que sus corrientes riza,

A impulsos del aliento
De víspero gentil,

De tu divina boca
La plácida sonrisa,

Brotaba ardiente y pura
Tan solo para mí.

Entonces mi cerebro
De amor magnetizado,

Latía comprimido
De fúnebre temblor;

Mi aliento respiraba
Tu aroma delicado,

Mi brazo acariciaba
Tu cuerpo encantador....

¿Por qué si solo vivo
Mirándome en tus ojos

Llevado de ese lóco
Y ardiente frenesí,

Mis penas y mis lágrimas
Provocan tus enojos,

Sin que una frase tierna
Consuele mi sufrir?

¿No ves en mis pupilas
Nubladas por el llanto,

Un mundo de esperanzas,
Un cielo de ilusión?

¿No ves que se acrecienta
Mi pena, mi quebranto,

Si tú no me concedes
La dicha de tu amor?

Porque si el sol marchita
Con su mirar de fuego

La flor que en los jardines
Lozana amaneció,

La aurora la revive,
Y en plácido sosiego

Devuélvele la vida
 Que aquel arrebató.
 Hay almas por el cielo
 Para adorar fundidas
 Que guardan en su seno
 Deliquio celestial.
 Hay almas que se mueren
 Si en una confundidas
 No apuran las delicias
 Del goce terrenal!
 Yo embriagaré tu vida
 Con el humor ardiente
 Que mane de mis labios
 En dulce frenesi;
 Yo quemaré en tus aras
 La antorcha refulgente
 Que nos calcine el alma
 Entre deliquios mil.
 Arrullaré tus sueños
 Con dúlcidas canciones
 Para que á tí no llegue
 El ruido mundanal,
 Y al escuchar sus tiernos
 Acompasados sonos,
 Mi vida con la tuya
 De amor se extinguirá.
 Y entonces ¿no comprendes
 Las horas de ventura

Que gozaremos juntos
 De dicha y de placer?
 Y en vez de lentos tragos
 De copa de amargura,
 Contigo los deleites
 De amor apuraré
 Verás cómo seduce
 El hombre que en su mente
 Conserva siempre fija
 Por tí dulce ilusión,
 Verás cómo levanta
 Su adolorida frente;
 Verás como se vive
 Al fuego de tu amor.
 No dejes que la duda
 Con su terrible mano
 Arranque de mi pecho
 Por siempre la quietud,
 No dejes que el destino
 Terrible é inhumano
 Del corazén creyente
 Maldiga la virtud!

Sensitiva.

A.....

¡Pálida estás! . . . tu frente nacarada
 Tiene las huellas que el pesar imprime. . . .
 Vaga es tu dulce, celestial mirada,
 Y en vez de suspirar tu pecho gime.

¡Pálida estás! . . . tus labios antes rojos,
 Cárdenos, tibios ya por la amargura,
 Pétalos son que del clavel despojos
 El sol robó colores y frescura.

Tu mejilla tan tersa, tan hermosa,
 Colorada de nieves y carmines,
 Ha borrado los tintes de la rosa,
 Tiene la palidez de los jazmines.

Ayer te ví. . . . purísima y galana,
 Jugar, gozosa del jardín las flores,
 Cuando la roja luz de la mañana
 Bajaba entre lucientes resplandores.

Y ví en tu lábio angelical sonrisa
 Vagar tranquila entre sus bordes rojos,
 Dándole sus perfumes á la brisa,
 Y á la rosa y clavel causarle enojos.

Tu planta gentilísima y ligera,
 Se deslizaba sobre el césped blando,
 Y cual si nadie tus encantos viera,
 Tú contento también ibas cantando.

Pero ¡ahl te ví! . . . mi trémula mirada
 Bebió en tus ojos de su rayo el fuego,
 Sentí desfallecer mi alma angustiada,
 Y dije: "¡te amo, te idolatro ciego!"

Y tú tornaste la mirada esquiva
 Y ví nublar-se tu nevada frentel.
 Y cual la vergonzosa sensitiva
 Plegaste tus encantos de repente.

Calló mi lábio. . . . sollozó mi seno,
 Te quise contemplar. . . . miré tu sombra. . . .
 Tú diste á mi alma tu mortal veneno,
 ¡Sin embargo, mujer, mi voz te nombra!

ALFREDO HIGAREDA.

El dinero.

(SÁTIRA.)

Diga vd. lo que quiera señor mío,
Pero yo le diré, con su licencia,
Y se lo digo a vd. con experiencia,
Que en este mundo fiero
Lo que vale ante todo es el dinero.

No me diga que hay gentes de cordura
Que prefieran al oro el buen talento,
Por que le he de objetar que este es un cuento.

Figure vd., cómo ha de ser posible
Que reciban mejor en una casa
A un ser indefinible,
Con el sombrero negro por la grasa
Con un vestido sucio y desgarrado
(Aunque tenga un ingenio despejado)
Que un señor elegante,

Más tieso y petulante
Que un mono orangután de la oceania,
Que usa coche y caballos todo el día,
Viste á la última moda,
Tiene fincas de campo, y por remate
Guardados en su caja unos millones
(Aunque en el fondo sea un botarate)?

Yo creo, señor y amigo,
Y vd. tendrá de convenir conmigo,
Que el último será más respetado,
Cual se merece un hombre acomodado.

Pues qué, ¿será lo mismo
Que prodigue el poeta los jazmines,
Y ambrosía, y estrellas á millones
Que prodigar "tomines"
Y en los ratos de humor unos doblones?

Apuesto, señor mío,
Aunque esto le parezca un desvarío,
Pues vd., á mi ver, está soñando,
Que si le ofrezco un canto de la iliada
O una bolsa de plata rebosando,
Prefiere vd. al canto susodicho,
La bolsa de la plata. . . esto es seguro.

Dirá vd., me figuro
 Que la palabra rico
 Es sinonimo exacto de borrico,
 Pues jamas se ha leído en las historias
 Que un hombre de dinero
 Conquistase las glorias
 Del sabio, que proclama el mundo entero.

Diga vd. lo que quiera, no me opongo
 A que el rico sea un fardo de mondongo;
 Pero el mundo es ahora y siempre ha sido,
 Una turba de necios sin sentido
 Y prefiere á las rosas y jazmines
 Al arrullo y al néctar... "los tomines."

Si nó ved una joven casta y pura
 Reina de la hermosura,
 Llegando ya á la edad de los aniores,
 Su pecho rebozando de ternura
 Y soñando con luces y con flores...
 Un vate se le acerca enamorado
 Y le brinda en torrentes de armonía
 Á sus plantas amor apasionado:
 Ella al pronto se siente conmovida
 Al escuchar la dulce melodía
 Del poeta dichoso, y ya rendida
 Le dá su corazón; más de repente

Llega otro pretendiente
 Y le muestra de amor claras señales,
 Mezclando á los requiebros y suspiros
 Fincas, sedas, carruajes y zafiros,
 Y dentro de unos cofres «algo en reales.»

No tiene que dudar... echa al poeta
 A los diablos con todo y armonía,
 Y al brillo del dinero
 Se olvida del amor y la poesía.

Pero hay más: si algún rico
 Necesita morralla
 Para comprar un mono ó un perico,
 Nunca falta un canaya
 Que adulador le brinde con esmero

Su caudal, su bolsillo todo entero
 Aunque ignore quién es, y de ónde viene;
 Pero esto razón tiene,
 Y á mi ver es la frase de estampilla
 De «al que tiene caballo, le dán silla.»

Mientras un pobre vate en un apuro
 No encuentra quien le fie un triste duro,
 Y se le dificulta hallar un queso
 Aunque por él responda el mismo Creso.

Quisiera decir más; pero lo expuesto
 Me parece bastante, señor mío
 Para probar que en este mundo fiero
 Lo que vale ante todo es el dinero.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ANTONIO CARRION.

PAISAJE SURIANO.

DEDICADO A LA SEÑORA DOÑA CONCEPCION GIMENO
 DE FLAQUER.

Blanca, erguida, se levanta
 La torre del santuario
 De un lugar hospitalario
 Que á los viajeros encanta,
 Oculta en flores la planta,
 Su cabeza entre palmeras,
 La circundan hechiceras
 Chozas de bejuco y teja,
 Veladas por una reja
 De lianas enredaderas.

Turba la dulce alegría
 De tan rústico lugar

El relámpago al brillar
 Cuando va muriendo el día.
 El cielo la lluvia envía,
 Rompe el aquilón inquieto
 La enramada del cafeto
 Que con su calor agosta
 El rubio sol de la costa
 En el cultivado seto.

Pardas nubes amontonan
 Las montañas en la cumbre,
 Y rojas cintas de lumbre
 En el horizonte asoman.
 Las aves el vuelo toman,
 La tormenta se desata,
 Al cañaveral maltrata
 El huracán destructor
 Que lo arranca en su furor
 En girones de la mata.

Aterrorizada grita
 La guacamaya salvaje;
 Lloro oculta en el follaje
 La tímida tortolita.
 Todo se mueve, se agita
 Cuando despliega su brío
 La tempestad del estío,
 Dando á la naturaleza

Un conjunto de grandeza
 Solemne, pero sombrío.

Ostenta sacra belleza
 El cielo fuego arrojando,
 Que desciende desgajando
 Árboles de la maleza;
 Salen con rauda presteza
 Los faisanes altaneros
 Huyendo á los cocoteros;
 Los caimanes, aterrados,
 Se refugian espantados
 En los fangosos esteros.

Baja el torrente espumoso
 Por los peñones saltando,
 Mil cataratas formando
 Con un rugido espantoso;
 Afluye al río caudaloso,
 Arrastrando en su caída,
 Desde la choza destruida
 Hasta el incauto ganado
 Que pastaba descuidado
 En la sabana florida.

La campana del santuario
 Tañe lenta y vibradora

Rogación; de hinojos ora
 El venerable vicario.
 Queda el lugar solitario,
 Calles y plazas desiertas,
 Cerradas todas las puertas,
 Y en sus humildes hogares
 Rezan ante los altares
 Mujeres de miedo yertas.

Cesa de tronar el rayo,
 Sus rugidos calla el viento,
 Y en el punzante sarmiento
 Grita alegre el papagayo;
 Abandonan su desmayo
 Los pájaros placenteros
 Que entonan en los esteros
 Su cántiga vocinglera;
 La luna brota hechicera
 Entre gasas y luceros.

Los cocuyos que iluminan
 El arrozal pantanoso,
 Con vuelo vertiginoso
 Serpenteando caminan;
 Las nubes se difuminan,
 Cintilan como diamantes
 Las gotas de agua brillantes
 En el cáliz de las flores,

Produciendo sus colores
 Con la luna mil variantes.

Huyen volando medrosos
 Los vampiros á las grutas,
 Se perciben de las frutas
 Los aromas deliciosos.
 En los amates frondosos
 Grazna el tétrico mochuelo;
 En el copado ciruelo
 Un silbido que desgarrar
 Lanza la verde chicharra
 Revelando su desvelo.

Rápida como terrible
 Pasó la negra tormenta;
 Después, serena se ostenta
 La fibia noche apacible.
 Así el corazon sensible,
 Lastimado, agonizante
 Por el dolor de un instante,
 Vuelve risueño á la vida
 Si cauteriza su herida
 La mano de Dios amante.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

JOSE MARIA VIGIL.

AMISTAD.

A MI QUERIDO AMIGO JOSE ROSAS.

En un desolado páramo,
Cubierto de ardiente arena,
Que de la fuente serena
Nunca oye el dulce rumor;

Donde en profundo cansancio
Sólo reposan los ojos
En estériles abrojos
Y en un sol abrasador:

En un inmenso desierto
Donde jamás se ha escuchado
Más voz que el eco irritado
Que forma el simoun cruél;

Plugo á los cielos que un día
Un pajarillo cruzara,
Y una semilla dejara
Perdida allí de laurel.

La fortuna bienhechora
El germen desarrollando,
Presto se vé levantando
Un tierno tallo gentil;

Y en sus ramas el follaje
Hace rápidos progresos,
Cual si sintiera los besos
De los céfiros de Abril. . . .

Parece que en torno suyo
Hay un perfumado ambiente,
Que su copa muellemente
Acaricia sin cesar.

Parece que al pié del tronco
Que entre guijarros descansa,
De un arrollo la honda mansa
Va en silencio á resbalar.

Aves de lindo plumaje,
Mariposas de alas de oro,
De lejos van el tesoro
Del yermo desierto á ver;

Y á competencia le ofrecen
Sus caricias y su canto,
Yendo en su florido manto
Sus hijuelos á esconder.

Así tú, vate querido,
En nuestro siglo naciste,
Pues por desgracia viniste
A un páramo, no á un verjel.

Que tu inspiración contrasta
Del mundo con los rigores,
Cual con la tumba las flores,
Con el desierto el laurel. . . .

Bajo el árbol majestuoso
Un mustio rosal se eleva,
Que sólo entre espinas lleva
Un delicado botón.

A él también el pajarillo
Celebra y la mariposa:
Pero no se abre la rosa
Enferma del corazón. . . .

Es que se anida un gusano
En su regazo inocente,
Y roe incesantemente
Los pétalos de la flor. . . .

Y las caricias del céfiro
Halagarlos no podrian,
Cuando encerrados morian
Sin saber lo que es amor. . . .

El ramaje ya marchito
Sacude el viento en su furia,
Siendo de la rama injuria
Lo que antes adorno fué.

Huyeron los chupamirtos;
Huyeron los ruiñeñores;
¡Quién puede decirle amores
Si flores en él no vé! . . .

Pero el pertinaz gusano
Al botón se queda asido;
Ya hasta el tallo ha carcomido:
¡Morirá! . . . ¡Pobre rosal! . . .!

Sólo un tronco amarillento
Se alzará para memoria
De la gala transitoria
Del estéril arenal. . . .

La planta seca y tostada
Que nadie siquiera nombra,
A la protectora sombra
Signé del alto laurel;

Que si es grande su desdicha
Y grandes son sus enojos,
Del desierto en los abrejos
Ha hallado un amigo fiel.

Así yo feliz un día
Soñé lleno de esperanza,
Creyendo allá en lontananza
Una ilusión conquistar;

Pero el ponzoñoso diente
Del amargo desengaño,
¡Ayl muy pronto por mi daño
Sentí en mi pecho clavar...

Yo no envidio tu ventura,
Más antes con ella gozo:
Calla al verte mi sollozo,
Y al contemplarte, mi mal.

A tu lado siempre he hallado
El consuelo y el abrigo. . . .
Tú eres el laurel amigo,
Yo soy el triste rosál.

1860.



JUAN VALLE.

¡PADEZCO TANTO!

Cuánto me duele el corazón, Dios mío!
 Me devora en silencio el hondo hastío:
 Soy mártir, ¡ay de mí!
 Y resbalando lánguidas las horas
 Me recuerdan riendo mofadoras
 La dicha que perdí.

Murió del gozo la postrer sonrisa,
 Murió de mi jardín la última brisa
 Y la postrera flor;
 De mi dulce esperanza el ángel bueno
 Se retiró llorando de mi seno
 Al soplo del dolor.

De amarga juventud en el desierto
 Perdí las flores que corté en el huerto
 De la infeliz niñez;
 Volved, flores, piedad de mi agonía,
 Celoso de vosotras noche y día
 No os perderé otra vez.

Todas mis ilusiones adoradas
 Me lanzan al partir tristes miradas
 De lástima y bondad;
 Y se van... y se van... y ya me dejan...
 No partais, ilusiones... ya se alejan...
 ¡Piedad!... ¡piedad!... ¡piedad!...

En la ríca estacion de los amores,
 Vuelve al prado el Abril aquellas flores
 Que otoño le robó;
 Mas la esperanza que el pesar nos trunca
 ¡Ay! nadie nos la vuelve nunca, nunca,
 ¡Ay! nunca... lo sé yo.

Lloro, y el mundo aún risas me exige,
 Insultando la pena que me aflige:
 Yo risas fingiré;
 ¡Por qué son ¡ay! los hombres tan crueles
 Que estando ya sin rosas mis vergeles
 Rosas quieren les dé?

No me exijáis que ría, sufro mucho:
 ¿Cómo reir, si con la pena lueho?...
 Tenedme compasión.
 Creedlo, mi alma rompe este quebranto,
 Mis ojos quema el reprimido llanto,
 Me duele el corazón.

Quando ciñe el pensil noche de luna
 Y a su brillo la límpida laguna
 Parece suspirar;
 Y el céfiro, las fuentes y las hojas
 Tristes amores, duelos y congojas
 Parecen lamentar:

Quando en las vagas tardes del estío
 En mí vierte el crepúsculo sombrío
 Grata meditación;
 Y en la torre de iglesia muy lejana
 Cual vespertina queja la campana
 Dá el toque de oración;

Es cuando goza el pecho algún consuelo,
 Pues todo me habla de un placer, de un cielo,
 De un dulce más allá,
 ¡Ay! de una eternidad de nueva vida,
 Promesa tan hermosa y tan querida
 ¿Cuándo se cumplirá?

De la existencia el áspero camino
 Debo cruzar cual pobre peregrino;
 Valor como hasta aquí:
 ¿Más por el mar del mundo de ola en ola
 Mi alma irá siempre sola, siempre sola?
 ¡Ay! es muy triste así.

Ni una esperanza en mi memoria existe
 ¡Y esto es muy triste, cielos, es muy triste!
 Por eso mártir soy,
 Y por eso mi ruta al ir siguiendo
 Siempre sufriendo, ¡oh Dios! siempre sufriendo,
 Siempre sufriendo voy.

Es muy breve la vida; sin embargo
 Cruzarla de este modo es tan amargo,
 Que es fuerza suspirar:
 La muerte que anhelante mi alma aguarda,
 Cuánto tarda ¡Dios mío! cuánto tarda,
 Cuánto tarda en llegar.

¡Ay! soy tan infeliz, padezo tanto,
 Es tan acerbo el silencioso llanto
 Tan rudo mi sufrir,
 Y en vano es que suspiros mi alma arroje,
 Que mis suspiros ¡ay! nadie recoje,
 Dejándolos morir.

¡Pobres suspiros míos! tiernas notas
 Que alzan al estrellar las fibras rotas
 Del mustio corazón.
 Quejas que el alma penetrantes hieren.
 ¡Ayl los suspiros que ignorados mueren,
 Tristes, muy tristes són.

¡Pobres suspiros míos! no entendidos,
 Ecos de afectos no correspondidos,
 Poemas de mi afán!
 ¡Pobres suspiros míos ignorados
 Si aunque se oigan gemir son olvidados!
 ¿Adónde, adónde ván?

Cuando las flores tan sensibles veo,
 Yo me figuro y confiado creo
 Que criaturas són,
 Y mis secretos íntimos les digo,
 Pues pienso yo que sufrirán conmigo,
 Partiendo mi afición.

¿Qué amigas hay más dulces que las flores?
 Decid, qué confidentes hay mejores?
 ¡Tan tiernos deben ser!
 Yo les revelo mis ocultas penas,
 Y como ellas sin duda son tan buenas,
 Me han de compadecer.

¿De qué sirve que mi alma en su ternura
 Forme entusiasta sueños de ventura
 Si no se cumplirán?
 A veces gozo en mi delirio loco;
 Más esto es poco, cielos, es muy poco,
 Para templar mi afán.

Es mucha de esos sueños la belleza;
 Pero es más, mucha más mi honda tristeza;
 Aún más es mi dolor,
 Que huérfano de dicha y bienandanza
 El virginal jazmín de mi esperanza
 ¡Ayl marchitose en flor.

El Mayo cobrará sus auras leves,
 El frío Enero cobrará sus nieves,
 Vendrá el Abril detrás,
 Pero su dicha y su pérdida calma
 En el mundo jamás cobrará mi alma.....
 ¡Jamás!... ¡jamás!... ¡jamás!...

El insomnio y la pena aterradora
 Mi triste lecho cerca á deshora
 Viniendo no sé á qué,
 Me dicen que se fué mi bien risueño
 Y me repite con tenáz empeño:
 ¡Se fué! ¡se fué! ¡se fué!

Adios placer, adios maternos besos,
 Risas, juegos, perfumes, embelesos,
 La infancia os llevó en pós;
 Esperanzas, adios, adios visiones;
 Adios sueños, deleites, ilusiones,
 ¡Adios! ¡adios! ¡adios!

De mi dolor el misterioso acento
 Me dice que la dicha y el contento
 No probaré jamás,
 Que sólo llanto el porvenir encierra,
 ¿Sólo llanto hallaré sobre la tierra?
 ¿No más? . . . ¿no más? . . . ¿no más? . . .

Federico C. Jens.

EL CANARIO MUERTO.

Á MI QUERIDO AMIGO JUAN DE D. PEZA.

Eran todo el amor de María Elena,
 (Que aún no sabe lo que es el silabario,
 Y vive á toda pesadumbre agena)
 Su muñeca, su jaula y su canario.

El ave en su prisión, según me explico,
 Esperaba, al llegar su tierna amiga,
 Para obsequiar su regalado pico,
 Granos de alpiste y de su pan la miga.

Sintió la niña salpicar sus ojos
 Cuando el ave en su vaso se bañaba,
 Y en vez de retirarlos con enojos,
 Con un gesto gracioso los cerraba.

En traje por demás estrafalario,
Esta mañana, sin temor alguno,
Se acercó hasta la jaula del canario
Para darle su diario desayuno.

Y al ver ya muerto entre las rejas de oro
Al objeto precioso de sus cuitas;
Cojióle, derramando triste lloro,
Con cuidado en sus tiernas manecitas:

Y dijo á su Mamá, trás pena tanta,
En un tono inocente y afligido:
"¿Qué le pasa al canario que no canta?"
"¿Por qué, en su jaula lo encontré dormido?"

"En vano lo llamé para que espere"
"Las migas de mi pan con el alpiste,"
"Regáñalo, Mamá, ¿ya no me quiere?"
"Haz que no siga tan callado y triste."

La madre, entónces, que ocultar procura
A ese inocente corazón la pena,
La besa, y dice con sin par ternura:
"Acuéstalo en su jaula, María Elena."

La niña obedeció, mas cosa rara,
Deja al rorro que tanto la divierte,
De la jaula infeliz no se separa
Y espera que el canario se despierte.

FRANCISCO DE A. LERDO.

MI CULTO.

Cual es mi Dios, me preguntas,
Y cual la fé que me alienta,
Cual es el culto de mi alma,
Y cuales son mis creencias.

¡Mi Dios! sustancia sublime
Que nuestro sér alimenta,
Ocúltase en el sagrario
Del fondo de mi conciencia:
Allí existe, allí tan sólo
Su realidad se presenta
En la realidad que agitan
Su vida, su luz, su esencia;
Allí la fé que nos rige,
Fé que lo cierto demuestra,
Se dilata al santo impulso
De su voluntad excelsa;

En traje por demás estrafalario,
Esta mañana, sin temor alguno,
Se acercó hasta la jaula del canario
Para darle su diario desayuno.

Y al ver ya muerto entre las rejas de oro
Al objeto precioso de sus cuitas;
Cojióle, derramando triste lloro,
Con cuidado en sus tiernas manecitas:

Y dijo á su Mamá, trás pena tanta,
En un tono inocente y afligido:
"¿Qué le pasa al canario que no canta?"
"¿Por qué, en su jaula lo encontré dormido?"

"En vano lo llamé para que espere"
"Las migas de mi pan con el alpiste,"
"Regáñalo, Mamá, ¿ya no me quiere?"
"Haz que no siga tan callado y triste."

La madre, entónces, que ocultar procura
A ese inocente corazón la pena,
La besa, y dice con sin par ternura:
"Acuéstalo en su jaula, María Elena."

La niña obedeció, mas cosa rara,
Deja al rorro que tanto la divierte,
De la jaula infeliz no se separa
Y espera que el canario se despierte.

FRANCISCO DE A. LERDO.

MI CULTO.

Cual es mi Dios, me preguntas,
Y cual la fé que me alienta,
Cual es el culto de mi alma,
Y cuales son mis creencias.

¡Mi Dios! sustancia sublime
Que nuestro sér alimenta,
Ocúltase en el sagrario
Del fondo de mi conciencia:
Allí existe, allí tan sólo
Su realidad se presenta
En la realidad que agitan
Su vida, su luz, su esencia;
Allí la fé que nos rige,
Fé que lo cierto demuestra,
Se dilata al santo impulso
De su voluntad excelsa;

Por culto del alma tengo,
 La memoria siempre nueva
 De la mujer más amada,
 De mi madre que ya es muerta.
 ¡Mi madre! Cuán amoroso
 Mi pecho su voz recuerda,
 Voz que formó al hijo un cielo
 Y al hombre legó una idea.
 ¡Perdóname! Era mi madre
 Tan cariñosa, tan buena,
 Que cuando de Dios te hablo,
 Tengo que hablarte de ella.

Hay en mi sér algo triste
 Que guardo como creencia,
 Y esta es la verdad que nace
 Cuando terminan las penas.

MANUEL ACUÑA.

AMOR.

INEDITA.

¡Amar á una mujer! sentir su aliento,
 Y escuchar á su lado
 Lo dulce y armonioso de su acento;
 Tener su boca á nuestra boca unida
 Y su cuello en el nuestro reclinado,
 Es el placer más grato de la vida,
 El goce más profundo
 Que puede disfrutarse sobre el mundo!
 Porque el amor al hombre es tan preciso,
 Como el agua á las flores,
 Como al querub ardiente el paraíso;
 Es el prisma de mágicos colores
 Que trasforma y convierte
 Las espinas en rosas,

Por culto del alma tengo,
 La memoria siempre nueva
 De la mujer más amada,
 De mi madre que ya es muerta.
 ¡Mi madre! Cuán amoroso
 Mi pecho su voz recuerda,
 Voz que formó al hijo un cielo
 Y al hombre legó una idea.
 ¡Perdóname! Era mi madre
 Tan cariñosa, tan buena,
 Que cuando de Dios te hablo,
 Tengo que hablarte de ella.

Hay en mi sér algo triste
 Que guardo como creencia,
 Y esta es la verdad que nace
 Cuando terminan las penas.

MANUEL ACUÑA.

AMOR.

INEDITA.

¡Amar á una mujer! sentir su aliento,
 Y escuchar á su lado
 Lo dulce y armonioso de su acento;
 Tener su boca á nuestra boca unida
 Y su cuello en el nuestro reclinado,
 Es el placer más grato de la vida,
 El goce más profundo
 Que puede disfrutarse sobre el mundo!
 Porque el amor al hombre es tan preciso,
 Como el agua á las flores,
 Como al querub ardiente el paraíso;
 Es el prisma de mágicos colores
 Que trasforma y convierte
 Las espinas en rosas,

Y que hace bella hasta la misma suerte
 A pesar de sus formas espantosas.
 Amando á una mujer, olvida el hombre
 Hasta su misma esencia,
 Sus deberes más santos y su nombre:
 No cambia por el cielo su existencia;
 Y con su afán y su delirio, lóco,
 Acaricia sonriendo su creencia,
 Y el mundo entero le parece póco.....
 Y quitadle al zenzentli la armonía,
 Y al águila su vuelo,
 Y al luminar espléndido del día
 El azul pabellón del ancho cielo—
 Y el mundo seguirá....

Mas la criatura,
 Del amor separada,
 Morirá como muere marchitada
 La rosa blanca y pura
 Que el huracán feróz deja tronchada,
 Como muere la nube y se deshace
 En perlas cristalinas
 Cuando le falta un sol que la sostenga
 En la etérea región de las hondinas.
 “¡Amor es Dios!” á su divino “fiat”
 Brotó la tierra con sus gayas flores
 Y sus selvas pobladas
 De abejas y de pájaros cantores,
 Y con sus blancas y espumosas fuentes

Y sus limpias cascadas
 Cayendo entre las rocas á torrentes;
 Pero brotó sin canto ni armonía.
 Hasta que el beso puro de Adán y Eva,
 Resonando en el viento,
 Enseñó á las criaturas ese idioma,
 Ese acento magnífico y sublime
 Con que suspira el cisne cuando canta
 Y la tórtola dulce cuando gime.
 “¡Amor es Dios!” y la mujer la forma
 En que encarna su espíritu fecundo;
 Él es el astro y ella su reflejo—
 Él es el paraíso y ella el mundo....
 “Y vivir es amar.” Quien no ha sentido
 Latir el corazón dentro del pecho

Del amor al impulso,
 No comprende las quejas de la brisa
 Que vaga entre los lirios de la loma,
 Ni de la virgen casta la sonrisa,
 Ni el suspiro fugaz de la paloma.
 “¡Existir es amar!” Quien no comprende
 Esa emoción dulcísima y suave,
 Esa tierna fusión de dos criaturas
 Gimiendo en un gemido,
 Con un goce gozando
 Y latiendo en unísono latido....
 Quien no comprende ese placer supremo,
 Purísimo y sonriente,

Ese miente si dice que ha vivido;
 Ese, si dice que ha gozado, miente.
 Y el amor no es el goce de un instante
 Que en su lecho de seda
 Nos brinda la ramera palpitante;
 No es el deleite impuro
 Que hallamos al brillar de una moneda
 Del cieno y de la infamia entre lo oscuro;
 No es la miel que provoca
 Y que deja, después que la apuramos,
 Amargura en el alma y en la boca.
 Pureza y armonía,
 Angeles bellos y hadas primorosas
 En un Edén de luz y de poesía,
 En un pensil de nardos y de rosas,
 Todo eso es el amor. . . .

Mundo en que nadie
 Lloro ó suspira sin hallar un eco;
 Fanal de bienandanza
 Que hace que siempre ante los ojos radie
 La viva claridad de una esperanza.
 El amor es la gloria,
 La corona esplendente
 Con que sueña del genio el alma grande
 La virgen sonriente
 Que pulsa el arpa ó el acero blande.
 El Petrarca sin Laura,
 No fuera el vate de sentido canto

Que hace brotar suspiros en el pecho
 Y en la pupila llanto.
 Y el Dante sin Beatriz no fuera el poeta
 A veces dulce y tierno,
 Y á veces grande, aterrador y ronco
 Como el cantor salido del infierno. . . .
 Y es que el amor encierra
 En su forma infinita
 Cuanto de bello el universo habita,
 Cuanto existe de ideal sobre la tierra.
 Amor es Dios, el lazo que mantiene
 En constante armonía
 Los séres mil de la creación inmensa;
 Y la mujer la diosa,
 La encarnación sublime y sacrosanta
 Que la pradera con su olor inciensa
 Y que la orquesta del Supremo canta.
 ¡Y salve, amor! emanación divina. . . .
 Tú mas blanca y mas pura—
 Que la luz de la estrella matutinal
 ¡Salve, soplo de Dios!
 Y cuando mi alma
 Deje de ser un templo á tu hermosura,
 Ven á arrancarme el corazón del pecho,
 Ven á abrir á mis pies la sepultura.

México, Enero de 1869.

INDICE.

	Págs.
José Rosas Moreno.—Biografía.....	5
¡Quién pudiera vivir siempre so- ñando.....	10
La Juventud.....	12
El Zentzontle.....	16
La vuelta á la aldea.....	22
Recuerdos de la Infancia.....	27
Dios.....	30
A la memoria de la eminente poe- tisa americana Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.....	38
Profesión de Fé.....	44
En el Album de mi hermana....	50
La Primavera.....	52
Napoléon.....	56
Clemente Cantarell.—Deliquios de Amor.....	57
Sensitiva.....	62
Alfredo Higuera.—El Dinero.....	64
Antonio Carrion.—Paisaje Suriano....	69
José M. Vigil.—Amistad.....	74
Juan Valle.—Padezco tanto!.....	80
Federico C. Jens.—El Canario muerto....	87
Francisco A. Lerdo.—Mi culto.....	90
Manuel Acuña.—Amor.....	92

El Parnaso Mexicano.

J. JOAQUIN FERNANDEZ LIZARDI

(EL PENSADOR MEXICANO).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 GENERAL DE BIBLIOTECAS

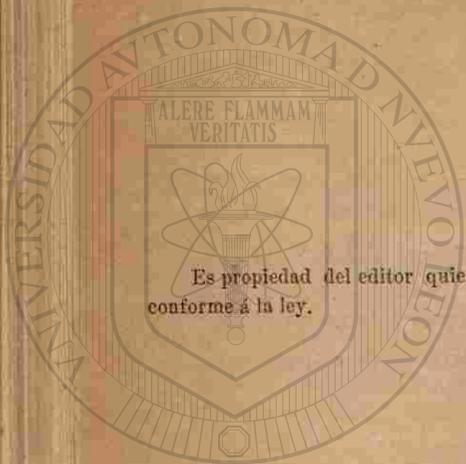
INDICE.

	Págs.
José Rosas Moreno.—Biografía.....	5
¡Quién pudiera vivir siempre so- ñando.....	10
La Juventud.....	12
El Zentzontle.....	16
La vuelta á la aldea.....	22
Recuerdos de la Infancia.....	27
Dios.....	30
A la memoria de la eminente poe- tisa americana Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.....	38
Profesión de Fé.....	44
En el Album de mi hermana....	50
La Primavera.....	52
Napoléon.....	56
Clemente Cantarell.—Deliquios de Amor.....	57
Sensitiva.....	62
Alfredo Higuera.—El Dinero.....	64
Antonio Carrion.—Paisaje Suriano....	69
José M. Vigil.—Amistad.....	74
Juan Valle.—Padezco tanto!.....	80
Federico C. Jens.—El Canario muerto....	87
Francisco A. Lerdo.—Mi culto.....	90
Manuel Acuña.—Amor.....	92

El Parnaso Mexicano.

J. JOAQUIN FERNANDEZ LIZARDI

(EL PENSADOR MEXICANO).



Es propiedad del editor quien la tiene asegurada
conforme a la ley.

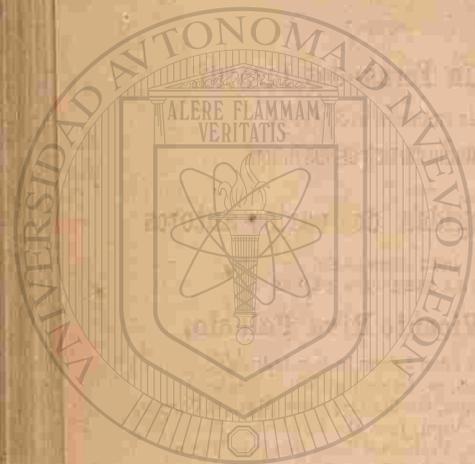


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Joaquín Fernández de Lizardi #

®



EL PARNASO MEXICANO.

J. Joaquín Fernández Lizardi.

SU RETRATO Y BIOGRAFÍA
CON EL JUICIO CRÍTICO DE SUS OBRAS

y

Poesías escogidas de varios autores

COLECCIONADAS
BAJO LA DIRECCIÓN DEL SR.

Gral. D. Vicente Riva Palacio,

contando además con la bondadosa
colaboración de los Sres.
Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto, Manuel Peredo,
José M. Vigil, José M. Bandera,
Juan de D. Peza, Francisco Sosa, Joaquín Trejo,
Hilarión Frias y Soto
y otros de nuestros más eminentes literatos
de esta Capital y de los Estados.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y LIBRERÍA LA ILUSTRACIÓN.
12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12.

México, 1° de Noviembre de 1885.



DIRECCIÓN GENERAL DE

J. JOAQUIN FERNANDEZ LIZARDI.

El afamado escritor D. José Joaquín Fernández Lizárdi, conocido generalmente por el seudónimo de "El Pensador Mexicano," nació en la capital de la República en 1771.

La pobreza de sus padres, les obligó á radicarse en Tepetzotlán, en cuyo pueblo sólo pudo adquirir él, el conocimiento de las primeras letras.

Después volvió á la capital y estudió latinidad y filosofía. A los diez y seis años de edad se graduó de bachiller en la Universidad, y al siguiente cursó teología. En las noticias biográficas que de él existen, se nota un gran vacío, del año de 1788 á principios del siglo actual. Vuelve á saberse de él en 1812 en que al entrar Morelos á Tasco (Guerrero) el 1° de Enero de aquel año, puso en manos de aquel caudillo todas las armas, pólvora, y

municiones de esa plaza, de la que era Lizardí teniente de justicia.

En ese mismo año comenzó en México á publicar "El Pensador Mexicano," que le dió el nombre con que hasta al presente se le conoce, mereciendo ser puesto en prisión por uno de sus primeros artículos en que combatía la órden del virey Venegas desafortando á los eclesiásticos insurgentes.

Es conveniente hacer notar que Fernández Lizardí pidió desde esa fecha (1812) la enseñanza gratuita, idea que le enaltece sobremedera, y la que tuvo por complemento otra no menos grandiosa, útil y necesaria, que hasta hace poco ha sido sancionada parcialmente en la República: la enseñanza obligatoria.

Siete meses duró la prisión del «Pensador,» y ya libre en 1813, publicó varios escritos, principalmente sobre la peste que entonces reinaba en México. En los tres años siguientes dió á luz gran número de escritos sueltos: entre ellos "La alacena de frioleras." En 1816 apareció un "Calendario" escrito por él, con pronósticos en verso, y su famosa novela "El Periquillo Sarmiento," á la que siguió "La Quijotita" y los «Ratos entretenidos.»—1819.

Restablecida la constitución española en

1820, pudo el «Pensador» escribir con más libertad y dió á luz varios folletos, por uno de los cuales, el «Diálogo entre Chamorro y Dominiquín,» estuvo preso por segunda vez. En seguida publicó el «Conductor Eléctrico,» y las «Conversaciones del payo y el sacristán.»

A estas siguió la «Defensa de los franc-masones, ó sean observaciones críticas sobre la bula del Sr. Clemente XII y Benedicto XIV contra los franc-masones, dada la primera á 28 de Abril de 1638, la segunda en 18 de Mayo de 1714 y publicadas en esta capital en el presente de 1822.» México 1822. Imprenta americana de D. José María Betancourt. Por esta obra en que se prueba que los Papas excomulgaron á los masones sin expresar el motivo, y sólo por sospechoso, fué también excomulgado el autor, sin que ese paso le arredrase, pues en el mismo año y en su imprenta particular publicó la «Segunda defensa de los franc-masones.» Además, en el repetido año publicó otros varios escritos, entre ellos, «Un fraile sale á bailar,» las «Cartas del Pensador al papista,» «Vida y entierro de D. Pendón por su amigo el Pensador,» y «Defensa del Pensador dirigida al provisor.» De sus publicaciones en 1823 citaremos: «Ataques al castillo de Ulúa,» «Un

fraile sale á bailar y la música no es mala," "El hermano del Penco," periódico político-moral; "La victoria del Penco," y la novelita "Noches tristes y día alegre."

Antes, en 1817, había publicado una colección de fábulas que mereció ser reimpressa en 1831.

También se le debe una novela picaresca; "Vida y hechos del famoso caballero D. Catrín de la Fachenda." México, 1832, y otras obras cuyos títulos se registran en el interesante estudio biográfico escrito por el literato D. Manuel de Olaguíbel en los "Hombres ilustres mexicanos," tomo III, de cuyo escrito hemos extractado lo que para el presente necesitábamos.

Según el propio testimonio del Pensador, y de varios historiadores y biógrafos, contribuyó personal é intelectualmente á la independencia de su patria, lo cual es un nuevo título para que honremos su memoria. No entra en el plan de este libro el examen crítico de las obras de los personajes que aquí ocupan un lugar, por los motivos ya manifestados. Sin embargo, en obsequio del Pensador á quien muy justamente se reputa como el patriarca de nuestra literatura popular, y á quien se ha calificado de escritor modesto,

virtuoso y de un talento nada común, vamos á reproducir el elegante y acertado juicio que de sus obras ha trazado el Sr. Altamirano en sus Revistas literarias, citadas con frecuencia por nosotros.

"La más famosa de esas obras, dice, es el *Periquillo*, de la cual es inútil hacer un análisis, porque puede asegurarse, sin exageración, que no hay un mexicano que no la conozca, aunque no sea más que por las alusiones que hacen frecuentemente á ella nuestras gentes del pueblo, por los apodos que hizo célebres, y por las narraciones que andan en boca de todo el mundo. Lo que sí diremos, es que el Pensador se anticipó á Sué en el estudio de los misterios sociales, y que profundo y sagaz observador, aunque no dotado de una instrucción adelantada, penetró con su héroe en todas partes, para examinar las virtudes y los vicios de la sociedad mexicana, y para pintarla como era ella á principios de éste siglo, en un cuadro palpitante, lleno de verdad, y completo, al grado de tener pocos que le igualen. El Pensador vivía en una época de fanatismo y de suspicacia, en que cualquier arranque atrevido, cualquiera idea de libertad, cualquier pensamiento de innovación, costaba caro. Era el tiempo todavía

de los vireyes y de la Inquisición, y sin embargo, su novela es una sátira terrible contra aquella sociedad atrasada é ignorante; contra aquel fanatismo; contra aquella esclavitud; contra aquella degradación del pueblo; contra aquella educación viciosa y enfermiza; contra aquellos vicios que hubieran consumido la sávia de esta nación joven, si no hubiese venido á vigorizarla el sacudimiento de la revolución. El novelista, como un anatómico, muestra las llagas de las clases pobres y de las clases privilegiadas; revela con un valor extraordinario los vicios del clero; muestra los estragos del fanatismo religioso, y las nulidades de la administración colonial; caricaturiza á los falsos sabios de aquella época y ataca la enseñanza mezquina que se daba entonces; entra á los conventos y sale indignado á revelar sus misterios repugnantes; entra á los tribunales y sale á condenar su venalidad y su ignorancia; entra á las cárceles y sale aterrado de aquel *pandemonium*, del que la justicia pensaba hacer un castigo arrojando á los criminales en él, y del que ellos habían hecho una sentina infame de vicios; sale á los pueblos y se espanta de su barbarie; cruza los caminos y los bosques y se encuentra con bandidos que causan espanto; por último,

desciende á las masas del pueblo infeliz y se compadece de su miseria y le consuela en sus pesares, haciéndole entrever una esperanza de mejor suerte, y se identifica con él en sus dolores y llora con él en sus sufrimientos y en su abyección. El Pensador es un apóstol del pueblo, y por eso éste le ama todavía con ternura, y venera su memoria como la memoria de un amigo querido.

“Su moralidad es intachable, y era con el acento de la verdad y de la virtud con el que moralizaba y consolaba á los desgraciados y condenaba á los criminales. Aquella obra debía atraerle atroces persecuciones; y en efecto, el fanatismo religioso le lanzó sus anatemas, y la tiranía política le hizo sentar en el banquillo del acusado. Sufrió mucho; comió el pan del pueblo, regado con las lágrimas de la miseria, y bajó á la tumba oscurecido y pobre; pero con la aureola santa de los mártires de la libertad y del progreso, y con la conciencia de los que han cumplido con una misión bendita sobre la tierra.”

Sólo tenemos que agregar que Fernández Lizardi murió en Junio de 1817.

EL PENSADOR.

NINGUNO DIGA QUIÉN ES

Que sus obras lo diran.

Pues en Carnestolendas
Se venden tantas
Máscaras en las calles,
Lonjas y plazas:
Quiere mi musa
Vender las mascaritas
Que muchos usan.

MASCARA I.

Con máscara de español
Un mulato se presenta,
Y parece en lo que ostenta
Que no lo merece el sol;

Si por su dicha ó su maña
Ha adquirido algún dinero,
Piensa que es tan caballero
Como el monarca de España.

Mientras más le favorece
La suerte y le dá caudales,
Él desdeña á sus ignales
Y á los nobles aborrece.

Pero por más que él en sí
Piense creer que es bién nacido,
Ya todos tienen sabido
Que es negro carabadi.

MASCARA II.

Con un vestido brillante
Y un hablar desenfadado,
Se presenta enmascarado
Por sabio algún ignorante.

Y aún en la conversacion
Que no entiende palotea,
Habla mucho y dice nada
Por sostener su opinión;

Pero por más que se esponje
Por pasar por entendido,
Todos tienen bien sabido
Que el hábito no hace al monge.

Y más que le dé corage,
Yo le diré que es más necio
Si cree se le debe aprecio
Por la apariencia del traje.

MASCARA III.

Quizá un señor currutaco
Ésta máscara se pone,
Pues por más que se compone
No trae en la bolsa tlaco.

Con casaca y sin camisa
Y brillo de señoría,
Suele andar al medio día
Oliendo donde se guisa.

Sin convite y de sorpresa
Se encaja en una visita
Esta pobre mascarita
Para comer de gorrón.

El ser pobre no es pecado
Ni hay quien lo pueda decir;
Pero es simpleza fingir
De rico un pobre pelado.

MASCARA IV.

Con la máscara de amigo
Suele esconderse el traidor:
La experiencia esto mejor
Lo dice que yo lo digo.

¡Cuantos pobres son despojos
De esta máscara maldita,
Por creer en la cascarita
De las voces y los ojos!

Al pobre de Don Fulano
Hace el traidor mil lisonjas
En su casa, y en las lonjas
No le deja hueso sano.

Aspides disimulados
Son estos entre las flores;
Y sin duda son los peores
Entre los enmascarados.

MASCARA V.

Máscaras, si lo reparas
Tienen también las mujeres,
Pues en varios pareceres
Saben hacer á dos caras.

Máscaras á cada rato
Suelen mudar con primor,
Máscara tienen de amor
Y máscara de recato.

Máscara de compasión,
Máscara de celos tienen,
Y si acaso les convienen,
Máscara de devoción.

Máscara tienen de honradas;
Máscara de coquetillas;
Máscara de muy sencillas
Y máscara de ilustradas.

Máscara de bachilleras,
Máscara de humilde llanto,
De ira, de dolor, de espanto,
De vengativas y fieras:

En fin, de las señoritas
(No de todas) de las más,
Si cuentas bien no podrás
Contarles sus mascaritas.

MASCARA VI.

Con máscara de devoto
Se esconde el vil usurero:
También al ladrón casero
Su mascarita le noto.

Numerar no solícito,
En fin, tanta hipocresía;
Que quererlo hacer sería
Proceder en infinito.

Pues por tan distintos modos
Veo disfraces importunos,
Pocos serán ó ningunos
Si no se enmascaran todos.

El gato esconde en la mano
La uña hasta que vé al ratón;
Pero cuando hay ocasión,
¿No las saca el escribano?

El sastre y el zapatero,
Procurador, relator,
El boticario, el doctor,
Demandante, vinatero,

Y otros . . . que no quiero hablar,
Ni quitar créditos, pues
Viene la cuaresma, y es
Preciso irse á confesar.



LETRILLA.

Están los huevos caros:
De consiguiente,
Cascarones este año
Pocos se venden.

Mas ¿que hablo yo,
Cuando no hay otra cosa
Que cascarón?

¿Que cosa es el caballero,
Que á pesar de su dinero,
Es un pobre ignorantón?
Cascarón.

¿Que cosa es doña Pomposa,
Presumida, vanidosa,
Y mas fea que la tarasca?
Ojarasca.

¿Que es el viejo macilento
Usurero y avariento
Y tolerado ladrón?
Cascarón.

¿Que otra cosa será aquella
Que nos dice que es doncella,
Y su descoco dá basca?
Ojarasca.

¿Que podrá ser el marido
Que se hace desentendido
Cuando le suena el bolsón?
Cascarón.

¿Y que es aquella casada
Que aunque no le digan nada
Con el que puede se enfrasca?
Ojarasca.

¿Que cosa es el negociante,
Que lleva el lucro adelante
Mas que pierda la opinión?
Cascarón.

¿Que cosa es la coquetilla
De túnico y de mantilla,
Que al disimulo se rasca?

Ojarasca.

Cuantas vemos necesidades
Del mundo, son vanidades:
Y todo él, en conclusión:

Cascarón.

SONETO

HECHO EL MIÉRCOLES DE CENIZA DEL AÑO
DE 1811.

¿Ya vés del Rey el cetro dominante?
¿El celo de ministro diligente?
¿Del soldado el acero reluciente?
¿Y de los grandes, cruces de diamante?
¿El solícito afán del comerciante?
¿El oro y la riqueza del pudiente?
¿El estudio del sábio permanente?
¿Y de la dama, en fin, el buen semblante?

Pues todo ese poder, esa grandeza,
Ese esplendor y gloria imaginada,
Ese marcial espíritu y braveza,

Es en la muerte, al fin de la jornada
Cetro, instrucción, acero, afán, belleza,
Polvo, sombra, ceniza, viento y nada.

HIMNO

LA DIVINA PROVIDENCIA.

MANO divina, sacra y admirable
Del Sér Eterno, que con modo sábio
Mueves del globo la pesada mole
Sobre el sol mismo sin ningún trabajo.

Omnipotente MANO, á cuyo impulso
Obedecen los vientos y los rayos,
Su ímpetu el mar detiene, y las estrellas
Giran con los planetas y los astros:

MANO augusta del Fuerte, que mantienes
A tus leyes sujeto lo que has creado,
Con tanta perfección y con tal orden
Cuanto los hombres todos admiramos.

¿Qué mortal es capaz, qué inteligencia
De las que en torno vuelan á tu lado,
De conocer tus altas providencias
Ni penetrar tus íntimos arcanos?

¿Quién alzar osará de tu grandeza
La extremidad del velo sacrosanto,
Ni el gabinete oculto de tus obras
Registrará blasfemo y temerario?

¿Ni quién de tus piedades infinitas
Podrá alabar en himnos ajustados
El torrente que inunda á tus criaturas
Como con dulce y dilatado caos?

Tú divides benéfico los tiempos
En estaciones distinguiendo el año,
Y los rigores del Invierno triste
Compensas liberal en el Verano.

Tú en verde caña cuajas la mazorca,
Tú doras las espigas en el campo,
Tú las frutas endulzas, y tú vistes
De esmeraldas los montes y los prados.

Tú haces que entre las peñas se cultive
La plata, el oro, el hierro y el estaño,
Y allí le das los brillos y reflejos
Al rubí, al ametista y al topacio.

Tú abrigas al cordero con su lana,
Tú armas la garra del feroz leopardo,
Tú pintas al alegre pajarillo
De plumas mil y de colores varios.

Tú haces vivan gustosos en las ondas
El delfín, tiburón y ballenato,
Y en los cristales de la mar cerúlea
De pez mantienes número tan vasto.

Tú. pero ¿adónde voy? ¿Será posible
Que atrevido, soberbio é insensato,
Presuma referir tus maravillas
Ni señalar las obras de tu MANO?

Tú eres el Dios Eterno, incomprensible,
La Bondad suma, Santo, Santo, Santo,
Fuente de la piedad y la dulzura,
Y el absoluto dueño de lo criado.

Tú me criaste, Señor, tú eres mi Padre;
Aún ántes de existir ya me has amado;
A tí debo la vida que respiro,
Y este renglón pronuncio por tu agrado.

¡Oh Fé divina, luz que me consuelas!
¡Oh Religión, iluminante rayo
De la Deidad sagrada, que me animas
En mis mayores penas y trabajos!

¿Conque tú eres mi Padre, ¡oh Dios Eterno!
Mi Criador, Redentor y único amparo,
Y vela sobre mí constantemente
Tu cariñoso amor y tu cuidado?

¡Sí, mi Dios, es verdad, yo lo conozco;
Y cuando á agradecértelo no basto,
Entonaré tus dignas alabanzas
Mi ronca voz, mi balbuciente labio.

Tú de la nada al sér me condujiste
Por un efecto de tu amor sagrado,
Y por el mismo, de tu santa Iglesia
Quisiste que naciese en el regazo.

Si repaso mi vida, la contemplo
Rodeada de enemigos inhumanos,
Como la navicilla que agitada
Lucha en las ondas con los vientos bravos.

¿Cuántas veces la saña de algun toro,
El ímpetu indomable de un caballo,
O ya de mi enemigo la venganza,
Pudo darme la muerte sin pensarlo?

¿Cuántas veces siguiendo divertido
La carrera veloz de algun cervato,
Pude haber encontrado el precipicio
Deslizándome fácil de un peñasco?

¿Cuántas veces las aguas do solía
Buscar por mi salud el útil baño,
Pudieron darme líquido sepulcro
En pago de mi arrojo temerario?

¿Cuántas veces?... Mas ¡ay! yo me fatigo
Recordando mis riesgos, yo me canso;
Basta sólo decir que de ellos libre
He sido por la fuerza de tu brazo,

Así lo reconozco agradecido,
Tú todo lo dispones, no hay acaso;
Tu PROVIDENCIA adoro: todo se hace
O con tu permisión ó tu mandato.

Pues siendo esta verdad tan infalible;
Si sé que todo viene de tu MANO,
Y que me amas, Señor, ¿por qué motivo
En las adversidades yo me abato?

¿Por qué hácia al mundo solamente miro,
Y mi débil espíritu lo arrastro,
Si eres mi protector y mi refugio,
Y en tí mis ansias hallarán descanso?

Huyan lejos de mí las aficciones,
La congoja, el temor y sobresalto,
Si se levanta el Todopoderoso
En mi defensa de su trono sacro.

Si á mi lado se pone el Invencible,
Y su escudo me cubre soberano,
No temeré mil males, pues seguro
Estaré siempre de que me hagan daño.

Desplómense los cielos de sus ejes,
Trastórnense los montes y peñascos,
Vuélquese el mar, inflámense los vientos
Y en negra tempestad vomiten rayos;

Yo todo lo veré tranquilamente,
Impertérrito siempre y sin espanto,
Si me hacen sombra las sagradas alas
De tu misericordia, Padre amado.

Sobre el áspid y el fiero basilisco
Andaré alegre con sereno paso,
Y pisaré sin miedo al león soberbio,
Y al sangriento dragón hollaré ufano.

Me reiré de los fraudes y tropiezos
Que pretenda ponerme el hombre malo,
Porque si tú me ayudas, fácilmente
Yo desharé sus redes y sus lazos.

Mas si por mis pecados tú quisieres
Que padezca en la cama los asaltos
De cruel enfermedad, ó la pobreza,
Me devore con lánguidos atrasos;

Si quieres, Padre, sufra los rigores,
Ya de la esposa infiel, del hijo ingrato,
Del enemigo cruel, del vil amigo,
Del pérfido traidor, del mal hermano;

Si quieres me atropelle la calumnia
Y que mi honor lo mire vulnerado,
Que una triste prisión ó que la muerte
Den fin á un infeliz, ¿he de rehusarlo?

De ninguna manera; antes mi gusto
Conformaré contento á tu mandato:
Sólo te pido que me des esfuerzo
Para apurar un cáliz tan amargo.

Sí, castiga, Señor, mis desaciertos,
Pero alienta mi espíritu postrado;
Y ya fortalecido con tu ayuda,
Me arrojaré confiado entre tus brazos.

Sí, yo confesaré que los castigos
Son voces del Pastor á su rebaño,
Y si das el azote como Padre;
No os puede menos que doler la MANO.

Castígame, Señor, no me abandones;
 Redúceme al redil á latigazos;
 Pues si yo te ofendí, ¿con qué derecho
 Me pretendo eximir de los trabajos?

Dáme resignación, y vengan penas,
 Mi espíritu avalora desmayado,
 Y entónces las miserias y dolores
 Me serán apreciables, suaves, gratos.

En fin, quema, Señor, aquí castiga,
 Oprime, corta y hazme mil pedazos....
Hic ure, hic seca, ut in æternum parcas,
 Como allá me perdones, Dueño amado.

Vicente Riva Palacio.

A ORIZABA.

Ahí estás tú cual antes coronada
 De floridos naranjos y de rosas;
 Entre gigantes cerros reclinada
 Bañada por tus aguas misteriosas.

Ahí estás tú: poética te asomas,
 Ceñida por tus fértiles praderas,
 Nido un tiempo de garzas y palomas,
 Hoy cueva de chacales y panteras.

Escucha mi canción, oye mi acento
 Que hasta tus muros llevará mi grito
 Como eco de fatal remordimiento,
 Que te despierte en tu soñar maldito.

Castígame, Señor, no me abandones;
 Redúceme al redil á latigazos;
 Pues si yo te ofendí, ¿con qué derecho
 Me pretendo eximir de los trabajos?

Dáme resignación, y vengan penas,
 Mi espíritu avalora desmayado,
 Y entónces las miserias y dolores
 Me serán apreciables, suaves, gratos.

En fin, quema, Señor, aquí castiga,
 Oprime, corta y hazme mil pedazos....
Hic ure, hic seca, ut in æternum parcas,
 Como allá me perdones, Dueño amado.

Vicente Riva Palacio.

A ORIZABA.

Ahí estás tú cual antes coronada
 De floridos naranjos y de rosas;
 Entre gigantes cerros reclinada
 Bañada por tus aguas misteriosas.

Ahí estás tú: poética te asomas,
 Ceñida por tus fértiles praderas,
 Nido un tiempo de garzas y palomas,
 Hoy cueva de chacales y panteras.

Escucha mi canción, oye mi acento
 Que hasta tus muros llevará mi grito
 Como eco de fatal remordimiento,
 Que te despierte en tu soñar maldito.

Asilo de traición y de perfidia,
 Hermosa flor de emponzoñado aroma,
 Ya con las sombras majestuoso lídia
 El sol de gloria que brillante asoma.

Te baña ya su resplandor divino
 Que absortos mirarán doquier que vaya
 El buitre de Magenta y Solferino
 La hiena de Cocula y Tacubaya.

Goza, Orizaba, goza; y su sonrisa
 Tus hermosas prodiguen seductoras,
 Al escuchar, entre la fresca brisa,
 Del invasor las músicas sonoras.

Goza, Orizaba, goza, y que tus bellas
 De leves talles y graciosas faldas
 Como ellas linda, pérfida como ellas
 Lleven á los traidores sus guirnaldas.

Duérmete, meretriz, no te despierte
 La tempestad que el huracán agita,
 Que es tu sueño presagio de la muerte:
 Orizaba infeliz, estás maldita.

Maldita, sí, maldita, y en tu frente
 La mano del traidor el crimen sella,
 Porque sentiste muda, indiferente,
 Del invasor la aborrecida huella.

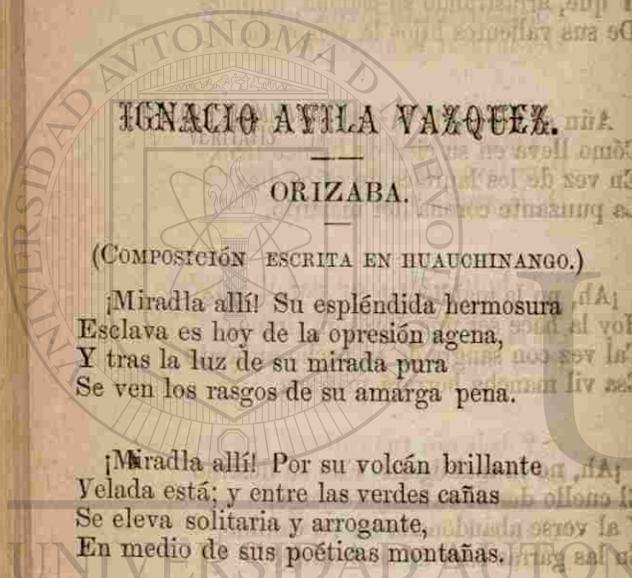
Cerrado está tu seno al patriotismo
 Y entre la impura bacanal te agitas;
 Para lavar tu crimen, un bautismo
 De lágrimas y sangre necesitas.

Y lo tendrás, y lavará tus manos
 Esa patria de amor que por tí gime,
 Con sangre... ¡ay!... tuya no; de mis hermanos,
 Pues sangre de traidor nunca redime.

Y beberán tus calles y tus huertos
 La sangre de tus héroes venerada,
 Y entre escombros y lágrimas y muertos
 Al mundo volverás regenerada.

Y si mi sangre tu remedio fuera,
 Tómala y sé tan pura como antes:
 Vuelve á empuñar nuestra triunfal bandear
 Y sigue nuestras águilas triunfantes.

Mayo de 1863.


 IGNACIO AYILA VAZQUEZ.

ORIZABA.

(COMPOSICIÓN ESCRITA EN HUAUCHINANGO.)

¡Miradla allí! Su espléndida hermosura
Esclava es hoy de la opresión agena,
Y tras la luz de su mirada pura
Se ven los rasgos de su amarga pena.

¡Miradla allí! Por su volcán brillante,
Velada está; y entre las verdes cañas
Se eleva solitaria y arrogante,
En medio de sus poéticas montañas.

Vedla bajo los árboles sombríos,
Sobre jardines de fragantes flores,
Al són quejoso de sus mansos ríos
Llorar tal vez su pena y sus dolores.

¡Ah, no la maldigais! Dejad que lllore
De su fortuna la fatal mudanza,
Y que, arrastrando su cadena, implore
De sus valientes hijos la venganza.

Aún se mira á la luz de sus orgías
Cómo lleva en su cien de blanco lirio,
En vez de los laureles de otros días
La punzante corona del martirio.

¡Ah, no la maldigais! Si delincuente
Hoy la hace ser una opresión tirana,
Tal vez con sangre de su pecho ardiente
Esa vil mancha borrará mañana.

¡Ah, no la maldigais! Fué su destino
El cuello dar al extranjero yugo,
Y al verse abandonada en su camino,
En las garras caer de su verdugo.

¡No pudo resistir! Sólo, indefensa,
A discreción quedó de sus tiranos;
Y sólo pudo en su fatal vergüenza
Cubrirse el rostro con sus blancas manos.

Es cierto que traidora la han llamado,
 Execrando por eso su memoria;
 Mas á pesar de esa palabra, ha dado
 Un rasgo hermoso de valor y gloria.

¡No! La que llena de civismo un día
 Libertó del tirano, bienhechora,
 A los valientes de la patria mía,
 Esa ciudad no puede ser traidora.

¡No! La que abriga en su florido suelo
 Esas mujeres de heroísmo llenas;
 Que como ángeles fueron de consuelo,
 Quitando al prisionero las cadenas;

Esa ciudad no debe tal apodo
 Llevar sobre su ilustre nombre ahora:
 Si el pié de un invasor le arroja lodo,
 ¡Nunca por eso la llameis traidora!

¡Ah, no la maldigais! Mirad su llanto,
 Y en su semblante el infortunio escrito;
 Compadeceed su bárbaro quebranto,
 Pues su suerte infeliz no es un delito.

Si caida la veis, como á una hermana
 Prestadle ayuda; y de la vil escoria
 Brillante entonces se alzar á mañana
 Con los laureles de su antigua gloria.

Respetad su dolor. Su oprobio y duelo
 Obra es nomás de su infeliz estrella:
 Si parte ella es del mexicano suelo,
 ¡Compasión y piedad tened para ellal

JOSE M. BANDERA.

SONETO.

(Inédito.)

A LA SIMPÁTICA CANTORA DE ORIZABA
SEÑORITA C. P.

Oculto cual la tórtola inocente
Que en un sauz á orillas de un riachuelo,
Eleva sus canciones hasta el cielo,
Triste llorando por su bien ausente;

Así cantas, tu acento blandamente
Trae á mi oído de la brisa el vuelo,
Y de Orizaba al pintoresco suelo
Me miro trasportado de repente.

Y contemplo sus bosques de azahares,
La floresta y la fuente que escondida
Corre entre los umbrosos platanares;

Y me encanta la tierra bendecida
Que te inspiró dulcísimos cantares,
Donde brilló la aurora de tu vida.

1860

ANTONIO PLAZA.

A LA LUZ.*

CANCIÓN.

A tí, preciosa esperanza;
A tí, madre de la aurora;
Luz, divina precursora
De la eterna venturanza;

A tí, luz, á tu existencia
Sacrosanto culto rindo,
Porque eres tú lo más lindo
Que formó la Omnipotencia.

Por tí la viajera nube,
Si en ella el sol resplandece,
Flotando al aire, parece
Ala blanca de querubé.

* Esta composición y las siguientes son inéditas.

F. J. A.

Si la lluvia descompone
El rayo del sol quemante,
Arco de iris rutilante,
Tu presencia, luz, compone.

Si la nube cenicienta
Recibe el ígneo reflejo,
Al servir al sol de espejo
La parelia se presenta.

Por tí de estrellas temblantes
Salpicado el cielo miro,
Como en plancha de zafiro
Incrustación de brillantes.

Si espléndida tú descuellas
En la triste noche umbría,
Haces de la noche día,
Con luceros, con estrellas.

Que Dios puso con anhelo
En tus rayos los colores,
Y sin tí no hubiera flores,
Ni estrellas, ni sol, ni cielo.

Sentiré, cuando sucumba,
Dar mi eterno adios al día;
¿Quién la tumba temería
Si tuviera luz la tumba?.....

Si apareces, el capuz
Desbarata tu presencia...
Eres, luz, la omnipotencia,
Que no fuera Dios, sin luz.

A ROSARIO.

EN SU ALBUM.

Desde que eras inocente,
Tu juventud soberana
Ví despertar lentamente
Como despierta en Oriente
Poco á poco la mañana.

Niña tú, te ví jugando
Cual mariposa inconstante
Que vá en el pensil volando,
Sus lindas alas mostrando
Al rayo del sol quemante.

Allá en tu edad candorosa,
Tan expansiva, tan bella,
Fuiste el botón de una rosa;
Y eres hoy, de luz preciosa
Brillante y sublime estrella.

Fué estrella del paraíso
La mujer, y, no te asombre,
Dios la encendió de improviso,
Porque ver en ella quiso
La felicidad del hombre.

Tú, joven de alma elevada
Y de semblante precioso,
Eres luz inmaculada
Para brillar destinada
En el altar de un esposo.

Tú naciste para amar,
Linda Rosario, y anhelo
Que seas luz en el hogar
Y que halles trás el altar
La inmensa dicha del cielo.



PRIX.

Soneto.

Desde la cuna donde tiernamente
Nos arrayan los besos maternos,
Hasta el ir del sepulcro á los umbrales
Tal vez á reposar eternamente;

¿Qué precio tiene nuestro afán vehemente
Para gozar las dichas celestiales
Del amor y amistad, que á los mortales
Nos ligan con cariño dulcemente?

¿Y aquesa religión que en el santuario
Profana el hombre con su aliento impuro
Entre el humo que arroja el incensario?

Todo nos cuesta ¡oh Dios! estoy seguro,
Aunque se crea que soy un temerario,
Sangre del corazón, ó un peso duro!

MI VOTO.

SONETO.

Todo es farsa, ridículo, alboroto,
Y la urna electoral ¡voto al Levítico!
Es cubilete del histrión político
Que mueve el interés de cualquier roto.

Yo que buscando las pesetas troto;
Porque mi erario siempre está raquítico,
Aunque ahora me llamen impolítico,
En el sainete liberal no voto.

Bien que venza el gobierno ó se derrote,
Y que alguien sobre vivos y difuntos
Se eleve, cual se eleva un papelote,

Yo corté con la patria mis asuntos
Y en caso de votar . . . ¿quereis que vote . . . ?
¡Pues voto á todos los demonios juntos!



SONETO.

¿Por qué, si presa de iracunda suerte
Entre las garras del dolor me agito,
Con ilusiones de ángel forjo el mito
Que luz de sol en mi horizonte vierte. . . . ?

¿Con la fé la esperanza se divierte?
¡No! que á otro mundo volaré bendito,
Cuando el veneno de mi sér maldito
Se quede en el regazo de la muerte.

Mi alma infeliz, á quien el hombre aplica
Rudo tormento que le arranca llanto,
Irá de gloria y de grandeza rica

A la región del eternal encanto. . . .
Si es verdad que el martirio santifica,
Voy á ser, como Dios, tres veces santo,

A LA MEMORIA
DEL
HERÓICO GENERAL
DONATO GUERRA

“No són los muertos los que en dulce calma
En paz reposan en la tumba fria;
Muertos son los que tienen muerta el alma
Y viven todavía.”

NUÑEZ DE ARCE.

Levanta, Gloria, la atrevida frente,
No llores más al ínclito guerrero;
Al que fué de los débiles hermano
Y terror de retrógrada canalla;
Al patriota inmortal; al arquetipo
De indeclinable fé; al caballero
Más noble que Bayardo y más valiente;
Al que alentó bajo grosera malla

Alma de niño, corazón de acero;
 Al que tigre en los campos de batalla
 Fué en culta sociedad, humilde, humano;
 Al demócrata fiel; al intachable;
 Al mártir coronado de victoria,
 Al hombre, en fin, cuya brillante vida
 Glorificó un verdugo miserable.

¿Por qué Gloria, llorar, si transmitida
 De una edad á otra edad vá su memoria
 Digna de que los siglos la veneren?.....

La Diosa Libertad estremecida
 Escribe sobre el bronce de la historia:
 Los hombres como Guerra, nunca mueren;
 Su nombre es una egida,
 Y el cadalso es el templo de su gloria.

¡Ilustre general! hoy acompaña
 A tu recuerdo mi sentido canto,
 Sin que esa tumba que de luz se baña
 Empañe con las gotas de mi llanto.
 Tú el brasero de Scévola encendiste
 Al calor de tu aliento poderoso,

Y al heroísmo catoniano uniste
 La abnegación de Régulo. . . . ¡Dichoso
 Tú que gozando en mundo de verdades
 La beatitud ingente,
 Has dejado flotando en las edades
 Tu nombre refulgente!!

Brillante como sol fué tu carrera. . . .
 ¡Modelo de civismo!
 Yo te envidiara, si envidiar supiera;
 Más. . . . ¿quién como tú mismo?
 ¿Y quién habrá que ahora
 Al mártir lllore que tan grande era?
 La muerte del soldado, no se llora;
 La tumba de los héroes, se venera.

No son los muertos, nó, los que reciben
 Rayos de gloria en sus despojos yertos:
 Los que mueren con honra, siempre viven;
 Los que viven sin honra, son los muertos.

A LA SEÑORITA

Luz Rivera y Río.

EN SU ALBUM.

Sin ser, niña, un sér perverso,
Sin dejar de serlo un poco,
Soy un especie de loco
Que al mundo maldice en verso.

Y trás mi estúpida calma
Y mi eterno desencanto,
Guardo una história de llanto
Entre el misterio del alma.

Triste, solo, descreído,
Marchó como en un desierto,
Que á mi corazón de muerto
Ya no le queda un latido.

Tengo una existencia trunca,
Escepcional, depravada,
Y no creo, Luz, en nada
Ni en nada he creído nunca.

Mas yo que no hago memoria
De si alguna vez creí,
Empiezo á creer que hay gloria,
Pues miro un ángel en tí.

Tú debes ser, no te asombres,
Si buena cual linda eres,
La envidia de las mujeres,
La adoración de los hombres.

MANUEL ACUÑA.

—
 —
 TODO SE ACABA
 —

Sõnando y reclinado en la pendiente
 De la colina verde y matizada,
 Donde una noche sorprendí á mi amada
 Repitiendo mi nombre tristemente;
 Allí donde la virgen inocente
 Temblando en su rubor de enamorada
 Me hizo oír esa frase idolatrada
 Que aún hoy pienso escuchar en el ambiente;
 Allí me hallaba yo y allí lloraba
 La dulce dicha de mi amor ya muerto,
 La dulce dicha que tan pronto acaba,
 Cuando oyendo una voz, callo, despierto....
 Y era Nemesio el mozo, que gritaba:
 Se acaba el desayuno.... y era cierto.

¡POBRE FLOR!

—¿Por qué te miro así tan abatida,
 Pobre flor?
 ¿En donde están las galas de tu vida
 Y el color?
 Dime ¿por qué tan triste te consumes,
 Dulce bién?
 ¿Quién vino á arrebatarte tus perfumes,
 Dime quién?
 —¿Quién? el delirio devorante y loco
 De un amor,
 Que me fué consumiendo poco á poco
 De dolor!

Porque amando con toda la ternura
De la fé,
A mí no quiso amarme la criatura
Que yo amé.

Y por eso sin galas me marchito
Triste aquí,
Siempre llorando en mi dolor maldito,
Siempre asíl.

Dijo la flor, y terminó su historia.
¡Pobre flor! . . .
Yo gemí. . . era igual á la memoria
De mi amor.

Cabrió, Febrero de 1869.

Porque amando con toda la ternura
De la fé,
A mí no quiso amarme la criatura
Que yo amé.

EN UNA CALAVERA.

Y por eso sin galas me marchito
Triste aquí,
Siempre llorando en mi dolor maldito,
Siempre asíl.

Página en que la esfinge de la muerte
Con su enigma de sombras nos provoca,
¿Cómo poderte descifrar, si es poca
Toda la luz del sol para leerte?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRIGAL.

A CH....

Son tus labios tan rojos y tan bellos,
 Y tan suave y tan dulce
 La dulce y suave miel que mana d'ellos,
 Que si querube fuera,
 Y por unir tu boca con la mía,
 Existencia y Edén juntos perdiera,
 Sin vacilar siquiera
 A existencia y Edén renunciaría.

AISLAMIENTO.

Todos lloran; pero al menos
 Cuando muestran su quebranto
 De angustia y pesares llenos,
 Hallan una mano amiga
 Que sus dolencias mitiga
 Y enjuga su acerbo llanto.

Y solo yo, ¡triste suerte!
 Lloro y lloro en la agonía
 Del dolor y de la muerte,
 Sin encontrar en mi senda
 ¡Ni una alma que me comprenda!
 ¡Ni una alma para la mía!

El sol al dejar el cielo
Y al ocultar sus fulgores
De la noche trás el velo,
Muere. . . pero acompañado
Del aroma delicado
Con que le brindan las flores.

Y muere. . . pero las aves
Al no mirar sus destellos,
Callan sus trinos súaves,
Y entre quejas y gemidos,
Van á esconderse en sus nidos
Cuando se esconden aquellos.

Y el lirio que se consume,
Muere marchito y sin galas,
Sin color y sin perfume;
Pero al perder su belleza,
Siente que el aura lo besa,
Cubriéndole con sus alas.

Y la fuente que se agota,
Sus aguas y sus espumas

Perdiendo gota por gota,
Mira al cisne que suspira
Cuando el espejo no mira
Que retrataba sus plumas.

Y todos, todos los séres
Encuentran en su quebranto
Quien calme sus padeceres,
Y sólo yo. . . sin abrigo,
Sufro y no hallo un sér amigo
Que venga á enjugar mi llanto.

Y así corriendo y corriendo
Del mundo entre los abrojos,
Voy llorando y voy gimiendo,
Al sentir bajo mis huellas
De mis ilusiones bellas
Los palpitantes despojos.

Y gimo y el mundo canta,
Y entre copas y ruido
Su alegre cantar levanta,
Mientras mi voz lastimera

No encuentra un eco siquiera
Que gima con su gemido.

Y así entre el pesar y el dolo
Sufro y sufro en mi agonía.
Maldito y aislado y sólo,
Sin encontrar en mi senda
¡Ni una alma que me comprenda!
¡Ni una alma para la mía!

México, Diciembre de 1868.

SAN LORENZO.

PAISAJE.

(A MI QUERIDO AMIGO ANTONIO CARRILLO.)

Dulce remedo del Edén perdido,
Verjel hermoso de pintadas flores,
En donde unidos al zenzontli cantan
Los risueños.

Deja que admire y goce la belleza
De tus silvestres y gentiles rosas,
Y que respire sus esencias puras
Y vaporosas.

Deja que el poeta desgraciado y triste
Que ansiando dichas padeceres halla,
Calme en tu seno la letal congoja
Con que batalla.

Deja que mezcle el llanto de mis ojos
Con los raudales de tus claras fuentes,
Y mis gemidos al murmullo que ellas
Lanzan dolientes.

Tú, cuyo viento arrullador y blando
Meció la cuna de mi tierna infancia,
Suave esparciendo en mí redor lo dulce
De su fragancia:

Tú, cuyas lilas de aromadas hojas
Paso negaban á la luz del día,
Frescas calmando para mí los rayos
Que despedía:

Tú, cuyas brisas arrullaban leves
Mis gratos sueños con los cantos suyos,
Mientras las aves me brindaban puras
Con sus murmullos;

Deja que goce la celeste calma
Que se respira entre tus verdes hojas,
Y que un instante la tristeza olvide
De mis congojas.

¡Es tan hermoso hallar lo que la mente
Sueño juzgaba en su dolor eterno. . . .
¡Es tan hermoso un lirio cuando sopla
Triste el invierno!

Yo, que he regado mi fatal camino
De mis ensueños con las flores bellas,
Y que la calma he visto disiparse
Mustia como ellas;

Yo, que oprimido por la dura garra
De mi terrible y azarosa suerte,
Solo buscaba al ángel de las tumbas,
Pálida muerte!

Al encontrarme entre tus frescas plantas,
Dulce remedo del Edén perdido,
Tanto disfruto, que mis penas hondas
Echo en olvido!

Triste piloto que al mirar deshecha
 Su débil barca por el raudó viento,
 Al ver la luna olvida, por gozarla,
 Su sentimiento!

Y es que tú encierras para el pecho mío
 Una memoria de la edad risueña,
 En cada rama de tu bosque espeso
 Y en cada peña.

Y que tus ecos repetir parecen....
 El «Te amo suyo» lleno de ternura,
 Y que tus fuentes aún la imagen guardan
 De su hermosura.

Deja, pues, deja que en tu seno busque
 La dulce calma por mi mal perdida,
 Mientras que llego al fin de la jornada,
 Tétrica vida!

Y en tanto, selva, que llorando sigo
 Ante los restos de mi muerta gloria,
 Tú vive, vive, de mejores días,
 Tierna memoria.

Y cuanto venga á contemplar tus galas
 La virgen pura en cuyo amor me inflamo....
 Díla que la amo como siempre, selva,
 Díla que la amo.

México, Julio de 1868.

Manuel M. Flores.

ODA A LA PATRIA.

5 DE MAYO DE 1862.

Alcemos nuestro lábaro en la cumbre
 Esplendorosa de granito y nieve
 Del excelso volcán, á donde rando
 Entre el fulgor de la celeste lumbre
 Tan sólo el cóndor á llegar se atreve;
 Donde la nube se desgarró el seno
 Para vibrar el rayo
 Y hacer rodar en el abismo el trueno.
 Alcemos, sí, bajo la areada inmensa
 Del cielo tropical y sobre el ara
 Diamantina del Ande
 El augusto pendón de la victoria,
 Que aún mereciera pedestal más grande
 La enseña de la Patria y de la Gloria!

¡Oh santo nombre de la Patria! . . . Escuda
 Con tu prestigio inmenso
 Esta mi audaz palabra, tan desnuda
 De elocuencia y vigor; haz que vibrante
 Al pié de tus altares se levante,
 Y sea la nube del incienso
 Ante el ara de Dios; haz que resuene
 Potente, y en su vuelo
 Con tu renombre los espacios llene
 Y cubra el mundo y se levante el cielo!

Ayer—fugaz minuto que á la Historia
 Acaba de pasar en las serenas
 Y deslumbrantes alas de la Gloria—
 Ayer en la ignorada
 Cumbre de una colina que ceñía
 Una cinta de frágiles almenas
 Y pobre artillería,
 El mexicano pabellón flotaba
 Bajo un cielo de brumas,
 Como en la frente del guerrero azteca
 Rico penacho de vistosas plumas.
 Mas no flotaba al beso voluptuoso
 De las brisas del trópico. . . . crujía
 Al soplo tempestuoso
 De un huracán de muerte, y se tendía
 Su lona tricolor, como del iris

Sobre la frente negra de los cielos
La diadema se ostenta
Cuando huyendo flamígera sacude
Su melena de rayos la tormenta!

Y era también un iris de esperanza
Aquel sagrado pabellón erguido
Ante el genio feroz de la matanza.
Aquella enseña del derecho herido
Alzándose terrible á la venganza,
Allí del Mundo de Colón los ojos
Se fijaban severos, centellando
De impaciencia, de cólera y enojos.
Y ¡quién saber si airadas
Allá desde los picos solitarios
De la alta cordillera, silenciosas,
Envueltas en sus pálidos sudarios,
De nuestros héroes muertos asomaban
Las sombras espectrales
Y el Guadalupe atónitas miraban.

El Guadalupe! . . . Ostenta en sus laderas
De la patria las bélicas legiones;
Brillan las armas, flotan las banderas,
Y se mezcla al rodar de los cañones
El toque del clarín, la voz de mando
Y el relincho marcial de los bridones.

Y más allá, cruzando la llanura,
Henchidas de arrogancia,
Tendiendo al sol las alas voladoras,
Las imperiales águilas de Francia
Conduciendo las huestes invasoras.

Las huestes sin rival. En sus pendones
Cien y cien veces derramó laureles
Propicia la victoria;
Soldados favoritos de la gloria,
En los campos de Europa sus corceles
Han dejado una huella ensangrentada,
Y cien veces sus páginas la Historia
Abrió á la punta de su atroz espada.

Ellas son y avanzan . . . ¡Dios Supremo!
Ah! ¿qué vá á ser de nuestra pobre tierra
Ante esos semidioses de la guerra?
¿Qué vá á ser del soldado mexicano,
Soldado humilde sin laurel ni pompa
De esos titanes al tremendo empuje? . . .

¿Qué vá á ser? . . . Vedlo yá . . .

Suena la trompa,
Silba la bala, la metralla ruje,
Se avanzan con furor los batallones,
Se chocan los guerreros,

Se desgarran flotando los pendones,
 Crujen tintos en sangre los aceros,
 Tiembla la cumbre, tiembla la llanura
 Al estruendo mortal de la pelea,
 Y de humo y polvo en la tiniebla oscura
 El cañón formidable centelléa!

¡Terrible batallar! Potente rabia
 De insensato furor ébrio de sangre;
 Festín de la venganza
 En que sólo resuena pavoroso
 El salvaje rujir de la matanza;
 En que fiera la vida
 Se escapa palpitante por la herida
 Del corazón indómito, que aun late
 Encendido en las iras del combate.
 Instante de terror y de grandeza
 En que el débil en bravo se convierte
 Y se hace león el corazón del fuerte,
 Y convulsa la vida se desgarrar
 Y se goza el Horror y ríe la Muerte!

Terrible batallar! Golpe por golpe,
 Furor sobre furor, vida por vida
 Y sangre nada más. . . . Allí el renombre
 Del francés vencedor y su pericia
 Contra el derecho transformado en hombre

Y armado de justicia.
 Terribles las legiones,
 Cual de la mar las olas turbulentas
 Que flagela el furor de las tormentas,
 Se encuentran y se chocan y se rompen
 Feroces y sangrientas!

Y ¿es verdad?...es verdad?...Los invencibles,
 Los que cejar no pueden,
 Los tigres de Inkermann y Solferino,
 Aquí, blanca la faz, perdido el tino
 Y con miedo en el alma. . . . retroceden?

¿En dónde está su incontrastable arrojo?
 ¿En dónde su furor armipotente?
 ¿Dó el llegar y vencer que suyo haría
 Inmóvil de terror el continente?
 ¿Las águilas francesas
 No midieron, cruzando el Océano,
 Cuánto eres, Libertad, grande y potente
 Bajo el inmenso cielo americano?

Soberbias te arrojaron sus legiones;
 Y viéndolas llegar, en tu mirada
 Las iras del ultraje centellaron!
 Relámpagos los golpes de tu espada
 El rayo de la muerte fulminaron;

Sangrienta charca abrióse tu pisada,
 Nada su rabia de leones pudo,
 Y ante tu fuerte escudo,
 Ellas... las invencibles... se estrellaron!

Y tres veces así... del Guadalupe
 Quedaron las laderas
 De pálidos cadáveres regadas,
 Y de francesa sangre
 Y sangre mexicana ¡ay! empapadas.
 Y cuando el sol de Anáhuac esplendente
 Bajaba al occidente,
 El ángel tutelar de la victoria
 Voló á arrancarle su postrero rayo,
 Bañó con él, de México la frente
 Sellándola de gloria;
 Y con letras de sol CINCO DE MAYO
 Para los siglos escribió en la Historia!

Entonces... tú lo sabes, Puebla mía.
 ¡Oh Puebla, cuyo nombre bendecido
 Ensaltar como quiero nunca supe!...
 Tu nombre para siempre esclarecido
 La Francia lo aprendió en el estampido
 Del cañón que tronaba en Guadalupe!

Cayó ese nombre en la soberbia Europa

Con el ruido triunfal de una victoria;
 Cayó vestido con el ampo de oro
 Del sol de Mayo que alumbró tu gloria!

Desde entonces, allá, bajo el sereno
 Dosel de auroras que despliega oriente,
 Envuelta en olas de oro por la lumbre
 De aqueso sol triunfal, y coronada
 Con el lauro que el tiempo no destroza,
 Del Guadalupe yérguese en la cumbre
 La figura inmortal de Zaragoza.

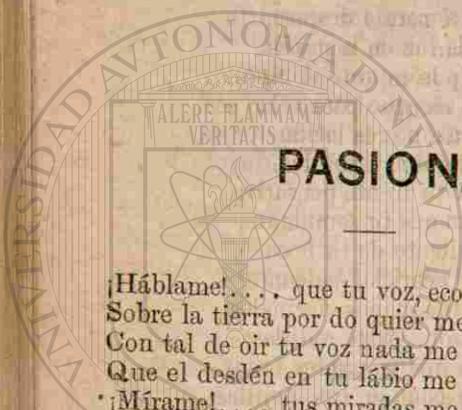
Las águilas francesas que algún día
 Tendieron sobre el mundo
 Ebrias de triunfo las potentes alas,
 Llevando entre sus garras las banderas
 Vencidas y hechas trizas
 De naciones altivas y guerreras;
 Las águilas que guiaron la fortuna
 Sangrienta de los fieros Bonaparte,
 No posaron su vuelo victorioso
 Después, del Guadalupe en el baluarte.
 Y queda allí, soberbio monumento
 De patriotismo y gloria,
 Vistiendo con la sangre no lavada
 La púrpura triunfal de su victoria.

Allí queda á su planta la esforzada
 Guerra del Atoyac, Puebla la bella;
 La tierra de mi hogar, que guarda altiva
 Cual cicatrices que la gloria sella,
 Sus calles destrózadas,
 Sus rotos muros, sus deshechos lares,
 Y en pie las ruinas de sus grandes templos
 Por la bala francesa acribilladas,
 Elocuente padrón del heroísmo
 Y del patrio denuedo,
 Página de la Historia
 Del mexicano corazón sin miedo!

Allí queda la invicta
 Amazona mostrando cual trofeo
 La palpitante herida del combate,
 Por la cual, ante el sol, como en el roto
 Pecho de los guerreros de Tirtéo
 Se vé el valiente corazón que late.

Allí queda ese fuerte de los libres
 Ante cuyo granito la soberbia
 De los nunca vencidos se destroza;
 Allí queda ese campo de pelea
 Donde hollaron las cruces de Crimea
 Los cascos del corcel de Zaragoza!
 ¡Allí quedas, mi Puebla! Y si algún día

Arroja el extranjero
 El grito de la guerra á tu muralla,
 ¡Renueva tu osadía,
 Vibra de nuevo el matador acero,
 Desata el huracán de la metralla;
 Fulmina fiera de la muerte el rayo,
 Y la sangre del campo de batalla
 La saque aún otra vez la esplendorosa
 Lumbre de gloria de tu sol de Mayo!



PASION.

¡Háblame! . . . que tu voz, eco del cielo,
 Sobre la tierra por do quier me siga. . . .
 Con tal de oír tu voz nada me importa
 Que el desdén en tu lábio me maldiga.
 ¡Mírame! . . . tus miradas me quemaron,
 Y tengo sed de ese mirar eterno;
 Por ver tus ojos, que se abraza mi alma,
 De esa mirada en el celeste infierno.
 ¡Amame! . . . Nada soy; pero tu diestra
 Sobre mi frente pálida. . . un instante,
 Puede hacer del esclavo a rodillado
 El hombre rey de corazón gigante.
 Tú pasas. . . y la tierra voluptuosa
 Se estremece de amor bajo tus huellas,
 Se entibia el aire, se perfuma el prado
 Y se inclinan á verte las estrellas.

Quisiera ser la sombra de la noche
 Para verte dormir sola y tranquila,
 Y luego ser la aurora y despertarte
 Con un beso de luz en la pupila.
 Soy tuyo, me poséas; un solo átomo
 No hay en mi sér que para tí no sea:
 Dentro mi corazón eres latido
 Y dentro mi cerebro eres idea.
 ¡Oh! por mirar tu frente pensativa
 Y pálido de amores tu semblante,
 Por sentir el aliento de tu boca
 Mi árido lábio acariciar jadeante;
 Por estrechar tus manos virginales
 Sobre mi corazón, yó de rodillas;
 Y devorar con mis tronantes besos
 Lágrimas de pasión en tus mejillas.
 Yo te daría. . . no sé. . . no tengo nada:
 (El poeta es mendigo de la tierra)
 ¡Toda la sangre que en mis venas arde!
 ¡Todo lo grande que mi mente encierra!
 Mas no soy para tí; si entre tus brazos
 La suerte loca me arrojara un día,
 Al terrible contacto de tus labios
 Tal vez mi corazón se rompería!
 Nunca será. . . Para mi negra vida
 La inmensa dicha del amor no existe;
 Solo nací para llevar en mi alma
 Todo lo que hay de tempestuoso y triste.

Y quisiera morir..... pero en tus brazos
 Con la embriaguez de la pasión más loca,
 Y la luz de mi vida se apagara
 Al soplo de los besos de tu boca.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

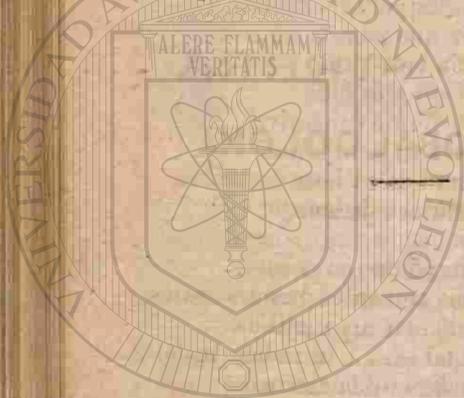
DIRECCIÓN GENERAL DE

JUSTO SIERRA.

CRISTOBAL COLON.

¡Oh Colón! para hacer de tu renombre
 Eco digno mis pálidos cantares,
 Yo necesitaría
 Encontrar otro mundo en la poesía
 Como el que tú encontraste entre los mares.
 Nunca tanto osaré; si el arpa mía
 Alza himnos de alabanza á tu memoria,
 Cumplo un santo deber de americano:
 Ave del Oceanic,
 Grandioso pedestal de tu victoria,
 Plugo al cielo inmortal darme por nido
 El nido de tu gloria;
 Por eso tu recuerdo, enternecido,
 Llamo del seno del sepulcro adusto;
 Surja tu sombra de sus piedras santas,
 Y mi musa feliz, mendigo augusto,
 Doblará la rodilla ante tus plantas.

Y quisiera morir..... pero en tus brazos
 Con la embriaguez de la pasión más loca,
 Y la luz de mi vida se apagara
 Al soplo de los besos de tu boca.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

JUSTO SIERRA.

CRISTOBAL COLON.

¡Oh Colón! para hacer de tu renombre
 Eco digno mis pálidos cantares,
 Yo necesitaría
 Encontrar otro mundo en la poesía
 Como el que tú encontraste entre los mares.
 Nunca tanto osaré; si el arpa mía
 Alza himnos de alabanza á tu memoria,
 Cumplo un santo deber de americano:
 Ave del Oceanic,
 Grandioso pedestal de tu victoria,
 Plugo al cielo inmortal darme por nido
 El nido de tu gloria;
 Por eso tu recuerdo, enternecido,
 Llamo del seno del sepulcro adusto;
 Surja tu sombra de sus piedras santas,
 Y mi musa feliz, mendigo augusto,
 Doblará la rodilla ante tus plantas.

¿Quién es? ¿Qué afán le guía?
 ¿Qué busca ese hombre en los perfiles rojos
 Del remoto Occidente?
 ¿Por qué ese eterno pliegue en esa frente,
 Por qué esa eterna llama en esos ojos?
 ¡Un visionario, ah! sí—Cuando ha dejado
 La sombra un horizonte; cuando avanza
 Del corazón en lo infinito una hora,
 Rayo de luz que basta á la esperanza
 Para encender en el zafir su aurora;
 Cuando aparece un astro en el Oriente
 Mostrando al hombre en el dolor su ruta:
 Cuando bebe un anciano la cicuta;
 Cuando el sol de los libres centellea
 Y un profeta agoniza en el Calvario,
 Es que la angusta antorcha de la idea
 Brilla en manos de un pobre visionario.
 Hijos del sufrimiento Dios los hace—
 ¡Ineluctable ley! La vida nace
 De la muerte, el amor crece en el llanto,
 Nace la lucha ardiente de la calma,
 De la tumba la miel que acendra el lirio,
 Y el pensamiento del dolor del alma,
 Y el humano progreso del martirio.

¿El genio es por ventura
 Un signo de expiación sobre la tierra?
 ¡Humanidad! viajera de las ruinas

Siempre en pos de las huellas misteriosas,
 De esas grandes figuras dolorosas
 Coronadas de espinas;
 Tú has sido su verdugo—ellos vivieron
 Al calor de tu hogar—ellos vertieron
 En tu cáliz su sangre gota á gota,
 Desde el dolor con llanto de la cuna
 Hasta el dolor, sin llanto en la picota.
 Llega después el porvenir y cubre
 Los insepultos cuerpos, con fulgente
 Mortaja de oro y púrpura, que iguala
 A la túnica roja del demente,
 Y solo entonces al decir sus nombres
 Sentimos en el pecho
 Como un orgullo inmenso de ser hombres.

Vosotros sed benditos
 Por vuestra fé, por vuestro puro anhelo;
 Una lámpara es nuestra existencia,
 Encendida en la noche de este suelo
 Para alumbrar las gradas tortuosas
 De la eterna espiral que sube al cielo.

Bendito tu, Colón, nauta arrogante
 Que quisiste el abismo de tu alma
 Del abismo del mar poner delante,
 Y escuchar de ese abismo en la presencia,
 En las ardientes playas españolas,

La gran revelación de tu conciencia
Mezclada con el ritmo de las olas.

De rodillas, atónito, aceptaste
La unción del porvenir sobre tu frente,
Y rey te levantaste—

Y los reyes te vieron, peregrino
Mostrar entre las olas enrespadas
El invisible trazo de un camino.
A tus espaldas, soñador austero,
En vez de un mundo misterioso, vian
Las alforjas sin pan del pordiosero;
Y pedistes en vano
Un puñado de oro á su escarcela,
Dando un reino perdido en l'Oceano
Por una carabela:—

«Para alzar de la noche un hemisferio,
Edén de amores que la mar engasta,
Dadme un punto de apoyo, les dijiste,
Que la palanca de la fé me basta.»—

—El corazón de la mujer tuviste—
Y tendiendo á los vientos la ancha lona,
Marchastes á pedir á lo ignorado
Tu sublime corona.—
El Océano ante tí tendió admirado
De la fiera borrasca el velo denso;

Tú ibas en pos de tu ideal soñado,
Sólo, tranquilo, inmenso.
Nada te pudo detener, ni el hombre
Uniendo á la del mar su saña impía.
Cuando la aurora en el zafir marcaba
Con su aguja de oro tu agonía,
Tú en pié en la proa del bajel hispano
Clamaste con acento sobrehumano:
«En el nombre de Dios Omnipotente,
En cuyo arbitrio la creación se encierra,
¡Despierta, continenté!»
Y como un eco enorme, de repente
Gritó una voz en lontananza: «¡Tierra!»
Qué mas puedes desear, nauta atrevido
Las alas de la muerte ya recobra,
Hombre á quien el Creador ha permitido
Colaborar en su obra.—
Gracias á tí, nuestra incompleta esfera,
Átomo de topacio,
Ha tendido su vuelo en el espacio;
Gracias á tí, los astros radiantes,
Celeste floescencia de la noche,
Son para el mundo, en el dolor proserito,
Soles girando en órbitas gigantes
En un punto del éther infinito.—
Gracias á tí, la humanidad avanza;
Y si se aleja Dios, si el ser oculto
A l' alma inteligencia

Vive en la inmensidad de una esperanza,
 Esa esperanza sola es la conciencia.—
 Gracias á tí—¿Qué mas desear? Tan solo
 Una aureola á tus cabellos canos,
 La mas noble de todas, la mas bella,
 La torpe ingratitud de los tiranos.—
 La tuviste ¡feliz! Cuando premiaba
 El cielo con un mundo
 Tus dolorosas penas,
 El hombre te ligaba
 Al borde de la tumba con cadenas.—
 Mártir padre de América; el futuro
 En la hora fatal de su justicia
 Te hará salir de tu sepulcro oscuro,
 Un himno estallará de polo á polo,
 Y tu América entonces, santo anciano,
 Hará de tu corona de martirio
 El sol de su apoteosis soberano.—
 Cuando llegue ese instante,
 Poned en la balanza, grandes reyes,
 Vuestro sol sin ocaso, vuestras leyes,
 De vuestro nombre el ominoso culto,
 Vuestra justicia que era la venganza,
 Vuestro triste perdón que era el insulto;
 Y pón, historia humana escarnecida,
 Del otro lado de la fiel balanza
 Los grillos de Colón.—Que Dios decida.

Marzo 14 de 1873.

Salvador Diaz Miron,

ESTANCIAS.

A DOMINGO A. DIAZ.

Bienaventurados los que lloran.

Oh! los infortunados de la vida
 Son felices aún! El sufrimiento
 Es la palpitación del ala herida,
 El ánsia de la fuerza comprimida,
 La mas alta expresión del sentimiento!

El fuego del dolor es cual la llama
 Del vaso en que la mirra se consume:
 Purifica y eleva y embalsama;
 Trueca el acibar áspero que inflama
 En delicado y celestial perfume!

El pesar es poeta y es creyente:
 Las lágrimas son gotas de rocío;
 La tristeza es el nimbo de la frente,
 Es el vuelo del ángel esplendente
 Por encima de féretro sombrío!

La pena es el Calvario milagroso:
 La prueba y la virtud de la grandeza:
 El buitre inseparable del coloso;
 El piélago salubre y espumoso
 De donde surge la inmortal belleza!

Padecer es gozar de una ventura:
 Seguir la inabordable lontananza;
 La fe perdida ó la ilusión futura. . . .
 La dicha, que se ignora mientras dura,
 No es más que la memoria ó la esperanza!

La desgracia es la madre macilenta
 De los hombres sublimes de la historia;
 El génio es una nube de tormenta:
 Destroza el corazón en que revienta.
 Mas deja un frío póstumo la gloria!

¿Por qué insultas los fúnebres despojos
 De tus extintas horas apacibles,
 Y con un rayo irónico en los ojos,
 Dices que los recuerdos son abrojos
 Y las aspiraciones imposibles?

Yenera tu aflicción, alma sencilla!
 Consagra el ataúd de tus amores!
 Los muertos radian cuando el cirio brilla,
 Cuando el duelo enlutado se arrodilla
 Ante la huesa para echarles flores!

Bendice la inquietud de tu destino!
 Reverencia el pañal como el sudario!
 Tu afán es el augusto peregrino
 Y al fin de la fatigas del camino,
 Resplandecen las puertas del santuario!

No te arredres, oruga, por la fosa
 En que hoy como un cadáver te despeñas;
 No te aterres mañana mariposa,
 Porque toques la espina de la rosa,
 Porque te quemes en la luz que sueñas!

FEDERICO CARLOS JENS.

AL NIÑO HORACIO ARREDONDO,

(DE OCHO MESES.)

En el rostro inocente de su hijo
Cifrando su placer y su ventura,
Vela la madre con afán prolijo,
Recostada en los bordes de la cuna.

En su anhelo quisiera, conmovida,
Trasformar ese lecho en un palacio,
Y sueña con las glorias de la vida,
Para dárselas todas á su Horacio.

De la cuna los níveos cortinajes
En la alcoba resaltan con anhelo,
Así cual se destacan los celajes
Sobre el fondo purísimo del cielo.

A un niño guardan, cuya hermosa frente
Es tan blanca y tan pura cual armiño,
Donde posa sus lábios dulcemente
Con un beso el arcángel del cariño.

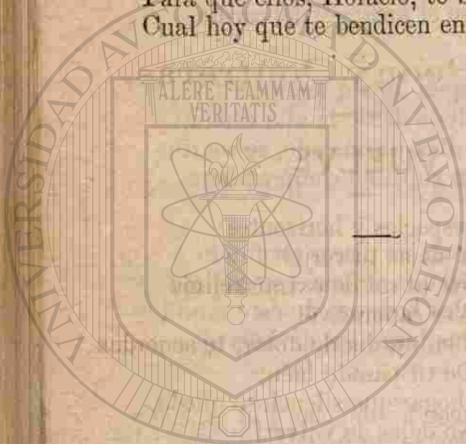
Acaso en aquel ósculo le envíe
Dios un saludo desde la alta esfera,
Porque el niño, durmiendo, se sonríe
Cual si toda su dicha comprendiera.

¡Ay! goza, goza tu placer profundo
En ese sueño que no encierra enojos,
Pues verás los horrores de este mundo
Cuando abras luego tus divinos ojos.

Disfruta luego las delicias y el consuelo
De la inocencia, que no tiene nombre,
Que esa ventura que te brinda el cielo
Después la mata sin piedad el hombre.

Ama á tu madre, que con fe te adora, [®]
Aunque del mundo la ambición te llame;
Enjúgale sus lágrimas si llora,
Y por tí nunca, nunca las derrame.

Siempre tus pasos al honrado sigan,
De tus padres haciendo la fortuna,
Para que ellos, Horacio, te bendigan
Cual hoy que te bendicen en tu cuna.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jose Peon y Contreras.

VUELVE.

Vas á buscar espacios y horizontes
Y dejas tu verjel?
Vas á quemarte al sol de extraño clima
Ave canora? vé!
Vél..... si en un día de dolor, te acuerdas
De tu pasado bién;
Piensa en tu hogar que silencioso queda,
No dejes de volver!
Ya sé que vas henchida de ilusiones,
Que sueñas un Edén,
Que miras triste la enramada verde
Que tú palacio fué;
Que te parece lóbrega y siniestra
Su agreste sencillez;
Que ya no cantas como tú solías
Cantar... ¡todo lo sé!
Pero si acaso un día te arrepientes
Ave canora, ven;

Aquí está el lecho de esmeralda y oro
 Donde te ví nacer;
 Aquí están el estanque, la hortaliza,
 La ruinosa pared,
 Y el cercado coccal, donde volaste
 Por la primera vez;
 Aquí está todo cuanto tú querias,
 Aquí mi amor también;
 Yo no te olvido nunca ¡sí padeces,
 No dejes de volver!

INDICE

	Páginas
JOSE JOAQUIN FERNANDEZ DE LIZARDI . . .	5
<i>El Pensador</i> .—Ninguno diga quién es, que sus obras lo dirán . .	13
Letrilla	20
Soneto hecho el miércoles de ce- niza del año de 1811	23
Himno á la Divina Providencia . .	24
VICENTE RIVA PALACIO.—A Orizaba . . .	33
IGNACIO AVILA VAZQUEZ.—Orizaba	36
JOSE M. BANDERA.—Soneto (inédito) á la simpática cantora de Orizaba se- ñorita C. P.	40
ANTONIO PLAZA.—A la Luz.—Canción . .	71
A Rosario.—En su álbum	44
Prix.—Soneto	46
Mi voto.—Soneto	77
Fé.—Soneto	48
A la Memoria del Heróico Gene- ral Donato Guerra	59

Aquí está el lecho de esmeralda y oro
 Donde te ví nacer;
 Aquí están el estanque, la hortaliza,
 La ruinosa pared,
 Y el cercado coccal, donde volaste
 Por la primera vez;
 Aquí está todo cuanto tú querias,
 Aquí mi amor también;
 Yo no te olvido nunca ¡sí padeces,
 No dejes de volver!

INDICE

	Páginas
JOSE JOAQUIN FERNANDEZ DE LIZARDI . . .	5
<i>El Pensador</i> .—Ninguno diga quién es, que sus obras lo dirán . .	13
Letrilla	20
Soneto hecho el miércoles de ce- niza del año de 1811	23
Himno á la Divina Providencia . .	24
VICENTE RIVA PALACIO.—A Orizaba . . .	33
IGNACIO AVILA VAZQUEZ.—Orizaba	36
JOSE M. BANDERA.—Soneto (inédito) á la simpática cantora de Orizaba se- ñorita C. P.	40
ANTONIO PLAZA.—A la Luz.—Canción . .	71
A Rosario.—En su álbum	44
Prix.—Soneto	46
Mi voto.—Soneto	77
Fé.—Soneto	48
A la Memoria del Heróico Gene- ral Donato Guerra	59

A la Señorita Luz Rivera y Rio. En su álbum.....	52
MANUEL ACUÑA.—Todo se Acaba.....	54
¡Pobre Flor!.....	55
En una Calavera.—Improvisación	57
Madrigal.—A Ch.....	58
Aislamiento.....	59
San Lorenzo.—Paisaje.—(A mi querido amigo Antonio Carrillo.	63
MANUEL M. FLORES.—Oda á la Patria.— 5 de Mayo de 1862.....	68
Pasión.....	78
JUSTO SIERRA.—Cristóbal Colón.....	81
SALVADOR DIAZ MIRON.—Estancias.—A Domingo A. Díaz.....	87
FEDERICO CARLOS JENS.—Al niño Hora- cio Arredondo (de ocho meses) ..	90
JOSE PEON Y CONTRERAS.—¡Vuelvel.....	93

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

